
Rafael Ballesteros
Esclava de mí
ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

I. Paseo en barca

II. Mamá

III. Tardes de sábado

IV. Aquella boda

V. Maru

VI. La oscuridad

VII. Ganglios

VIII. Tiros al sol

IX. Yo y mi padre

X. Merenderos y otras alegrías

XI. Deseos y altanerías

XII. Expulsión. Mecanografía

XIII. Baño diocesano

XIV. Jardín y Coro

XV. Desnudos en la tierra

XVI. Verde y bruma

Créditos

ESCLAVA DE MÍ

Rafael Ballesteros



Pablo

I

Paseo en barca

Siento la noche dentro de mí y el ruido incesante de la lluvia que cae sobre esos árboles recomidos por el sol implacable.

No soy quien aquí vive sino esa mujer que ansía estar en otro sitio, abismado y silencioso, que me cubra y me aísle como una niebla y entre las brumas me ofrezca una pasión suave llena de ímpetus dulces, condescendientes y apacibles. Necesito que me invada y ocupe toda por completo.

No quiero ser mujer que suplique sino que desee. Ni quien pide ni ruega sino la que toma directamente del árbol, arranca de la tierra y exige del mundo.

Pleitear con la vida. No renunciar jamás.

Lo recuerdo todo con la quietud y la ternura que otorga lo pequeño que es tuyo por completo, con la claridad que suman los impulsos limpios del corazón y con la intensidad purificadora de los sentimientos tan verdaderos que gimen (ahora delgados como un hilo de seda).

Carmen me acompaña, cogida del brazo, acercando su cuerpo al mío con firmeza y denuedo como a la busca de un cariño que se hubiera esfumado de repente un minuto antes, y tú vas con ella entre tímida y ausente entre aquellas luces radiantes de la mañana, penosa por

la torpeza de tus movimientos, por la disconformidad que sientes con tu cuerpo y sus hechuras descompuestas, aún por hacer (los pezones todavía dentro de las carnes, la confusión de sus colores entre marrón y rosa comidos por una zona gris que me escocía, las caderas arriba, los calcetines altos que se resbalaban sin remedio, la ropa interior apretándome los labios de mi entrepierna, la torpeza irremediable de los andares), pobre de mí, andando al lado de Carmen, paso decidido, corto y continuo, el rebaje y realce de sus caderas, el pecho abultado debajo de la rebeca, la boca roja y sabrosa, aquella plaza abigarrada y bullente, vamos, vamos, me decía en un susurro, vamos que llegamos tarde, yo, niña difusa y cobarde, asustada sin saber de qué, dudosa de todo, incluso de aquello que sé que todavía no era yo.

Vemos de lejos a tita Pilarita pegada a un escaparate, la mano haciendo de visera contra la luz, y a tita Pura, arriba, en el primer piso de la Pensión, en la balconada llena de geranios, aspidistras y esparragueras, sus ojos fijos en la calle llena de sol, las gentes lentas y perdidas en un deambular entre plomizo y calmoso, Pilar y Pura, «míralas, las dos P», te dice Carmen en un susurro, saludas a Pilarita y te pones delante de aquel portal, el zaguán acogedor, sus luces íntimas, y ves bajar a tita Pura que te da el brazo, «ay, ay, cómo estás, chica, hecha ya una mujercita», y te mira, con un merodeo lento, las caderas, el pecho, las sandalias. Y Carmen adelante con Pilarica, menuda y nerviosa, los pobres zapatos lustrosos, el negro de chispa y fuego de sus ojos en una cara de aspereza y abandono. Y la oyes que pregunta a Carmen:

—Y la niña, ¿ya con su desarrollo?...

—Bueno...

—¿Cómo bueno?...

—Sí. Que va con su desarrollo pero a trompicones...

—Ay, qué cosas dices, Carmen. ¡A trompicones!

Y así paso a paso, el palpitar de la tita a mi lado, yo entre la desazón y el desvelo, su bolso dando contra mi muslo, esa calle deslumbrante y azogada, y, al poco, después de una placita despoblada y la estatua verdosa del Marqués, las rejas inmensas del puerto, el mar allí terso y diáfano, se agregan más luces a la luz, esa intensidad azulina, derrochadora y brillante, el mar siempre, siempre verás el mar cuando sueñes anhelante con huir y despojarte, inaugurar con fuerza la vida nueva que guardas para después de que se sepan tus secretos.

Y esos barcos con sus moles inmensas comidas por la herrumbre, el moho, el casquivano olor de los hombres hecho turba y desgana que allí se adivina, perdidos tras aquellas ventanillas redondas y angostas, sucias, castigadas por la humedad; las escamas y el humo pegado a los cristales.

Enfrente, junto a las escaleras que se pierden en el mar (unos escalones que descienden derechos hacia el ahogo para la que quiera muerte), ves unas barcas toldadas, bamboleantes, y enseguida esos zagales de telas grisáceas haciéndote el cerco, ojos que te miran las piernas, la boca, ellos también quietos y luminosos como el mar, invitadores a una ansiedad desconocida, a dejarse devorar por la carcoma y el tiempo.

Y un hombre, seco y lento, «¿por quién?», «queremos hablar con el... con el "Guarrita"», tita Carmen con el papel en la mano, «sí, sí, con el "Guarrita"», y el hombre saca su mano del bolsillo, le veo la faja negra alrededor de su cintura, las alpargatas sucias, «ah, el "Guarrita", sí, ese de la chanca es», y los zagales se acercan, insisten, los ojos fijos en la boca de carmín, «sí, el de la chanca es,

ese de allí», nosotras, nerviosas, agrupadas, vamos a buscarlo, por la ribera alzada del puerto, al filo mismo del mar.

Está tumbado sobre la parte más fina y estrecha de la barca, espatarrado, con la gorrilla de tela echada sobre la cara y parece dormitar, pero en cuanto nos acercamos se incorpora.

—¿Son ustedes?

—Ay, sí. Nos manda don Gaspar...

—Sí, sí. Vamos al embarcadero.

—¿Al qué...?

—Al embarcadero. A las escaleras aquellas.

Y el hombre, bajo, recio, ya viejo, descalzo, los pantalones arremangados hasta media pantorrilla, se pone a caballo de uno de los dos bancos, de pie, toma los remos y lentamente se va acercando a las escaleras que se pierden en las aguas. Su cuerpo hace balanza, una balanza elegante, milenaria, pausada, atrás, delante, llevado por una música ancestral, irreconocible para el resto de los humanos, secreto marinero y azul.

Al llegar al filo de las escaleras, bajo la tolda de lona blanca que sombrea parte de la barca, veo a un muchacho delgado, el pelo muy negro, con una camisa blanca y un pantalón marrón con parches de una tela rala y amarillenta en las rodillas. También descalzo.

—No, todavía no. Van a embarcar por popa.

—¡Ay, por Dios! ¡Por popa!

Nos vamos sentando una a una entre pequeñas protestas, quejas y aspavientos, cada vez que la barca se balancea cuando alguna de nosotras se decide a subir. A nuestro alrededor aquellos muchachos y dos hombres más que se han acercado, nos miran.

El «Guarrita» nos ofrece la mano, mientras el muchacho sigue echado, sin moverse, mirando con fijeza los pechos de Carmen, sus caderas, las carnes rotundas bajo la tela tersa. Es una ceremonia de deseo parsimoniosa y lenta, minuciosa y serena. Mide despacio densidad, forma, contundencia, y al tiempo imagina y sopesa cada una de sus posibles donaciones y ofertas. «Ay, ay, nos caemos», «cuidado, ¡cuidado!».

Nos distribuyen entre la parte más ancha de la barca, atrás, y uno de los bancos que unen sus dos laterales. Allí me siento yo con Carmen, cuidadosas con las faldas, sabiendo de la mirada atenta y parsimoniosa del muchacho que busca nuestros muslos, el posible y fortuito destello del algodón blanco que cubre nuestras entrepiernas.

Detrás de nosotras, la mar casi al roce de sus espaldas, se sientan las titas. Las dos llevan en la cara un gesto agrio. Se sienten carnosas, sudadas, demasiado presentes, excedidas por todo aquello. Siempre preferirán lo poco pero seguro y abarcable, a esa sensación vaporosa de miedo inconcreto del que desconocen consistencias y límites.

Carmen miró al muchacho y le pregunta al «Guarrita».

—¿Cómo le dicen a donde están las señoras?

—La popa.

—¿Y dónde está el muchacho?

—La proba.

—¿Y dónde... los remos...?

—Los toletes.

—¿Y esas cosas grandes de ahí, al filo del muelle, tan grandes?

—Noray. Se llaman Noray. Para el amarre de los barcos.

—Ay, por Dios, qué nombres.

Me siento desvaída, sin tener certezas ni sitio donde estar segura y firme para reposar sobre el mundo, y allí ser dulce y suave con las cosas. Qué bien el sol sobre mi cuerpo. Cómo se hace de mí, se contagia de mi piel y yo de su luz, me otorga descanso y cobijo y recibo intensidad y fuego.

¡Qué medicina para el corazón, cómo sube de tu vientre una espuma de vida que te inunda el pecho primero y luego lentamente se va distribuyendo dando por cada rincón de tu cuerpo, de tu vida, aquí, paz, allá, luz!

Sol y mar: ¡infinitud del universo, fuego sin fin, fuerza del mundo, y tú, mar, cosa maleable y viva, cercana y plena! ¡Sol y mar: la más hermosa unión, la mayor dicha!

La ciudad es otra cuando se mira desde las aguas, allí, estática y plácida, quieta y luminosa. Los silos enormes que jaspean los muelles (bloques inmensos de lo macizo y lo gris), secos y desabridos, ciegos a la luz y a la gente, no pueden ocultar esa belleza que se desvana entre torres esbeltas, moteos de espadañas, laderas verdes que se empinan suaves hacia la fortaleza del inmenso monte, lomas lejanas de color azulino, casi gas.

El frescor de la brisa me rodea por entero, la piel recibe la gracia liviana de la humedad. Siento su fresca presencia en mis piernas, los brazos, cierro los ojos, el chapoteo constante y suave de los remos sobre las aguas, veo de nuevo los montes, las ruinas árabes, marrón vivopiedra y el verde intenso resbalando, la luz, un limón abierto de fuerzas y de vida.

El pujo, el puño de la vida entrando por mis pechos, se abren los vientres, los muslos también lentos y suaves, ahora se unen, las piernas se sienten plenas, se extienden los ímpetus del mundo en toda tú, su flujo, su intensidad.

Carmen se pone a remar, con el «Guarrita», ahora sentado a su lado, ella torpe y resuelta, hermosa al sol, fina su piel, su boca henchida, entreabierta.

—¡Uy! ¡Uy!, ¡Dios mío!

Veo la cara adusta de tita Pura, le molesta esa plenitud, esas carnes vitales, esa alegría temblorosa de existir, ese goce sencillo y natural, esos labios carnosos de Carmen.

Yo giro por completo mi cuerpo. No miro ahora a la popa, miro a Carmen y al «Guarrita», ella dichosa, él ocultos sus ojos, mirando el perfil airoso de aquella mujer, y veo al muchacho, y detrás, una chimenea alzada al otro lado de los muelles, y miro el faro blanco, bello y elemental, levantado sobre las aguas, como lo sueño, grande y derecho, y luego al muchacho otra vez, sombra y sol de la tolda en su cuerpo delgado, el pantalón a media pierna, la mano metida de vez en vez en el paso de las aguas, la barca abriendo la mar, su palma abierta y, luego, hecha un puño.

Lo miro, y siento el frescor y el fuego de mi cuerpo, esos ojos entre verdosos y azules, ahora oscuros, ahora claros, las pestañas largas, curvas sobre las cejas mínimas, abriendo su mano y cerrándola, las gotas de la mar bajando por su brazo, su fuerza, la espuma que se mantiene unos instantes sobre la piel.

Me inunda la luz, y la fuerza de la vida me anega el corazón.

Cuando le hablaba de estos años ansiosos y sin asideros, Él me decía en un susurro:

—El cauce donde va el río ni es llano ni derecho. Nace de grutas insondables y viene de torrenteras salvajes. No le pidas a sus aguas serenidad y continencia, ni suavidad y templanza. Cada paso tiene sus límites, y cada mirada su linde. Que no te atosigue lo pequeño y

te angustie lo poco. ¿Quieres que sea fácil ir tras Su Túnica y que sea descansada una guerra tan ardua? ¿Quieres que su inmensidad se adapte a tu pequeñez? ¿Quieres, por otra parte, huir, desentenderte, del que quiere tu amor y desea que seas salva?

Él me decía:

—¡Mujer!, ¿cómo quieres que ellas comprendieran tu vergüenza, tu inquietud, tu turbación, tu zozobra? ¿Cómo crees que a ellas les era posible comprenderte? Venían de otros tiempos, habían vivido horas terribles, el abandono, el miedo, la muerte. La guerra les quebró la juventud, las dejó sin consuelo, delante de un futuro de hielo y destemplanza, temblando por sus vidas, por las de sus seres queridos. Aullaban por la noche de miedo y de soledad. Les habían metido arena en la sangre, barro y humo en el corazón. Llevaban sólo la luz de una vela mísera en las manos para iluminar todo su mundo por entero. No sabían qué palabras usar para salvar la vida, para pedir clemencia o perdón, para ahuyentar la muerte. Fueron, durante años, cachorrillos dejados en las manos de niños pendencieros y brutales. Sí, sí, pero tú eras una niña cuidada, mimada, querida, tras el parapeto de una casa y una familia, y entre sus cuidados y sus desvelos. Estabas protegida. Sí, protegida, salvada. Tenías un muro de defensa, te guarecieron en una trinchera, lo poco que les quedaba, que tenían, era para ti. Estabas salvada de toda aquella miseria, de toda aquella crueldad, de aquella desbandada de odio recorriendo las calles y asaltando las casas. Tú lo viviste, sí, pero eras una niña cobijada con certezas, dormías en el pecho amoroso de tu madre, bajo la vigilancia y el esmero de los esfuerzos y precauciones de tu padre.

Sí, sí, claro, ya sé lo que piensas: protegían tu cuerpo, pero ¿quién protegía tu corazón? Ay, mujer, tienes que aprender a vivir dejando

atrás esos años pasados, esa niñez triste y desasosegada, esa primera juventud dañada por quimeras y ensueños, fatigas espirituales y sequedades del alma. Tienes que cumplir ya el luto de la muerte de tu madre. Tienes que dejar atrás esos años para siempre. Y vivir tu vida. Tu vida de ahora con toda plenitud.

Con un gesto me hizo levantar del confesionario y acompañarle por aquella nave de la iglesia de altares silenciosos. Llegamos al Santísimo y allí nos santiguamos genuflexos. De rodillas, a su espalda, pude ver el perfil de su cara. La delgadez de su rostro. La flexión respetuosa y elegante de su cuello.

Y allí arriba la claridad temblorosa de las velas, y en su vaso de cristal, suspendido en el aire por unas cadenetas doradas, en el aceite litúrgico, se alzaba la llama viva de una mariposa de cera y pergamino.

Llegamos a la sacristía. Una luz tenue la inundaba toda. Se puso frente a mí y me sonrió. ¿Ves ese espejo? Yo me voy a ir, pero tú vas a quedarte aquí sola, unos instantes, el tiempo suficiente para mirarte bien en él. Y vas a contemplar tu juventud, la plenitud de tu vida y tu hermosura. Sí, tu belleza, de criatura de Cristo que sabe guardarla para Él. Mírate bien, aquí sola. Y deja atrás para siempre, olvida para siempre, a esa niña triste y apesadumbrada que fuiste en aquellos tiempos que ya pasaron, y que deben perderse en el olvido para siempre. Anda, mírate.

Aborrezco lo escaso, lo blando, lo pringoso, lo poco, lo nublo, lo meloso, lo escondido. Y me alegra lo pleno, lo derecho, lo levantado, soleado, abierto y generoso. Me avergüenza callar, asentir sin más, dar la razón con ese gesto de la cabeza simple y obcecado, y la

sonrisa frágil en los labios. Quiero discutir, protestar, no conceder, encararme, negar con todas mis fuerzas. Defenderme.

Entonces no podías entenderlo, me dijo Él, porque el inicio de tu juventud era más fuerte que tú misma. No te engañes, ni te mortifiques. No juzgues con los ojos de ahora aquellos tiempos de sequedad y desasosiego. No enturbies la belleza de tu alma, su hermosura y extremada delicadeza con hechos y tiempos que ya pasaron, con angustias que acabaron ya.

Libérate de esa carga dañina, de esa zozobra maligna. ¡No! ¡Te digo que no! No es verdad que esas intemperancias de tu corazón y de tu cuerpo de entonces, te hayan hecho ser lo que, en verdad, no eres. No eres una joven llena de dudas, de tentaciones, con un alma dañada y torcida que no pueda vencerse, redimirse. Tú eres una mujer buena, llevada por los más altos sentimientos, sencilla y apacible. Eres dueña de un corazón hermoso, una juventud radiante, una entrega espiritual como conozco pocas, de una fineza de espíritu, y un fulgor espiritual diamantinos.

Nunca me pidas que sienta compasión por ti, porque no es lo que necesitas. Sí, perdón, sí, ¡quién no necesita perdón!, pero no pidas compasión. Compasión nunca la encontrarás en mí.

La mocedad es época de vida difícil. Sí. Muy difícil si quieres. Es vida todavía por hacer, por concretar, por definirse. No hay suficiente discernimiento, ni principios morales todavía verdaderamente definidos. Con esos pocos años somos propensos a pensar que lo que es posible hacer debemos hacerlo, que aquello que nos gusta nos pertenece, que sólo con desear con fuerza algo convierte lo deseado en bueno. No tenemos todavía un armazón moral. Somos ola de cualquier mar, cualquier viento para cualquier tierra. ¿Le pides fijeza a un huracán?

No. No cuentes con mi compasión. Con el Amor del Cristo, sí. Más ancho y pródigo que cualquier océano, más holgado y vigoroso que cualquier tierra fecunda y dadivosa.

No. No dejes de contarme estos recuerdos. Nunca lo hagas. Al contrario, cuéntame todo. Estoy aquí, revestido con la voluntad de escucharte.

Quiero que vengas a este confesionario con frecuencia, cada vez que necesites paz y fortaleza para que hablemos de aquello que te atosigue, que te mortifique, pero no me pidas que te compadezca. No me pidas lo que no te mereces y lo que yo no quiero darte.

Anda, vete a casa y descansa. Y busca la paz en tu corazón. En unos minutos vas a sentirla. La paz de los justos. El Amor del Cristo.

II

Mamá

El aire del cuarto es tenue y de pesadumbre, las paredes tienen un tono azul pálido, casi líquido, y el camisón de mi madre es de color pajizo, entre blanco y gris, con una gargolilla de encaje mortecino.

Si me dejan entrar a verla cuando llego del colegio o después de comer (poco antes de su descanso), los postigos de los dos balcones están entornados y el dormitorio parece lleno de una luz suave, cernida y acogedora. Si sólo puedo verla por la tarde o antes de la cena, está encendida la luz eléctrica, los balcones cerrados por completo y las cortinas, azulinas también, echadas.

El aire tiene la densidad de las capillas solitarias, su silencio y su sosiego recoleto y humilde. El que les dan las velas vacilantes en los rincones más escondidos.

Mi madre, y las que están con ella, tita Carmen, y doña Cloti, me hablan en un susurro y yo bajo la voz asustada, indecisa, como se mueven algunos animales cuando prueban a salir de la madriguera.

Sobre la inmensa cama, mi madre está tapada hasta el cuello, casi desaparecida debajo de la colcha.

Sólo las tardes en que parece más fuerte, más serena, tiene los brazos fuera del embozo, y puede acariciarme, tocarme.

En la habitación luce una lámpara con tulipa rosa y, a veces, cuando la oscuridad agranda, se encienden también las otras dos de

la cómoda de mármol que está justo enfrente de la cama, siempre cubiertas por unas gasas semejantes a las que llevan los fantasmas de los cuentos invernales.

—Ay, ¡esas luces que me dan justo en los ojos!

Siempre hay, junto a la lámpara, un vaso grande con zumo de naranja, una jarrita de cristal llena de agua, tapada con un cubridor de encaje como si fuera un cáliz, y unas cajas grandes de medicinas de letras azules sobre el fondo blanco. También el termómetro que tanto me gusta tener entre las manos.

—Cógelo. Apriétalo fuerte. Ves, ¿ves cómo sube?

Ella, pálida, blanca como la cera, los cabellos acuosos. Y yo, asustada, ansiosa, con el corazón anhelante.

Mi madre nunca está sola. Le hacen compañía su hermana Carmen o una vecina, doña Cloti, gibosa, con las manos muy grandes, con pocos dientes, los ojos vidriados y el pelo enmoñado en la nuca. Por las tardes, a ratos, le acompaña mi padre. Cuando entra lo dejan siempre a solas con ella. Al principio, se oyen unas palabras tenues, entrecortadas. Al poco un silencio que me sobrecoge.

Cuando me permiten que le ayude a incorporarse, al tomarla por los brazos noto la frialdad y la delgadez que se han adueñado de mi madre, y también un olor agrio y desabrido que lleva agolpado en alguna parte de su cuerpo.

Nada me gusta más que me dejen poner a la cabecera de su cama la silla de anea, y sentarme allí a la altura de sus ojos.

La cabeza apoyada en la almohada, me mira a los ojos, me alcanza con su mano gélida y roza mis cabellos, me recorre despacio la frente, mis labios, el cuello, y poco a poco veo alzarse entre

nosotras una luz amarilla y rosa cada vez más brillante, que nos inunda y nos une.

Desde mi asiento, al borde del cabecero plateado, con una unción entre la sorpresa y la melancolía, miro su boca salivosa, el cerco negro de sus ojeras, la nariz afilada, la transparencia de su piel. Oigo el susurro trabajoso de su respirar.

Carmen le pregunta:

—¿Te pinto los labios?

—No.

—Un poco. Un poquito de color.

—No, Carmen, no.

Es mayo de 1936 y yo acabo de cumplir diez años: unas piernas largas, unos dientes descompuestos, unos ojos rasgados, la esbeltez de un junco, la inconsistencia de un líquido, tan permeable como una pomada.

Veía el mundo muy grande pero mío.

Al otro lado de la cama, sobre la cómoda, siempre, la imagen de la boda de mis padres enmarcada en plata. Ella está casi levantada en el aire, sentada al filo de un butacón oscuro, toda vestida de blanco, el cuerpo erguido, una mirada intensa pero débil en sus ojos celestes, unas cejas arqueadas, mínimas, sólo casi un dibujo...

Le veo una vaga sonrisa de fragilidad, la frente altiva, el velo caído desde el nacimiento de los cabellos hacia la espalda, y un ramo de flores, ¿rosas?, levemente apoyado sobre el vientre.

Abajo, sobre la alfombra floreada, sus zapatos lisos y livianos, de anchos tacones, cruzados entre sí con una elegancia melancólica.

Padre aparece arrogante, la cabeza alzada y un tanto echada hacia atrás, mirando por encima de la cámara fotográfica, el traje negro abotonado por entero, los zapatos muy recios, los pies juntos, como empinando un cuerpo austero, seco, hermoso, los labios contraídos, los cabellos echados hacia la nuca con meticulosidad y repeinados con determinación, las manos pequeñas, demasiado pequeñas para esa imagen de fortaleza tan rotunda.

Parece el propietario de todo: de mi madre, del sillón de cuidadosa marquetería, del ramo de rosas y del macetero alto y sinuoso que mantiene un arbusto tropical, situado casi a la sombra, en la esquina de la imagen. También del aire, pastoso y amarillento, que alienta en la fotografía.

Es un joven, hombre ya, resuelto y gustoso de mandar, firme para decidir, con toda certeza precavido y constante, y quizá demasiado avasallador. Pero allá al fondo de sus ojos, en el trazo de sus manos unidas, en aquel pie avanzado, sólo un poco sobre el resto de su cuerpo erguido y ceremonial, yo veía siempre un temblor furtivo que lo hace inseguro, indeciso, un tipo de fragilidad que poco a poco habría de invadirlo, un cerco de incertidumbre que terminaría por adueñarse de su persona.

Cobarde, cobarde y violento.

En un día de aquellos inicios de mayo de 1936, radiantes de sol y de luz, estoy sentada, en la antigua mecedora de la abuela, frente a mi padre que tiene los ojos fijos en el mantel, los labios con un gesto de asco y soberbia, consumido por la ansiedad y el silencio.

Cuando aparece tita Carmen con los avíos cuidadosos del desayuno sobre una bandeja primorosa, en ese momento, tengo la certeza de que mi padre me mirará.

¡Aquí, aquí!, digo con todo mi cuerpo, las manos con fuerza agarradas a los brazos de la mecedora, la falda tensa sobre mis piernas, los muslos unidos hasta el dolor, ¡ahora!, ¡aquí!, mírame, dime que me ves, que existo en el mundo, que tengo un sitio en esta casa.

Toma un sorbo de café. La taza le tiembla en la mano.

—Carmen, tenemos que llevar a tu hermana a otro cuarto. Yo ya no puedo más.

—¿No puedes dormir?

—No es eso.

—¿No puedes...? ¿Ya no puedes verla así?

Padre ha agachado la cabeza y empieza a llorar.

—No es eso. No es eso... —Repite una y otra vez, sin mirarme.

A los pocos días, a las horas en que yo estaba en el colegio, la llevaron al cuarto de la plancha, al lado de la sala del comedor, donde se colgaba a secar la ropa en los días de lluvia. Quitaron de allí cacharros y tendederos, limpiaron a fondo y desinfectaron porque siempre olió aquel cuarto a zotal, alcanfor y lana húmeda, y le pusieron una cama estrecha y precaria. A su lado, una mesa camilla pequeña, con sus faldas azules de tela gruesa, y en ella, las imprescindibles cosas de su vida: la lamparita, las medicinas, la jarra del agua de cristal límpido, su vaso.

Todo lo demás son paredes desnudas. Huecos de sombra. Los postigos del balcón de ese cuarto nunca se abrieron.

Me he sentado en la silla de anea, junto a la cabecera, mis piernas metidas bajo el frío metálico del somier, en el hueco de la cama, cerca de su almohada.

Tita Carmen y doña Cloti están, un pañuelito cada una en la mano, junto a la puerta, mirando enternecidas, llorosas, sin decir palabra. Las dos, recién peinadas, se han quitado los delantales y huelen a colonia. A sus espaldas, la puerta cerrada. Tita Carmen se ha pintado los labios y un collar de perlas le tiembla sobre su pecho.

Padre no está en esos momentos en el cuarto. Se ha encerrado en su despacho.

Yo siento una zozobra que me obliga a temblar, un miedo que me impide decir una sola palabra. Llevo asentada en el corazón una angustia densa que me aletarga y me impide moverme, pequeñita allí, las piernas juntas, un olor agrio ocupándolo todo. Un aire perplejo sobre nuestras cabezas.

Mamá me ha pedido que ponga la cabeza sobre la colcha («échate, échate»), mirando hacia la puerta, hacia tita Carmen y doña Cloti que me tiran besos, mientras lloran, los pañuelitos tapando sus bocas. Mamá me acaricia el pelo, suave, suave, y yo siento el roce frío de su anillo.

He cerrado los ojos como si estuviera dormida. Quiero, por encima de todo, sentir la levedad de su mano, el roce amarillo de aquel único fulgor en la penumbra.

A veces esas caricias se detienen pero yo continúo, en una duermevela del corazón, sintiendo su mano sobre mi cabeza, quieta y cálida.

Espero impaciente, todavía los ojos cerrados, que las caricias vuelvan y que aquel fluir de ternura no se detenga nunca.

Era un juego de amor.

Aquella mano de la evidencia y de la claridad, de nuevo, se detiene sobre mi cabeza y siento cómo lentamente su peso aumenta y cómo se desvanecen su calor, su vida.

—Ay, ay, no mires a tu madre. ¡No la mires!

Pero yo vuelvo la cabeza y puedo verla, ahora su mano fría sobre mi cara, mi pobre madre, la cabeza caída a un lado de las almohadas, una babilla blanca cayendo de su boca.

Oigo una voz ansiosa.

—Vete, vete.

Doña Cloti me toma en sus brazos y me deja sola en el pasillo, delante de la puerta cerrada. Al poco, puedo oír los gritos de tita Carmen.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Veo a mi padre salir de su despacho, la bata sin anudar, pálido, mirando al vacío. Le abro los brazos. Ni siquiera me mira. Me esquiva.

Sólo el roce de su cuerpo con el de la niña en aquel corredor claroscuro.

Siempre que me siento desbordada por la ansiedad, deseo lo mismo: cerrados los ojos, levantarme, tantear las paredes, la puerta, abrirla pausadamente y salir, ay, si pudiera, salir al aire musical y acariciador del campo, de aquellos montes. Dar los primeros pasos en lo oscuro todavía y cuando todo ello (la brisa, el frescor de los árboles, la intensidad deslizante de los prados) lo sienta como cierto, abrir los ojos y caminar hacia la belleza y la levedad con decisión y valentía.

Y detenerme delante de las lomas lejanas, los almendros señalando las cañadas, el arreo de las cabras laderas abajo. Ese júbilo inigualable.

Las nubes, arriba, mirándome de frente si alzo la cabeza hacia la inmensidad.

¡Qué mezcla sin sentido! Me siento invadida, usurpada y, al mismo tiempo, abandonada, vulnerable y vacía. Fuerte y débil. Me asedian y me desamparan...

Tengo miedo de tocar las flores, los insectos, los brotes de los árboles, porque temo interrumpir una vida, mancillarla.

Paz. Aire y brisa. Y luz. Lo más preciado.

Aquella muerte arruinó para siempre una parte de mi vida, me aplacó la fuerza, y me hizo débil e inconcreta, ansiosa de amor y roces. Ese vacío se quedó en mi piel, intangible y secreto en mis rincones más íntimos, en las axilas, las ingles, allí, cuando cierro las piernas o las abro, mi cuerpo sobre las sábanas donde me muevo caliente y expresa.

Soy yo sin ser mi carne.

Él me dijo:

—Ah, de esas cosas no sé. Habla con tu madre. Con nadie mejor.

—No tengo madre.

Quedó en silencio y entreví que buscaba mis ojos a través de la rejilla. Distinguía su boca al otro lado. Su boca. Agaché la cabeza. Quise oír las palabras de la salvación, la pomada sanadora, el perfume, el bálsamo, las aguas claras.

Tardaba en hablarme.

—Mi madre murió. Hace ya muchos años.

—Y su sitio...

—Está vacío.

—Y ¿ese vacío...?

—No es un hueco. Ya es mi carne, mi cuerpo. Parte de mí.

Allá a lo lejos, como un murmullo, se oían los rezos. Una luz azulina se agolpaba al final de la nave. De nuevo, su voz:

—Perdí un hermano. Hace tiempo también, en los primeros días de la guerra. Era un torbellino. Una pasión. No conocí a nadie con más gana de vida.

—Yo no sé.

—Nadie sabe.

—Quisiera...

—Yo también quisiera saber.

—Usted, sí sabe. Debe...

Vi, al otro lado de la rejilla, que levantaba la mano. Pedía que me callara.

Bajó la cabeza. Yo también.

—No puedo darte la paz que yo no tengo.

No se decidía a incorporarse. Cerré los ojos. Un dardo rojo se metió en los párpados.

III

Tardes de sábado

Como tengo un cuarto espacioso y soleado sólo para mí, las amigas vienen a casa los sábados por la tarde, cuando mi padre va a lo que él llamaba, siempre ampuloso y desabrido, «la tertulia jurídica», y Carmen (que aquel día de julio de 1938 en que se casó con mi padre, me llevó en volandas hasta sentarme, alejada de la fiesta, para decirme: ahora soy dos cosas tuyas: tu tita y tu madre) se quedaba en casa cosiendo. Así que de vez en cuando aparecía por mi habitación para preguntarnos cualquier cosa o para contarnos, intimidada y ansiosa, y con los ojos nublos, algunas historias de su juventud.

Aunque interrumpidas por esas visitas, la mayor parte del tiempo nos quedamos solas, y entonces nos sentimos plenas, inquietas, en algunos momentos melancólicas, y en otros, volubles y lisonjeras, para todo tan livianas.

Mi hermano Jorge tiene por entonces tres o cuatro años y es un niño de orejas grandes, cuerpo sano y pujante, frente amplia, y una cara despejada y alegre, aunque en el fondo de su mirada yo creo adivinar la crispación arrogante de nuestro padre y en algunos gestos de su boca la displicencia y el desagrado de su carácter.

A mis amigas les gusta mucho que entre en el cuarto porque juegan con él, lo llevan en brazos de aquí para allá, del lavabo al

armario, del espejo a la cama, se pelean por tenerlo. Él remolonea, protesta, se ríe, lloriquea, exige, se entrega.

Todo eso dura diez minutos o un cuarto de hora a lo más, porque enseguida lo que queremos todas es cerrar la puerta, echar la aldabilla, y quedarnos solas.

Yo llevo alguna silla de la sala y con la que tengo para estudiar delante de la mesita, y sirviéndonos también de la cama, todas podemos sentarnos cerca unas de otras, y con nuestra cercanía, nuestros roces, eliminar las incertidumbres y destemplanzas de nuestros cuerpos.

Ahora, cuando recuerdo aquellas tardes tengo la certeza de que cada sábado, yo como la mayoría de mis amigas, esperábamos en secreto, cada una para sí, entre la ingenuidad y la candidez, que algún acontecimiento inesperado, una milagrosa luz hallada debajo de la almohada, una bolsita de agua descubierta en un rincón del armario, un azar inconcreto que volara por encima de nuestra mirada, alguien imprevisto y desconocido que en cualquier momento llamara a nuestra puerta colmaría por completo nuestros ímpetus y nuestros deseos, todos nuestro sueños, esos vapores alzados de nuestros corazones, aquellos que nos hacían sentirnos hermanadas alrededor de una ilusión común pero irreconocible e inconcreta.

Teníamos la certeza de que allí reunidas, alegres y llenas de voluntad de vivir, nos llegaría a los brazos, como un regalo de placer y caramelo, el cumplimiento exacto de aquello que indeciso, confuso y vacilante llamábamos felicidad y belleza.

Consistía entonces en porfiar, en no entregarse, en mantener ese ímpetu.

Y a él, nos abandonábamos inocentes y ardorosas.

Solas, y por delante la tarde que nos parecía infinita, todo es un rumor de risas, un disfrutar de estar juntas, la simple alegría de mirarnos, las faldas tableadas, las camisas amarillas, azulinas, blancas, los calcetines hasta media pierna, las rebecas abotonadas, las cintas de colores vivos.

Al principio de la tarde, aunque es radiante la claridad del día, no abrimos nunca el balcón porque adivinamos que el mundo de aquella plaza y sus gentes, con sus fealdades, sus recelos y sus torpezas, nos alejan sin remedio del nuestro, el único mundo intenso y verdadero, lleno de algarabías, fortalezas, y audacias. De juegos y pasión.

Sentimos, por el contrario, que la luz que rodea la habitación y resplandece nítida a través de los visillos, y que nos pertenece tanto como nuestras bocas, es la que nos da la intensidad y las fuerzas avasalladoras que nos colman.

Nos gusta sacar del armario la caja grande llena de anuncios de películas, sentarnos, en círculo, a su alrededor, a los pies la caja, y comentar unos, intercambiarnos otros.

Viajábamos de ese modo desde nuestro mundo único a otros mundos, a países exóticos y ciudades lejanas, a selvas infinitas y desiertos desconocidos (antes no, pero ahora sé, con toda certeza, que mis sueños fueron siempre, desde el mismo momento en que anidaban, mi mayor castigo), y recordábamos, como vividas, fiestas lujosas, viajes magníficos, aventuras de entusiasmos y fantasías.

Alguna de nosotras, despacio, pasaba la punta de los dedos sobre los labios de aquellos hombres hermosos. Otra, sobre el pecho y las caderas, y la más atrevida seguía despacio y voluptuosa el trazo de las entrepiernas poderosas, Ay, ay, decimos, mirándonos unas a otras, las manos sobre las bocas, divertidas y ligeras.

Se entornan los postigos del balcón y empezamos a intercambiarnos la ropa: las faldas, las blusas, las rebecas. También un collar, unos pendientes. Pero nos gusta más imitar peinados, gestos, maneras de andar. Es una manera sutil y secreta de intercambiar también nuestros cuerpos, nuestras propias personas. Tomarnos unas a otras, poseernos. Y también dejar de ser, por algún momento, aquella que somos, y vernos como éstas nos ven. Contemplarnos en un espejo distinto, más ingenioso y tal vez más verdadero, que aquel otro que solamente nos refleja, pobre imagen para los pobres.

Si alguna vez una de ellas intenta imitarme, con qué atención me fijo para descubrir qué gestos son los míos, cuál mi forma de andar o de estar simplemente ocupando el espacio.

Verme desde fuera y en movimiento, como, en una película, han de verse los actores. Pasear, detenerme, mirar al mundo, mi perfil, mis pasos.

Ah, cuando, imitándome, se sientan como si se desvanecieran, o doblan las piernas lentamente mirando al frente con determinación o fijan con cuidado la falda a la altura justa; cuando amoldan despaciosamente el cuerpo al respaldar de la silla para estar derecha y comienzan a hablar con tono pausado, un poco alto, con las manos al aire, en una danza cuidadosa y tentadora, cómo me río, divertida y ligera: aunque siempre quede en mí, en el fondo de mi corazón, una especie de inquietud gustosa, un sabor sabroso y fuerte.

Si de verdad cadencio mis caderas con esa cuidadosa atención, con esos sinuosos movimientos; si de esa manera hago perfil con mi cuerpo para que se vean la presencia inicial y, a la vez, rotunda de los pechos; si así doblo, con esos gestos morosos, mis piernas, y

acerco las manos a la altura del vientre para allí detenerlas unos instantes; si además ando con esa resolución, ese desparpajo que no es inocente, la espalda rígida, el bamboleo sinuoso y a medio esconder de las nalgas, si, en verdad, ésa soy yo, ah, sí, sí, puedo gustar a los hombres, sí, puedo conseguir que me deseen, sentirme, por dentro del corazón y mi sangre, y entre el frescor y el roce difuso de las piernas, querida.

A veces nos desnudamos. No todas nosotras, ni tampoco por completo. Algunas sí, porque una vez iniciado un aire de desenfado y alegría poco común, un nerviosismo especial, unos deseos de ser cada una más atrevida que las otras, son capaces de desnudarse por entero, en un acto parecido al de la contemplación del rayo.

Cuando atardece y se apagan poco a poco las luces que llegan de la plaza, mi cuarto entra en una especie de neblina que nos vela las caras y nos obliga a acercar nuestros cuerpos.

Muchas de aquellas tardes, a esas horas ya tardías, le pido a Carmen la radio y ella sonriente, «cuidadito, cuidadito con la música», nos la trae contra su pecho, casi sobre sus caderas, el cordón rastreando el suelo, pasillo adelante.

Bailamos formando parejas entre nosotras, y cuando, como en tantas otras ocasiones por esos años, aquella noche recién comenzada se fue la luz, todas empezamos a gritar, «¡las restricciones!, ¡las restricciones!», convirtiendo aquella penuria en una razón más para divertirnos. Nada que ocurriera, por penoso que fuera, nos excedía.

Ahora sé que esa impúdica fortaleza que sentíamos en nuestro interior sin limitación alguna era la luz y el ímpetu de la

adolescencia, ese milagro que se deshace sin remedio, en pocos meses.

Aquel día, ya a oscuras, cuando la voz de Jorge Sepúlveda que cantaba «Limosna de amor» de repente desapareció y quiero separarme de la que hasta entonces bailaba conmigo, oigo que me susurra al oído, en una súplica:

—Sigue, sigue. Vamos a seguir.

Las otras se han sentado, la mayoría de ellas sobre la cama.

—¿Sin música?

—No necesitamos música.

Y acerca su vientre al mío. Y después sus pechos a los míos. Al poco, baja la mano de mis caderas a mis nalgas.

—Yo...

—Deja, déjate llevar.

La siento palpitante. Acerca su cara a la mía. Alarga la boca para morderme la oreja. Se pega más a mí y mete hacia lo hondo de su vientre el mío. Abre las piernas para que yo entre por entre ellas y busque allí su ansiedad.

—Más... Más...

Murmuraba queda, como un soplo.

Temo que pueda encenderse la luz en cualquier momento. Ella debe pensar lo mismo. Pero eso nos excita más. Sus pechos apretando los míos hasta el dolor.

Siento su pierna alzada entre mis piernas cada vez con más fuerza. Aprieta.

No nos movemos. Mi espalda da contra la pared. Busca mi boca. Hunde su pierna. Yo busco su fuego con el mío. Comienzo a mover las caderas.

—Más.

Yo respiro hondo. Oigo, junto a mi oído, su respiración. La boca abierta. La suavidad húmeda de su lengua.

—Sí. Sí.

—Más.

Yo voy a gritar. Me separo.

Oigo su voz susurrante, un murmullo.

—No hay placer como este placer.

Me deja ir. Yo busco la cama, a tientas, para tumbarme y disfrutar con los ojos cerrados, las piernas abiertas, aquella languidez que silbaba en mi vientre lleno de luz.

IV

Aquella boda

Carmen quiso llevarme cogida bien fuerte de su mano izquierda. A la derecha marchaba con su gorra de plato pegada al pecho un militar muy amigo de mi padre. Un correaje le cruza la espalda, y justo al lado del corazón prende una medalla dorada que brilla como una luz. Calza unas botas altas, hasta cerca de las rodillas, relucientes y boconas. Un bigote, como el de mi padre, le empequeñece la cara, de la que sólo recuerdo una sonrisa fija en la boca, y un pelo cano, en punta, recién cortado y gomoso.

Mi padre había dicho, la noche anterior, durante la cena:

—No, no habrá música. No hay armónium. ¿No sabes que lo quemaron?

Sin embargo, por aquel largo pasillo que discurría entre los bancos y terminaba delante del altar mayor, el militar y Carmen iban a pasos muy lentos, poniendo el pie muy suavemente y muy despacio sobre las losetas heladoras; los dos, como llevados por un ritmo solemne que llevaran cantando en su interior.

Yo no podía llevar el paso, siempre delante o detrás. Carmen, un ramo de flores en su mano derecha, seguía tomándome muy fuerte con la otra mano, y de vez en cuando la veía mirarme sonriente:

—¡Qué guapa va mi niña!

Yo tendría entonces once o doce años ya, y el desorden de cuerpo que a esos años tenemos las niñas que se van desordenando para

ser mujeres. Me sentía incómoda, torpe, ridícula, las piernas muy largas, las caderas demasiado anchas y aupadas hacia arriba, las manos gordas y los dedos romos. El traje, rosa pálido, lleno de encajes aquí y allá, no me gustaba porque tenía mucha holgura por el cuello y era demasiado estrecho por las posaderas, y los cierres de las mangas, por encima de los codos, me apretaban tanto que me dolían.

Detrás de nosotros, iba mi padre vestido como siempre de negro, del brazo de tita Pura que llevaba un sombrero de casquete negro y adornos de viruta blanca que yo no me sentía con el valor de mirar.

Mi padre marchaba fija la vista hacia delante, la severidad rígida en su cara, hacia las velas encendidas del altar.

Si lo miraba, me hacía un gesto seco con la cabeza.

—Adelante. ¡Mira hacia delante!

Cuando llegamos al altar (en un lateral de la iglesia, donde estuvo Jesús el Rico hasta que lo quemaron, y que era donde había dicho una y otra vez mi padre que quería casarse), nos esperaba con las palmas de sus manos unidas a la altura del pecho, la mirada al suelo, una casulla de color verde y rodeado, a un lado y otro, de dos monaguillos con faldas rojas de telas espesas y ya arrodillados, el cura viejo con el que, en aquellos años, me confesaba; aquel que nunca reía y al que jamás logré entender reprimendas y consejos.

En el altar, varias velas encendidas, muy hermosas, y en unos búcaros plateados, de poca boca y asas generosas, muchos claveles blancos. Allá arriba, una hornacina vacía, alta, por encima de las luces. Daba miedo ver aquellas sombras huecas, aquel vano oscuro, iluminado temblorosamente.

Mis padres se unieron ceremoniosamente a los pies del altar, al filo de un escalón alfombrado. Los demás, un grupo muy pequeño de personas, nos sentamos en unos bancos dispuestos en semicírculos.

Carmen quiso mantenerme a su lado. Al principio pareció que el cura lo permitía, pero, de pronto, y sin mirarme de frente, me puso el dedo índice delante de los ojos, y dijo:

—No puede estar aquí.

Me senté al lado de tita, junto al militar. En medio de los dos. Si volvía la cabeza hacia ella me llegaba un olor a un perfume pegajoso y cálido a jazmín y miel, si a la izquierda, un olor rancio y agrio, entre menta y terrizo, tabaco y membrillo.

Ni el militar ni tita Pura me hacían caso aunque yo los miraba con insistencia. Miraba al frente entonces. Al brillo de las velas. A la sombra hueca de la hornacina. Fijé la vista allí. De pronto, de la misma oscuridad surgió un Cristo asediado por las llamas, como aullando, la boca abierta buscando aire entre los humazos y las brumas.

Entre la blancura de las flores, el silencio cuidadoso, la gente tan aseada y tan modosa, el esmero y lentitud con la que se movía el cura, el nítido campanilleo de los monaguillos y la quietud envarada de mi padre, yo miraba a Carmen como aquel que ve a la Virgen en los altares: serena, atenta, cuidadosa, sosegada y acogedora.

Y me alegró mucho pensar que era posible tener, al mismo tiempo, una madre muerta y otra madre viva. Una, bajo tierra. La otra, de allí de donde nacen la paz, la luz y las certezas.

Al terminar la ceremonia, ella y mi padre, tomados los dos del brazo, recorrieron de vuelta aquel pasillo hacia el atrio en el que se abrían dos portones grandes a la calle. Detrás de ellos, todos nosotros,

formados como en procesión. Me rodeaba un murmullo esponjoso y azulino y una luz poderosa me empujaba en el pecho.

Al llegar allí, nos encontramos con muchos niños amontonados, bulliciosos y alegres, y con varias mujeres y chicas venidas de la plaza cercana y las callejuelas del barrio, también del Altozano. Rebequillas manidas, cabellos arrubiascados, ojos tenaces, las bocas melladas.

Toda aquella niñería se agolpaba allí ansiosa por ver, si como en los bautizos, el padrino de aquella ceremonia echaba a los aires unas monedas o, al menos, unos caramelos.

Se empujaban, alargando las manos. Las mujeres, entre azoradas y valientes, miran a los novios, a aquel lujo de trajes y zapatos lustrosos, y comentan entre sí aquella pulcritud, aquella quincallería. Murmullos donde se igualan, al mezclarse, envidias y desprecios. Burlas y asombros.

Salimos, por fin, a la calle, estrecha, terrada en muchos tramos. Nos quedamos todos agrupados, como perdidos, confusos, junto a los muros de la iglesia. El militar señaló aquellas paredes con un gesto de su cabeza, y le dijo a tita Pura, que no se separaba de él un instante, y a algunas señoras más que lo rodeaban:

—Miren, miren, todavía están tiznadas.

—Ay, por Dios, ¡qué días aquellos!

Una señora de amontonados bucles sobre la frente y ojos encendidos.

—Ay, ¡ya acabaron! ¡Gracias a Dios, ya terminaron!

El militar juntó los tacones de sus botas en un golpe seco, el cuerpo erguido.

—¡Así es, señora!

—Ay, Dios mío. ¡Todavía lo recuerdo como si fuera hoy!

Hubo un temblor de oro en su pechera.

—Ya acabaron, señora. ¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad!

Oí un cascabeleo que venía del cielo.

Bajamos aquella calle todavía agrupados y ceremoniosos. Desembocamos en un ensanche, y poco más adelante torcimos a la derecha. A unos metros, y a la izquierda, en un frontal que casi taponaba una calle con casas muy poco avenidas entre sí en alturas, balcones, cierros, portales y ventanas enrejadas, estaba el restaurante. Unas ruinas se veían al lado mismo del edificio. Un hondón de escombros. Mis manos sudaban. Mis axilas, también. Un temblor difuso me inflamaba. Un agobio impreciso.

Detrás del mostrador, por una puertecita lateral, entramos a una especie de reservado. Cuando quise sentarme Carmen ya me tenía reservada una silla frente a las de ella y mi padre.

—Tú, aquí, mi niña, ¡que yo te vea!

Mi padre, como siempre, habló poco y comió menos. Carmen estaba radiante, alborozada y habladora. Tita Pura, según pasaba el tiempo, se fue convirtiendo en una persona más seria, más triste, más apagada, y yo, en medio de unos rescoldos de voces que poco a poco iban languideciendo, con una mano intentaba taparme una mancha de aceite que me había caído en la falda y con la otra mantenía apretado con fuerza el hueso blanco, el «esqueleto» me dijeron, en forma de barca, de una jibia gigante. Tras los cristales, una lluvia fina comenzaba a caer sobre el mundo y la luz se agolpaba lentamente en los rincones más alejados antes de consumirse.

La comida había comenzado bulliciosa. En algún momento, verdaderamente alegre, pero sin saber por qué todo aquel impulso de vida y de actividad se fue apagando como si un aceite espeso que fuera resbalando laderas abajo de los montes nos hubiera ido inundando, inundando.

Se empezó por hablar más bajo, se fueron entristeciendo o agriándose rostros y gestos hasta que se terminó por comer en silencio, como si se hubieran agotado las fuerzas y los zumbidos del corazón.

Se oyeron algunos suspiros, vahos de dolor, y la sombra de un infortunio compartido por todos en silencio, poco a poco, nos fue enclaustrando en aquel saloncito.

El militar se levantó de improviso, con una copa de vino a medio llenar en su mano derecha. En la otra, un papelillo le temblaba ligeramente.

—Nos entristecen y apenan, irremediablemente, los acontecimientos históricos que España está viviendo, pero quiero decirles a ustedes, en nombre del Ejército que represento con orgullo en esta fiesta íntima y entrañable del casamiento de don Gaspar, prócer de la judicatura, con la bella señorita Carmen, que la victoria, la victoria del orden, de nuestras mejores tradiciones religiosas y patrias, no se hará esperar. Lo mismo que las tropas nacionales, en alianza imperecedera con los mejores españoles, han conseguido en esta ciudad, como en tantas otras, la salvación de la Patria y la Religión Católica, muy al poco, nuestros Ejércitos gloriosos harán que alumbre en toda España, en nuestra querida España, la luz del Nuevo Orden, aquel que se resume en la unión inalterable, por eterna, entre la Cruz y la Espada. Brindemos todos por la Nueva España. ¡Arriba España! ¡Viva el Ejército español!

Carmen me dijo:

—Levántate, hija, tú también. Que te pongan sifón en tu vaso, y que brindemos todos.

Mi padre estaba erguido. La copa levantada a la altura del pecho. Un fluido de vida le vino a los ojos.

Miré a Carmen y la vi que levantaba la suya con una cara alegre, arrebolada. Poco después, al ponerla vacía sobre la mesa, miraba con fijeza ensimismada el mantel y se quedaba así, inmóvil, como si estuviera sola en el mundo. Sobre sus cabellos, como una corona, una sombra de tristeza y hastío. Un velo negro sobre aquella blancura.

Bebí, el esqueleto de jibia en la otra mano, y en el corazón un nublado de sentimientos diferentes. Un velo, un Cristo en llamas, una estola de oro, un pelo cano en punta, un sonido vibrante me temblaba en el vientre.

En aquellos años de adolescencia y desazón, de empujes y melancolías, como he dicho, era mi confesor aquel cura serio, viejo y escueto de la boda. Yo era todavía una niña y no encontraba las palabras que expresaran aquella mezcla desordenada y aparatosa de deseos, tocamientos y ensoñaciones que me asediaban día y noche; me atropellaba entre balbuceos. Indiferente y pausado, él mismo me dio la solución. «¿Has pecado contra la carne?». Qué descanso. Le dije sí. Y no me preguntó nada más.

De manera que cuando pasé, con el adelantar de los años, de los sueños y deseos poco más que infantiles (que muy pronto me parecieron como juguetes de antiguas Navidades), al turbión de túnel negro de mi sexualidad era una verdadera liberación decir, sin

tener que ser más explícita, «he pecado contra la carne» y sentirme en paz.

Una paz, inocente y trivial, que se evaporaba de inmediato, pero, en definitiva, paz.

Con Él nunca fue así. Desde el primer momento en que me arrodillé ante aquella rejilla tuve que renunciar a las pocas palabras. Me pedía fechas, ocasión, circunstancias. Tenía que decirle si había pecado en soledad o con alguien, y si así era, con quién, por cuánto tiempo, cuál la intensidad. Había que hacerle recuento de mi gozo y mi remordimiento, la altura de mi placer y el dolor de mi contrición. La cantidad de entrega y la de repudio. La fuerza de mi arrepentimiento y el peso de mi culpa. El grado de desazón y el de pesadumbre por mis faltas; y el de mi voluntad para condenarlas, superarlas y vencerlas definitivamente. Yo sentía una inclemencia sorda, un desasosiego que me ansiaba la respiración y, al mismo tiempo, en lo más hondo de mí, un placer perturbador, una embriaguez caliente. Era júbilo de mi carne más íntima aquello mismo que me desazonaba.

A veces me quedaba callada.

—No me contestas.

—No puedo. No sé.

—¿No sabes qué has hecho?

—Sí. Pero no puedo.

—Tienes lengua. Tal vez no tengas la voluntad.

—No digo más... porque me da vergüenza.

—Eso es lo que yo deseo. Que te avergüences de tus actos.

—Yo sólo quiero perdón. Sentirme limpia.

Parecía rezar, decirse en silencio una oración que le ascendía desde lo más profundo de sí hasta los labios que se movían sin articular palabra.

Le veía su perfil, el cuerpo derecho, tenso, la estola brillándole alrededor del cuello, la barbilla metida contra el pecho.

—¿No quieres hablar entonces?

—No sé. No puedo.

Acomodaba su cuerpo allá dentro para poder mirarme de frente. Yo no quería verlo. Tras la rejilla podía oír su respiración.

—¿Te arrepientes?

—Sí. Me arrepiento.

—Huye de las ocasiones. Sé fuerte.

—Sí.

Levantaba la mano a la altura de mis ojos. Apuntaba primero, con sus dedos juntos, a mi cara. Y repetía aquella música acogedora:

—*Ego te absolvo*...

V

Maru

Me tapo con los cobertores de la cama. Deseo ausentarme, huir a la oscuridad. No quiero oír, al otro lado de la pared del cuarto, la conversación de mi padre con Carmen, el trasiego mohíno del acostarse o del trabajoso acomodo en la cama; los preámbulos poco dulces y cariñosos de amarse, o la placidez y el descanso después de hacerlo.

Pero algunas veces, cuando me invaden la flojedad de los sentimientos, la desgana y el vacío, y una negligencia para todo se hace mi dueña, o, al contrario, se apodera de mí las ansias del fingimiento, un impulso irrefrenable por desentrañar todo aquello que me rodea y con lo que convivo, el gusto de lo que no debía, entonces, me levanto de la cama, la luz apagada, sin hacer un ruido, y los escucho, pegada a la pared, los dibujo, los veo, torpes, desesperanzados, perdidos. Tan perecederos.

Y cada una de sus palabras tiene una imagen clavada en mi corazón. Veo grasa, flujos, ceguedad, gases, saliva. Y una poza inmensa de desesperación. No hay esperanza alguna.

Carmen alzaba la voz:

—No la veo.

—Me han dicho, más de una vez, que te han visto con ella.

—Es mentira. Te mienten.

—No me mienten. Tú pobre hermana me hacía caso y no la vio nunca más pero tú no obedeces.

—Te mienten. Te dicen mentiras.

—No me mienten. Yo sé que es verdad. Lo noto, lo sé. No necesito que me digan nada.

—¿Y en qué lo notas?

—En tus gestos. En tu manera de hablar. En... en tu desenvoltura.

—¿En mi desenvoltura?

—Sí. Hasta en cómo te quitas la ropa lo noto.

—¿En eso lo notas?

—Y en cómo me buscas en la cama. En eso lo noto.

—Lo sé, lo sé. Lo tengo siempre presente. Ni a la boda quisiste que viniera.

—¡Claro que no quise! ¿Por qué iba a ir ella?

—Pues porque es mi familia. La única persona que me queda de mi familia.

—Maruja no es persona que pudiera venir a la boda.

—¿Y toda tu familia sí? Tus tías, ¡incluso el militar!...

—Sí. A la boda de un juez van las personas decentes.

—¿Y Maruja no es decente?

—Maruja vivió su juventud como la vivió.

—¡La vivió junto al hombre que quería!

—Casado. Con un hombre casado y con hijos.

—Con el hombre que quería.

—Casado. Fue la querida de un hombre casado.

—Tú. Tú... no sabes lo que es querer a una persona.

—Yo quise a tu hermana.

—¿Y a mí?

—¿A ti? Anda, déjame. Deja que me duerma.

La primera vez que pude hablar con la tía Maru ya era una mujer mayor. Pero, en su juventud, debió ser algo así como la mezcla perfecta de sus dos hermanas. La plenitud, la vitalidad, el empuje y la hermosura de Carmen, unida a la pulcritud, la delicadeza y la dulzura de mi madre.

Cuando fui a visitarla, al poco de cumplir los veintiún años, en cuanto la vi, la recordé de inmediato: era aquella misma mujer que a la puerta de la iglesia, a la muerte de mi madre, toda vestida de negro, con empaque y prestancia de dama, se acercó, me tomó de la mano, y puso sus labios, casi en un roce, sobre mi mejilla.

—¿Estás muy triste?

—Sí.

—Yo también. Tu madre era un milagro.

Detrás pude oír la voz de mi padre:

—Carmen, ¡esa niña! ¡Trae a esa niña enseguida!

Yo miré a aquella señora que buscaba en mis ojos una emoción antigua, perdida en su juventud.

—Vete, hija, vete con tu padre.

Quiso que abriera la palma de la mano y allí me besó.

Nos miramos un instante. Me sonreía.

—Hazle caso a tu padre. Vete.

Se quedó quieta en mitad de la calle. En los ojos la misma luz celeste de mi madre y ese aire limpio y benevolente que la envolvía.

Vivía en el último piso de un edificio de cinco plantas que hacía chaflán con aquella avenida de pobres arbolillos y adoquinado descompuesto, y un callejón que parecía abandonado, hacia el

Castillo, casi pegado a la barranquera del monte y a un solar lleno de escombreras.

La casa estaba pintada de un ocre claro, las ventanas y balcones ribeteados de blanco, y tenía prestancia y señorío (unos cierros a media fachada, muy hermosos), pero la desmerecían unos desconchones muy grandes en los bajos, y en toda la primera planta que tenía las verjas medio abiertas, como serradas, todas las ventanas mal tapiadas por ladrillos y cemento cuarteados por un incendio.

Carmen nunca había querido acompañarme a visitarla a pesar de que yo le insistía una y otra vez. Al principio, hasta se negó a darme la dirección.

Al verme decidida y terca, prefirió acompañarme. Fuimos una tarde, viernes, en que nos quedamos solas: Jorge en casa de unos amigos, y papá, con sus amigos y compañeros del Casino y la Audiencia en la fiesta del Santo Patrono.

—Si se entera tu padre que la hemos visitado, le dices que nos la hemos encontrado por la calle. Que no se te olvide.

—Que sí. Pero papá no se enterará.

—Pero si se entera, por Dios, que...

—Que sí, que sí.

Iba nerviosa, acelerada, las dos tomadas del brazo, calle arriba. Pasamos por el comedor del Auxilio Social, arribamos a la plaza, y a la derecha, allá a lo lejos, me señaló la casa.

—Ahí es.

Sí. Sí pueden mezclarse en un mismo corazón y en un mismo instante la decisión y el miedo, el contento y el pesar, la duda y la firmeza. Una sola mirada se hace con dos ojos.

Subimos unas escaleras rancias, de madera muy gastada y corrompida, tomándonos de un pasamano escaso y débil. Íbamos ascendiendo desde una humedad empalagosa que se amontonaba en el zaguán y se mantenía en las dos primeras plantas, hacia un aire, templado y agradable, más esclarecido, en las plantas siguientes.

Al llegar a la quinta, dimos con una claridad muy cegadora, amplia y generosa, que entraba radiante por una ventana desde la azotea llena de sábanas al oreo. Carmen nerviosa, yo impaciente.

Entonces creía, inocente de mí, que me bastaba un encuentro, incluso una mirada, unos instantes de atención, para saber enseguida cuáles eran en verdad los pensamientos más escondidos de una persona, el hervidero de sus intenciones, la fuerza de sus impulsos, la consistencia de sus vidas.

Al contarle a Él aquellas certezas de tan pocos fundamentos, lo oí cómo reía al otro lado de la rejilla.

—Mujer, ¿todavía eras tan inocente?

Cuando parecía tomarme por una niña caprichosa y engreída y ponía entre nosotros una distancia que me era, por entonces, inabarcable, quedaba en mi corazón un resquemor doloroso, un fluido de desgana que me hacía transparente, vulnerable, pero que también construía poco a poco, lentamente, un espacio íntimo y secreto como un susurro, un sitio, escondido y sabroso que compartíamos los dos. Entregarme a la cadencia de aquel susurro, acogerme a ese rincón de paz y reconocimiento, significaban para mí un delicado y misterioso acicate para la indolencia y la placidez.

—No. Nadie conoce a nadie. Nadie sabe nada de nadie. Tú caías en ese juicio ligero y extemporáneo por pura inocencia, pero muchos de los falsos rumores, de las insidias y maledicencias que se dicen

de tantas personas, vienen de ese falso conocimiento superficial que, de seguida, las hace frágiles, en manos de las que envidian y tienen una intención soez y malsana. No. En verdad, no se conoce a nadie. Sólo Dios sabe las verdaderas intenciones, los secretos más profundos de las personas. Los hombres, no. Las mujeres, tampoco.

Lo vi de nuevo sonreír. Sus labios estaban muy cerca de la rejilla y me susurraban, suaves, al oído, una música llena de sutilezas que me halagaban porque eran sólo para mí.

—Solamente Dios conoce y sabe, porque compadece y castiga, porque juzga. No juzgues tú, y tú tampoco serás juzgada. Abramos el corazón a la mejor pasión: la de amar y ser amado.

No pude mirar su boca por más tiempo.

Cuando se abrió la puerta vi a una mujer alta y hermosa que me ofrecía sus brazos para acogerme. Me llevó hacia ella mientras rozaba mi cara una piel caliente y sentía contra los míos la rotundidad de sus pechos. Sin separarse de mí, teniéndome a su costado bien cogida por su brazo, besó a Carmen y me condujo, sin dejar de mirarme, sonriente, hasta una salita muy luminosa.

Carmen y yo nos sentamos en un sofá de dos cuerpos que estaba pegado a la pared pintada de un celeste muy claro. Maru fue a sentarse en un orejero, un tanto maltrecho ya, que estaba de espaldas al balcón con visillos de encajes y bajos de muselina, a nuestra derecha.

En medio, una mesita baja, de patas bien fileteadas, estaba cubierta por un mantelito blanco en el que había, meticulosamente preparadas y distribuidas ya, tres tazas grandes y una tetera.

Me miró a los ojos, las manos unidas entre sí, y apoyadas sobre sus muslos muy juntos.

—No sabes lo que me alegra que hayas venido.

—A mí también...

—Nunca es tarde para verse, ¿verdad?

—Nunca... Bueno, hemos tardado mucho...

—No. No te preocupes. Tienes veintiuno, ¿no?

—Sí.

—Pues eso, mayor de edad.

—Sí.

Se acercó a la mesa y me puso entre las manos una taza. Tenía la frente despejada, ancha, y el cabello, alzado en rulos que se cerraban atrás en un moño, muy negro.

—Tú, eres poco habladora, ¿no?

—Bueno... No. No sé.

Me miró a los ojos.

—¿Estás con el mes?

—Pues...

Carmen se removió en el asiento.

—¡No... no preguntes esas cosas, Maru!

Ella seguía mirándome.

—¿Estás o no?

—Sí.

—Es que me preocupaba esa mirada lánguida, ese cerco en los ojos de desgana, la flojedad de los labios... Y yo quería saber si era todo eso tuyo, natural, o era...

Carmen se atropellaba al hablar.

—¡Qué va! Esta niña es... es jugosa, de mucho vivir, de... de...

—Bueno... Sí...

—Es que además de esa palidez y esa cosa lánguida que se les pone a las muchachas no se debe tomar té esos días. Aligera la sangre y agranda los sinsabores. Te voy a traer manzanilla, bien caliente.

Se levantó y mientras aplanaba la falda sobre el vientre, puso el cuerpo derecho, me miró a los ojos sonriente, y despaciosa la vi andar hacia la puerta.

Al poco tiempo, nos tocábamos las manos, acercábamos nuestros cuerpos, un fluido hermoso de cariño iba de un corazón a otro. Nos sentíamos viviendo una cordialidad sincera que unificaba nuestras edades, también sentimientos, levantando entre las tres un tejido de vida común donde podíamos juntar, fundir en una nuestras vidas.

Ya entraba en la salita la luz tenue y vaporosa del atardecer y todavía estábamos allí sentadas.

—Hay que vivir. Por encima de todo: ¡hay que vivir!

—Y gozar. Gozar de la vida.

—Sí. De lo poco que nos dejan, saber gozar de ese poco.

—¡Y ensanchar! En secreto, si es preciso, pero agrandar, ensanchar, respirar, ¡vivir!

—Ay, sobrina. ¡No pierdas ni un momento! Ni una oportunidad. Goza. Mira. Vive. Ve.

—Muchas veces... no...

—Ay, sobrina, atrévete. ¡Atrévete!

—Sí, hija, sí. No te entregues. Tú no te entregues. Con tu edad, defiéndete.

Nos quedamos en silencio. Maru, de pronto, la cara encendida, se levantó y dijo:

—¡Venga! Unas copitas de licor, para celebrar esta... alegría de estar... juntas y sentirnos valientes.

Fue a un armarito. Y sacó tres copas de licor y una botella, a medio vaciar, de anís Las Cadenas.

Volvió a su asiento. Su sonrisa limpia, todavía de juventud:

—Ay! ¡Esta es la bebida de las mujeres! ¡Y mira el nombre que tiene!

Sobre una mesita cubierta por un paño de encaje que estaba pegada a la pared, junto al balcón, la fotografía enmarcada en plata de un hombre joven recibía el homenaje de un pequeño florero con dos margaritas.

Intenté mirarla varias veces a escondidas de la tita Maru porque no me atrevía a tomarla entre mis manos y mirarla de cerca, desvelarla.

Carmen, en un susurro, me había dicho, casi a mi oído:

—Es él...

—¡Qué él?

—Su hombre... Toda la vida.

En la mesita, y a contraluz de aquella claridad, sólo podía ver la silueta de una sola persona delante de lo que parecía un enorme edificio.

Había puesto los labios al filo de la copa y notaba el frío dulce del anís, cuando Maru me miró de frente, muy seria.

—¿Quieres ver esa foto?

—Yo...

—¿Quieres verla?

—Sí.

Nunca olvidaré cómo acercó sus manos al marco de plata, cómo lo tomó entre sus dedos para ofrecérmelo.

—Es él.

Vi a un hombre no muy alto, fuerte, que miraba fijamente a la cámara, con unas gafas redondas, el cabello abundante peinado hacia atrás, un brazo extendido a lo largo de su cuerpo y el otro doblado, un periódico en su mano, y sus pies apoyados con fuerza sobre una acera ancha.

Yo seguía mirándolo: las manos finas, los zapatos lustrados, su boca. Quería pensar en cómo sería su voz pero sólo podía imaginar esos labios besando con pasión los de Maru.

—Es en Madrid...

—Sí... Delante de Correos.

Alcé los ojos.

—¿Cuándo?

—En 1935. Cuando lo conocí. Diez años antes...

—Antes de qué...

—De que lo fusilaran.

Tras los visillos vi entrar la noche.

Y me dijo Él:

—Mira. Mira lo que hacen los hombres. Mira la ruina, las hambres, las miserias. Se matan unos a otros, se tratan como animales, como fieras. No tienen piedad. Vienen aquí y rezan, pero fingen, engañan. Realmente no creen. Su sitio es el mundo: quieren poder, riquezas, placeres. ¿Qué saben ellos del amor? Se matan. Se odian. Hacen un mundo que no es para el amor. ¡Hay que salir del mundo! ¡Huir!

Después de un momento de silencio le dije:

—Vivo en él.

Se enervó. Volvió su cuerpo y me miró de frente.

—No pongas un pie en ese mundo. No lo toques siquiera. Pasa por encima. Es el infierno. ¿No los ves: sucios, vencidos, hambrientos, miserables, soeces? ¿No te asquean? ¿Y no te dan asco los otros: los

lavados sólo del cuerpo, perfumados para no oler a lujuria, avaricia, egoísmo, ruindad?

—No sé...

—Sí, sí. Tú debes ser sólo esclava de Él. Dios dueño exclusivo de ti. Sólo dueño Él de ti: y tú, su esclava para entregarte a Él toda entera.

—No tengo fuerzas...

—Para ser esclava no hay que tener fuerzas. Hay que tener resignación. Y valentía.

—¿Valentía?

—Sí, resignación y valentía. Y ambas, para darse, para entregarse.

Desperté de pronto en mitad de la noche. Fui al armario. Abrí la puerta del espejo. Veía mi silueta sobre la levísima luz de la plaza. Me desnudé toda.

Me acerqué a mí. A aquella imagen de niebla.

—Esclava.

Me quedé quieta. Y repetí:

—¡Esclava!

VI

La oscuridad

La oscuridad es mi reino. El sitio más verdadero de mi vida. Mi pasión negra. El único lugar verdaderamente mío. El rincón más íntimo y, en su estrechez, más amplio. La soledad más verdadera. La plaza de mis juegos de mujer.

Él me dijo:

—Tú, tú no eres del Ángel Negro, orgulloso y banal, el ladrón de almas proscrito y furtivo, expulsado. Tu vida es de la luz, se realza y se llena de vida. Se limita, sí, pero en los límites de las cosas se guarda y se concreta su verdadera amplitud, se señalan sus contornos verdaderos. Debemos exigir luz para vernos, para conocernos. Para saber nuestros verdaderos límites que son el terreno de nuestra grandeza, nuestra pequeñez que nos impulsa al infinito. Si te miro desde este rincón de paz y de intimidad donde nuestras almas, una y otra, se custodian y se guarecen; si nos musitamos nuestros pensamientos en este ámbito de silencio, de ocultación velada, de rejilla y recogimiento, te veo nimbada de luz. ¿Por qué? ¿Por qué la oscuridad?

—No sé...

—En el confesionario no se puede responder no sé.

—Porque encuentro allí la paz.

—¿En lo oscuro?

—Sí. Me siento que soy yo de verdad.

—¿De verdad?

—Sí. Yo soy yo de verdad.

—¡Mentira! ¡Mentira! Sólo en la luz somos lo que somos. Las tinieblas nos velan, nos enturbian, nos esconden. Tú eres, muchacha, luz hermosa y esplendente, un vértigo de la claridad y su hermosura.

Alcé los ojos y estaba mirándome. Un brillo especial lo iluminaba. Y yo pensé: Noche, noche, oscuridad total, ven aquí y cúbreme.

Veo las luces de la fiesta allá a lo lejos, en un claro del bosque, en los últimos vados del valle antes de entrar en la arena, a la orilla del mar rasjeado por la luna. Voy con mi amor en el coche de capota azul, ancho y hermoso, las ruedas ribeteadas de blanco, a una velocidad que nos permite compartir una copa de champán muy frío, mi brazo izquierdo alrededor de sus hombros, mi mano que llega a su cuello y lo acaricia, suave, la nuca, los últimos rizos de sus cabellos. Hemos dejado atrás la carretera que va a Chicago y hemos tomado un camino sinuoso, árboles hermosos a un lado y otro. Mi amor se mira feliz en el pequeño espejo, los cabos de su corbata de seda aleteando por los aires y rozándole su cara hermosa, la piel morena, los labios amplios y gustosos.

—Oh, Jim.

—Oh, Maryom, eres la mujer más bella del mundo, la más hermosa.

—¡Jim! ¡Jim!

Un sorbo de champán. Un beso. Siento la fortaleza de sus dedos en mi nuca. La sabrosa pulpa de su boca.

—¡Cuidado, Jim!

—¿Qué puede pasarnos mientras te beso? ¿Qué importaría la muerte?

Una balaustrada de mármol cierra el inmenso jardín que desciende majestuoso y magnánimo hacia el mar. Cuando llegamos allí comenzamos a oír los compases de una música cálida y voluptuosa, pegadiza y elemental que se acompasaba milagrosamente con el trasiego de las olas.

Nos tomamos de la mano y vamos a su busca, ligeros y felices, las gasas diáfanas de mi falda abriéndose en veladuras y desafíos. Nos enlazamos y bailamos precisos y ardorosos.

Ah, qué pasión. Pasión de amar, de ser amada. Pasión que, al contenerse, al frenarse, es más fuerte que el sol.

—¡Jim! Eres mi...

Me despertó un golpe seco, luego otro, dos explosiones sordas, compactas. Me incorporé, en medio de la oscuridad.

Abandoné la cama. Un grito. Más disparos. Abrí un postigo. Recogí el visillo para mirar la plaza.

Un hombre, entre los árboles, al lado del monumento y bajo la luz amarillenta y espesa de los faroles, corre hacia la calle de enfrente. Vuelve su cuerpo, alza el brazo y dispara a otros hombres que lo persiguen, agachados, alguno las rodillas en tierra, apuntándole.

Oigo sus gritos:

—¡Corre! ¡Corre!¡Tú, por allí! ¡Por allí!

Otro huye hacia la subida al monte. También dispara.

Desaparecen. De nuevo, la calma y el silencio. Yo volví a la cama. A la oscuridad. Intenté recordar la boca carnosa de Jim. Me quedé dormida.

Un día a la semana, doña Cloti trae a casa, sin falta y siempre durante el almuerzo, con recogimiento y un cuidado intenso y reservado, el altarcito de la Virgen.

Una Virgen de dos palmos de altura, metida en una urna de madera con el frontal acristalado, las manos cruzadas y orantes sobre el pecho, y una aureola dorada sobre su cabeza. La cubre una túnica blanca tableada con un manto celeste, y le acompañan, a un lado y a otro, dos bucarillos plateados que contienen flores de plástico.

Cuando doña Cloti entra con la imagen y pone el altarcito sobre la panera del comedor, ya está padre, obsequioso y rendido, de pie, la servilleta plisada sobre su pecho, buscando unas monedas que siempre da a Jorge. Él es el que tiene el privilegio (nunca yo) de meterlas, una a una, por la ranura de filos dorados que la Virgen tiene a sus pies.

Aquella imagen se queda en casa justo una semana. Es una semana de noches de paz, porque cuando llegaba la hora de acostarme (casi siempre, en aquellos años de niñez solitaria, con un sentimiento en el corazón entre el miedo y el hastío), puedo llevarme conmigo el altarcito con la mariposa de luz que cuando llega el anochecer Carmen le enciende a sus pies.

—Venga, a dormir. ¡Vamos!

Me encanta tomar con una mano el asa del altarcito y con la otra el tazón de aceite con su mariposa encendida, bien derecha, por el pasillo oscuro hasta mi cuarto con aquel temblor de luz arropándome el camino.

Al llegar a mi cuarto pongo la Virgen y la mariposa parpadeante sobre mi mesita de estudio, y sin encender la luz eléctrica, me desnudo despacio y me meto en la cama llena de paz.

Me gusta mirar esa luz. Se iluminan temblorosamente los pies de la Virgen, sus manos que imploran, la plata de aquellos jarroncillos, y la santa cara velada entre la sombra y la luz.

Y yo también, mientras me voy durmiendo en aquel sosiego íntimo, desaparecida y hallada, cierro los ojos, el zigzag de las olas, el balanceo de los prados ateridos por las brisas, la monta sabia y pendular de un jinete, el vayviene del lento masticar, el abrir y cerrar de los labios de Jim... hasta quedarme dormida por completo.

Me gusta la niñez por su poco necesitar y por su ligereza; y la juventud por sus secretos y su constante deseo de placer.

El recato, la timidez, la modestia, el esmero, el pudor, la inocencia son palabras llenas de maldad, de abuso, de perversidad, de hipocresía. Quieren obligarte a que una esté quieta, indecisa, inactiva, asustada, vencida antes de luchar.

Ahora lo sé. Antes, dudaba, y aunque no llegué a entregarme del todo, en aquellos años ¿cómo decir no, con qué armas defenderse?

Era más terrible la soga que el mismo hecho de sentirte atada. Nunca me gustaron las bocas que repetían aquellas palabras una y otra vez, esas encías, la hediondez de sus limpiezas, la mala voluntad de sus cariños, aquellas imposiciones untuosas, movedizas, malsanas. Me asquearon sus miradas, sus perfumes, sus aires de púdica timidez.

No te querían: te despreciaban. Nunca quisieron que crecieras. Pequeña siempre, para premiarte con una pizca de caramelo, una caricia liviana y un miedo aterrador a dar un paso. Un poquito de dulzura para que bebieras su hiel.

Fue entonces cuando me arrodillé ante la celosía, el corazón palpitante, deseosa de oírle. Buscaba una tregua para aquella batalla, descubrir la otra parte del mundo que no conocía, el envés de las cosas, otro mirar amplio y abarcador de la vida que me llegara envuelto en sus palabras.

Al poco oí como Él quitaba la aldaba y aparecían al otro lado de la rejilla sus ojos buscando los míos. De inmediato le hablé de mi angustia:

Lo veía sonreír. Un reloj que no le había visto nunca le brillaba en su muñeca.

—Nunca me traes una alegría.

—No.

—¿Alguna vez me darás alguna?

—No sé.

—Dime. Dime qué te angustia.

Le hablé sin pausa, como enfebrecida, en un tono muy bajo; tanto, que veía cómo su estola blanca se acercaba a la rejilla y su hombro casi tapaba mis ojos.

—No puedes ser tan infeliz.

—Lo soy.

—Estás angustiada, perdida. Una niña...

—No soy una niña.

Se arrellanó en su asiento. Se alejó de la celosía. Parecía meditar un momento, concentrarse. Se tapó la cara con las manos. Después me miró con ansiedad. Al momento, pude ver su perfil. Yo esperaba, ansiosa, que me hablara.

—¿Cuántas veces habrás dicho «en este valle de lágrimas»?

—Muchas...

—Óyeme. Sólo óyeme. No digas nada. No me interrumpas.

No sé de qué vidriera vi pasar un rayo de luz hermosísimo nave arriba, rozando el confesionario hasta perderse en el altar de la Purísima.

—No quiero que tu vida sea pasar por un valle de lágrimas. Las lágrimas, cuando son muchas, enturbian los ojos, no dejan ver con claridad, incluso ensucian la cara, la desfiguran, tú dejas de ser tú. ¿Me entiendes?

Yo no dije nada. Seguí mirando su perfil. Él tenía fijos sus ojos en el vacío, al otro lado de los bancos, al fondo lateral de la otra nave.

—Yo quiero que la vida sea para ti un tiempo de júbilo...

Se volvió a mí.

—... De júbilo y placer. Júbilo de ser para Jesús toda entera; placer para gozarlo entre sus brazos amorosos. En verdad, los que dicen que te aman, tu padre, tu nueva madre que tanto te quiere, tus amigas, sienten por ti, en verdad, un amor pobre, pequeño. Sólo es Jesús el que te ama con amor de pudiente, de rico dueño de todas las riquezas, colmado de caridad y de grandeza. Igual que si comparas el fuego de una cerilla con el de un volcán, el agua estancada en charca del camino con el torrente de un río amplio como una selva.

Lo vi apretar sus labios. Tensar los rasgos de su cara. «Oremus», se oyó allá lejos y un murmullo llenó de pronto aquellos aires.

Pareció decidirse:

—¿Puedo decirte que te amo? ¿Que te amo por tu inocencia de alma, por estar en el mundo con la luz que llevan en sí los que ya están en los cielos? ¿Puedo decirte que te amo con toda pasión... porque quiero redimirme contigo de todos mis pecados? ¿Limpiarme yo de mí, de esta terrible carga humana? ¿Hacerme contigo, realmente libre?

—No sé...

—Yo no soy yo sino el que sirve de camino hasta llegar a Él. El único y verdadero camino. El único y verdadero. Yo soy el que te dirá cuándo has llegado a su Gloria y mientras, seré yo el que ha de curar tus heridas y ha de secar tus lágrimas con todo el amor que guardo en mi corazón y... y que te ofrezco.

VII

Ganglios

Cuando me desnudé, sola, en aquella habitación a medias iluminada por la luz mortecina de una lamparita de mesa minúscula, sentí el frío de una inquietud que se iba apoderando de mí.

Me desabroché el sostén, demasiado grande y demasiado cálido, y cerré los ojos. Y me vi bajando de un monte, iluminada por entero por una luz restallante, a toda prisa, desenvuelta y alegre. Y tuve miedo de romperme, de ser devorada por aquella fuerza que me llevaba a toda prisa hacia el valle, tan silencioso, tan lejano.

Me puse tras aquella pantalla (una luz azulina y un ruido metálico deslizante) que me tapaba desde la barbilla hasta la mitad de mis muslos. Me preguntaba qué se vería de mí, de mis pechos, mi vientre, mi sexo, al otro lado de aquel ruido gangoso y continuo, avasallador, y aquella luz mortecina. ¿Se me podría ver muerta mirándome viva? ¿Viva y muerta, al mismo instante? ¿Verían lo que quedará de mí cuando yo desaparezca? ¿Era mi verdadero yo, despojada de carne y figura, sola de huesos y vísceras que debían gimotear de miedo?

Oí la voz pausada del médico.

—Sí, tiene una inflamación de ganglios.

Carmen habló en mitad de un suspiro.

—Ay, por Dios.

—Nada. Nada. Eso no tiene importancia, mujer.

Y cuando me ponía el sostén, las cintas por encima de mis hombros, metiendo mis pechos en esas copas cálidas, miré la luz de aquella lamparita, de nuevo encendida.

Cerraba mis ojos. Los abría. Los cerraba. Los abría.

—Ahora, viva. Ahora, muerta. Ahora, viva...

Cuando Él hablaba de la muerte, lo hacía con sencillez, con una naturalidad diáfana y sencilla pero se adivinaba en la misma templanza de sus palabras, en la altivez de su perfil, en los simples gestos de sus manos (la fuerza y la placidez con las que era capaz de entrelazarlas), que allá en su corazón, con sólo nombrarla, se revivían unos fuegos antiguos de angustia y abandono, y una turba opaca de llantos y dejadeces imposibles de olvidar, un dolor revivido y punzante; una daga, que todavía hiciera sangre.

—El otro lado de la vida. La vida y la muerte: las distintas caras de la misma moneda.

Le contesté:

—Yo, no...

—¿Qué quieres decir?

—Que la vida es una. La muerte, otra. Cuando llevo en la mano la de la vida, la moneda de la muerte no existe.

—¿Y al revés?

—Eso. Y al revés. Sentir la muerte, llevarla en la mano, sólo pensarla, te ocupa toda, se hace única dueña de ti.

—No es así, mujer. En realidad, no es así. Tú piensas eso por tu juventud. Por tu desconocimiento de la...

—¿Desconocimiento?

—Sí. Desconocimiento de la vida. La juventud... todavía no sabe de la mezcla voluble y azarosa entre la vida y la muerte. No

comprende la palabra irse, sólo la palabra llegar.

Se volvió para mirarme. Y añadió:

—La juventud desea mucho más que comprende.

—No sé...

Seguía mirándome.

—¿Tú no quieres más que sabes? ¿Tus deseos no son más grandes que tus preguntas? ¿Más fuertes, más empujadores que cualquier verdad, que toda la sabiduría?

—No sé...

—Pregúntatelo. Toma el tiempo que quieras, y pregúntatelo. Y quiero que cuando tengas la respuesta me la digas con toda sinceridad.

—Cuando digo no sé es que no sé.

—No. Es que no te preguntas.

Volvió a mirar al frente. Entró en un silencio que parecía causarle dolor.

Dije en un susurro:

—Yo me pregunto. No hago más que dudar.

—Dudar no es preguntarse. Yo no quiero que dudes. Yo quiero que te preguntes.

Volvió de nuevo a mirarme. Y enseguida cerró los ojos en una mueca de tristeza y dejadez. Y dijo:

—Oh, Dios mío, Dios mío...

La casa estaba a unos cientos de metros de la carretera de Los Montes, en las afueras de la ciudad, en lo alto de una loma, bien soleada. Era un antiguo caserón grande, de dos pisos, y una balconada central ancha y bien enrejada. A un lado, gruesos eucaliptos hacían barrera a unos almendros muy livianos que caían

en rampa hacia abajo. Al otro, había un huerto antiguo, esquilmado por completo, y dos higueras bien cumplidas, brevas negras e higos verdes rezumantes, que daban alegría a la fachada. Una palmera reseca abría su poco acogimiento en la misma ribera de una esquina de la casa.

Unas letras medio descompuestas en tono verde brillante, de cerámica, sobre el portalón de calle, le ponían nombre a la casa, La Poca. Tenía un patio empedrado y espacioso, abierto al cielo, con la parte final muy en ruinas, grandes puertas casi caídas, y un rincón a medias levantado donde vivieron todo el tiempo que estuvimos allí, junio, julio, agosto y setiembre de 1941, los dueños de aquel cortijo medio abandonado.

Formaban una pareja de poco más de cuarenta años, bien avenida, muy silenciosa; de presencia comedida y movimientos cuidadosos.

Ella cocinaba en una rinconera de aquel patio, con un infiernillo de carbón, mientras las gallinas picoteaban por allí sin descanso entre aquel pedrerío. De vez en cuando se oía el gruñir sordo de un cerdo detrás de los portones.

El marido se iba muy temprano al trabajo y ella aparecía por la casa a media mañana, muy peinada y con un delantal blanco, para que Carmen la mandara a la compra. Era una ceremonia pequeña, pero meticulosa y ordenadora del discurrir de los días.

Nosotros cuatro habitábamos la parte delantera del edificio y tanto el largo poyete que la recorría, bien encalado (y, a trechos, con losetas inseguras), como el terreno de tierra de la explanada terrosa que se extendía delante del portón estaban reservados sólo para nuestro uso.

A la caída de la tarde la dueña lo regaba y nos traía las sillas y un sillón de anea pintado de rojo para nuestro padre; allí estábamos

hasta la hora de la cena. Yo, siempre, con la rebequilla bien abotonada a pesar del calor y la flema.

Cuando terminábamos de cenar, «estos niños dentro, dentro, y no como esas gallinas, en mitad del campo», decía mi padre, acostaban a mi hermano y yo tenía que meterme enseguida en la cama «abrigadita y quieta».

Me recuerdo echada allí junto a la ventana, algunas veces el murmullo de la conversación de mis padres pero casi siempre un silencio inmenso, como el propio cielo, nunca interrumpido, infinito.

Alguna noche, me levantaba y con mucho cuidado miraba por la ventana la escena de mis padres en aquel rellano de tierra: los dos frente a frente, Carmen con su abanico y mi padre fumando, en silencio. Ella mirando al campo y mi padre a la fachada, la cara agria, el humillo azul subiendo de su mano. La noche lo rodeaba todo.

Una mañana, en la cocina, le pregunté a Carmen por qué, por las noches, «papá no miraba nunca al campo» y oí su voz, desde la sala, que me contestaba:

—Dice que el campo siempre es igual.

Yo, en un susurro le pregunté a Carmen:

—¿Y la casa no?

Y ella sonriente y divertida me dio un beso y me dijo al oído:

—¿Quién lo puede saber?

Mi padre iba cada día a la ciudad, a su trabajo (la verdad es que no recuerdo cómo iba y venía pero sí que bajaba muy temprano y volvía al atardecer) y se quedó con nosotros (menos los días de su «tertulia jurídica» que iba, sin falta, a la ciudad) el mes de agosto completo.

Yo prefería aquella libertad ancha y nueva de los días en que mi padre no estaba en casa ni mañanas ni tardes, aunque también me gustaba verlo algunas mañanas de agosto, pocas, la verdad, recorrer solo, incierto y aburrido, las veredillas de cabras entre los saucejos y los almendros, las viñas en ruina y los paseros, deteniéndose acá y allá, mientras le daba de plano el sol mañanero. Aquella visión se convirtió enseguida en la que quería revivir cuando su recuerdo, y su muerte, me anegaban el corazón y necesitaba tenerlo presente sin sus asperezas, sus gestos agrios y su incapacidad para la caricia y el beso, el roce cariñoso y la mirada acogedora.

Carmen disfrutaba de todo: de la soledad, del cuidado de mi hermano, de las brisas mañaneras que sabían a eucaliptos, de ver el descenso de aquellas lomas y sus barranquillos secos.

Sólo le angustiaba mi salud. Y cualquier demostración de inapetencia, de desgana, de cansancio por mi parte, cualquier signo de melancolía o de tristeza, la azoraba de inmediato; la ponía al borde de la desesperación.

Una noche, mi padre frente a ella los ojos puestos en la fachada de la casa con su cigarro en la mano, le oí decirle que estaba muy preocupada por mi salud. Que llevaba dos días con destemplanza, que estaba más delgada, más pálida, más triste, y que algo había que hacer.

Mi padre echó una calada:

—Hemos alquilado esta casa. Hemos hecho este gasto extraordinario para que la niña no se nos muera. Ahora ¿qué otra cosa quieres que hagamos?

Carmen se quedó callada. Respiró hondo mirando, primero, a los eucaliptos, después al final de la noche, al cielo negroazul estrellado.

Apoyó la barbilla contra su pecho, tapó la cara con sus manos, y se echó a llorar.

Él me preguntó:

—¿Tuviste miedo?

Intenté recordarlo. Dudé.

—No me acuerdo. No sé. Creo que no.

—Sí o no. ¡Siempre dudas! ¿Para qué sirven las dudas?

—No. No tuve miedo.

—¿Qué te da miedo? ¿La muerte?

—Sí.

—¿Tu muerte?

—¡No! Por la mía, no. Por la de mi madre, sí. Sentí pavor. No sabía llorar de pena.

—¿No sabías llorar de pena?

—Sí. Sabía llorar por otras cosas. De pena, no. No sabía qué hacer.

—Resignarte. Aceptar. No hay otro camino.

—No me resigné. Nunca aceptaré esa muerte.

—¿Sólo la de tu madre?

Algunas veces no veía su perfil. Volvía la cabeza al otro lado, miraba a lo más oscuro del confesionario.

—No. No acepto la muerte de los que quieren seguir viviendo con todas sus fuerzas, con...

—Eres una ilusa. ¿Qué sabes tú de los designios de Dios? ¿De las razones de su voluntad?

Estuve callada unos instantes. Cerré los ojos: ¡aquel hombre que amó la tita Maru!...

—Yo sólo comprendo la voluntad de los que me rodean. Nuestra voluntad de vivir.

Pasó un tiempo sin contestarme. Me miró a los ojos. Después, al frente unos segundos. Me sonreía nervioso.

—No hay nadie en la iglesia. Estamos solos. Vamos a la sacristía y hablamos.

—Me gusta este recogimiento. Esta celosía. Hablar susurrando.

Se quedó erguido. Suspiró hondo.

—Como tú quieras... ¡Venga! ¡Háblame! Cuéntame.

—¡Qué?

—Lo que sea... ¡Háblame!

Me miraba los labios.

—Una mañana, me desperté muy temprano, y al ir a ponerme las sandalias, casi dormida, vi una serpiente enrollada, quieta, sobre ellas.

—¿Sí?

—Me puse a chillar, a llorar, muy asustada.

—Lo que me cuentas fue ¿en aquella casa? ¿Donde te curabas?

—Sí, en aquel cortijo.

—¿Y?...

—Me puse a chillar y cuando aparecieron Carmen y mi padre a la puerta del cuarto les dije que quietos, que no entraran, que había una serpiente... y la señalaba. «Ay, ay», decía Carmen. Mi padre se quedó inmóvil, en el mismo quicio de la puerta, avergonzado de no saber qué hacer, pálido.

—Y... ¿qué pasó?

—La serpiente se deslizó de pronto, desde las sandalias hasta debajo del armario y allí, en lo oscuro, en el rincón, se quedó. Mis padres llamaron al casero que enseguida llegó con una escoba, «Nada, nada, eso no es nada. Una bicha de nada». La sacó a escobazos, volvió la escoba de revés cuando la tenía pegada a la ventana, y a cañazos la mató... la destrozó.

—Otra cosa que te dio miedo.

—No. Al final no sentí miedo, sentí pena. Verla destrozada, comba sobre la caña.

Comenzó a sonreír. Se acercó aún más a la rejilla.

—A lo mejor, ya sabes... Fue tu primera tentación. Tu primera prueba.

Yo agaché la cabeza.

—No. No. Ya sabe usted que no...

Comíamos en la galería ancha de soleras nazaríes bien compuestas y las paredes recién encaladas, entre el portón de la entrada y el que abría nuestra parte de la casa al patio.

La mesa en medio, las cuatro sillas de anea, un mantel de hule de lunares rojos y aquella mujer, despegada y tímida, que nos servía la comida. La brisa en aquel túnel de luz animaba a la vida.

En el patio, picoteaban las gallinas que tanto le gustaban a Jorge y, al otro lado, el olor intenso de los eucaliptos mezclado con el meloso de los higos y las brevas era tan palpable como el pan y los vidrios.

Hablábamos poco porque a papá no le gustaba el «bullicio y el desorden» mientras se comía, pero aquella hora del almuerzo, aireada y luminosa, era el mayor momento de la dicha, del verdadero placer de estar vivo, de una paz sin peligros ni torpezas.

Sí. Había que «comer y callar», pero qué luz radiante, qué amplitud la del mundo, qué acogimiento el de aquellas lomas oscilantes, qué descanso en el corto y tímido meneo de las copas de los eucaliptos.

Inmediatamente después de comer, Carmen me obligaba a acostarme. Había que entornar los postigos para que la luz se suavizara, ponerse el camisón, taparse bien y conseguir no dormirse, sino descansar. «Lo bueno no es dormir, es descansar».

—¿Qué hago?

—Ay, pues no sé. Pensar...

—¿No puedo leer, ver revistas?

—No. Hay que descansar. Tendidita, quieta, tapada y descansar.

—Pero ¿qué hago? ¡Son dos horas!

—Curarte. Lo que tienes que hacer es curarte.

¡Cómo me gustaban esos ojos anhelantes, esa disposición natural y sencilla para el cuidado y el cariño, esa entrega de miedos y zozobras, esa dedicación sin límite; el amor pertinaz, generoso y sin lindes!

Carmen me asediaba pero, al mismo tiempo, me serenaba, me asentaba en el mundo. Me hacía más frágil y pequeña, pero me daba un lugar de atención y presencia. Hacía que me sintiera débil y quebradiza, vulnerable, pero me compensaban sus caricias, sus dulzuras, la ansiedad amorosa de su tono.

Aprendí con ella a ser obsequiada, a ser mirada con amor, la atención meticulosa y generosa, sin traba alguna, con la mayor entrega.

Se me quería, se arropaba mi cuerpo y mi corazón sólo por el hecho de existir, de estar allí, de respirar. Ser era igual a ser querida. Estar, a ser cuidada, atendida. Alguien había en el mundo, al alcance de las manos, que deseaba darme, siempre y sin demora, todo aquello que fuera capaz de pedir.

Tapada, los brazos fuera del embozo, dos almohadas para alzarme la cabeza, la puerta de la habitación entornada igual que los

postigos, los ruidos toscos desaparecidos por completo; sólo vivían los sutiles, el paso cuidadoso, el cierre lento y trabajoso de un cajón, el descorrer de una cortina, el llanto de Jorge, «agua, agua».

Todo era pequeño, leve, parsimonioso, mientras yo, lánguida, indefensa y suave, me entregaba a mí, buscaba dentro de mí, deseosa y abierta, un asidero real y firme para saberme, para saber de mí toda entera.

Era un juego entre el desprecio y el orgullo. Desprecio por mi enfermedad y mi flaqueza; orgullo, porque nadie que yo conociera (menos Él, ¡claro!), que me tuviera en roce y prontitud, podía imaginar siquiera esta secuencia ininterrumpida de goces que me daba lo mínimo, lo silencioso, lo deslizante, lo vacuo, el propio vacío, cuando, allí acostada era imposible que pudieran vencerme los inciertos miedos a la muerte que me ocupaban, en otros momentos, de improviso, como una lluvia lenta y esponjosa de mi corazón, ese temor irrefrenable por entrar en la nada, ese pavor a desaparecer, a ser cosa despojada, desnuda: hueso y desatino, humo.

Ese temblor que gime y aúlla hacia dentro, el pie en el filo mismo del barranco.

Si lo tuviera aquí, a mi lado, echado al lado de mi cuerpo, Él me diría qué hacer, me enseñaría cómo vencer esa desolación. Si estuviera aquí a mi lado, volvería mi cabeza muy despacio, acomodaría el cuerpo para echar mis brazos adelante, y lo abrazaría con todas mis fuerzas. «Dame paz, dame paz».

Me había quedado dormida con el eco infrecuente de la conversación de mis padres en la explanada: «¿Sabes que entraron

por aquí?». «¿Quiénes?». «Los italianos. Entraron por aquí, se agruparon en aquellas lomas y bajaron hacia el mar».

Vi como el filo de una guadaña me cortaba, de un solo tajo, las dos piernas, sentí el gozo de frutas frescas en la boca, y un placer animal cuando alcé los brazos hasta tocar la pared y abrí las piernas lentamente, el vientre ofrecido, una hormiga gigante llevando a su espalda un álamo, alzado al aire el blanco y el verde restallante...

Cuando me levanté y abrí los postigos vi en el alféizar de la ventana un limón. En la explanada no había nadie. Me vestí deprisa, llevada por un impulso extraño, por un empuje nuevo. Salí al exterior y lo encontré a la sombra difusa de un limonero, tras el alambrajo que nos separaba de la finca de al lado, a la vera de un arroyuelo seco que abría el monte en una torrentera de piedras amontonadas.

Era un muchacho. Estaba sentado en el suelo, una pierna doblada al aire, una mano apoyada con fuerza en la tierra y en la otra una varilla bien sujeta. Estaba quieto. Me miraba. Me acerqué despacio. Lo vi sonreír. Detrás de aquella loma se oía, leve, el trasegar de unas cabras y el tintineo constante de un badajo.

Me acerqué más. Casi hasta el filo de la linde. No se movía.

Le pregunté:

—¿Quién eres?

Me contestó sonriente:

—Soy yo.

¿Cómo te llamas?

—Soy el hijo de Bene. De los Patón, los del cortijo de aquí al lado.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me gustas.

—¿Qué dices?

—Que me gustas. Mira. Mírame.

Y se levantó. Miraba su vientre. De pie. La cabeza hundida sobre su pecho se miraba la entrepierna. Un bulto le palpitaba allí.

—Mira. Mira cómo está. Mira cómo la tengo.

Di unos pasos para atrás. No podía quitar mis ojos de aquel saliente vivo que temblaba anhelante y deseoso.

Alzó una mano para coger un limón y se lo puso sobre el pecho, a un lado y a otro de su pecho, lo acariciaba, y luego lo llevó a la boca y lo chupó baboso, la lengua roja. Mirándome a los ojos. Siempre sonriente. Aquel bulto palpitaba con más fuerza, más vivo, más ansioso. Una mancha, fresca todavía, le atravesaba el pantalón.

VIII

Tiros al sol

Tenía un examen de taquigrafía por la tarde, y en la Academia me dieron toda la mañana libre. Me sentía limpia y despejada, y aunque me había impuesto a mí misma hacer de mi vida algo pequeño y ralo, miserable y raído en el exterior, había sabido agrandar en incitaciones y vehemencias todo mi interior. Empezaba a ganar aquella batalla: amodorraba la cabeza y casi no hablaba con nadie mientras ensanchaba mi corazón y mi vida en el silencio, la soledad y el recogimiento.

La soledad y Él me enseñaron el camino: crezco donde únicamente me dejan hacerlo, en un mundo secreto y oscuro que construyo y extiendo a cada paso con una irrefrenable decisión.

Los más creen que abandonar el mundo de la apariencia y la falsedad, de lo fortuito y azaroso, de lo pequeño y vulgar es abandonar la vida, sus gracias y sus placeres, sus parabienes y dichas. Yo estoy segura de lo contrario.

Es en mi interior, en mi vida no dicha ni expresa, en la oculta y escondida, aquella que nunca delato ni comento, donde la realidad, la auténtica realidad, se articula y se expande. Allí se empujan unas a otras las pasiones, allí se derrama a cada instante el grito y el placer, allí radica mi libertad más luminosa, allí soy yo en verdad, enteramente. Allí nada se prohíbe, nada se condena, ninguna cosa se impide.

Yo soy yo cuando sueño. Yo soy yo cuando deseo. Yo soy yo cuando callo y oculto.

¿Quién comprendería mi verdadera vida, sino es Él? ¿Quién me daría este descanso, esta paz, esta victoria? Sí. Sí. Como Él dice: «En la gracia y en el silencio. En tu interior está tu vida. Tu verdadero placer, en el secreto».

Me había levantado muy temprano. Antes de las siete. Y sentada ante el balcón, la libreta sobre las rodillas, había empezado a dictarme a mí misma cartas que, cada vez a más velocidad, trasladaba a los signos taquigráficos.

Me gustaba ese discurrir del lápiz sobre el papel, unas veces haciendo los signos generosos, grandes, y otras, pequeños, diminutos, pero unos y otros con una rapidez deslizante y atrevida.

Había pasado más o menos una hora cuando me asomé al balcón a ver el inicio de la vida en la plaza. Ya estaban allá los betuneros, tres o cuatro, alrededor del monumento, distribuidos en cada una de sus esquinas, sentados en sus banquetas mínimas, las piernas dobladas, las rodillas levantadas por encima de sus propios cuerpos, el cajón de madera a sus pies.

El que estaba más cerca de mí, al que veía de pleno, era un hombre cetrino, con barba y cabellos en abandono, los pantalones remendados, unos zapatos sin calcetines y sin cordones y una chaqueta llena de lamparones, cerrada sobre la desnudez de su pecho, sin camisa. Miraba con descaro a la gente, de frente, en un mudo desafío.

Allá, bastante lejos, en la acera de enfrente, que cerraban unos edificios bien aparejados y donde no había ninguna escombrera (el hueco que abría la calle, estrecha y pendiente abajo, donde estaba

la iglesia en la que yo me confesaba), manijeras o abrazaderas arriba, apuntando al cielo, se alineaban unos carros, y empezaban los que vendían el pan o el tabaco liado a abrir sus carpetas: una mesa mínima de tijeras y una bandeja sobre ella para formar un pequeño mostrador de inmediato plegable para la huida. Otros, hombres y mujeres, algunos niños también, extendían sobre el suelo trozos de hule, en los que ofrecían las pastillas de tabaco de Gibraltar, las papas de menta, algunas batatas, paloduces, cañadú, almecinas, unos pocos dátiles, almendras fritas.

En uno de los bancos finales, dos mujeres con sus niños alrededor, cuatro o cinco, que debían dormir allí mismo, guardaban en montón bajo el mismo banco lías de ropa y mantas.

También podía ver a muchos hombres apegados a las fachadas, metidos en los zaguanes, resguardados a la sombra, sentados en los escalones de los portales, moviéndose de aquí a allá con lentitud buscando al amigo, o el rayo de sol que les caliente.

A esa hora empieza también el tráfago de gentes hacia sus quehaceres: los niños a las escuelas, las mujeres a sus compras, los hombres a sus trabajos. Hay rapidez de movimientos, horarios que cumplir, obligaciones a las que hacer frente. Y en un portal, al fondo de la plaza, como todos los días, se va formando la cola: mujeres, casi todas viejas, con las cartillas de racionamiento en la mano, a la busca del aceite, el tocino, el pan, las lentejas, el chocolate. Dos policías llevan el orden: silencio y espera.

Yo me siento uno de esos vencejillos que en manada volarán en cerco la plaza, piando, al atardecer.

Un hombre recio, fuerte, joven. Lo veo salir de la calle de la Iglesia y pararse en un chaflán, avizor y tranquilo. Lleva las manos en los bolsillos, una chaqueta de tela gris, unas botas recias que parecen militares, y unos pantalones color azul mahón, botones por la entrepierna y ajustados por el empeine de las botas. Camisa blanca abotonada al cuello.

Pensé: «Tengo ya diecisiete años y el cuerpo preparado para amar a un hombre así».

El hombre empieza a dar la vuelta a la plaza de izquierda a derecha, pegado a los edificios, tranquilo, mirando con atención zaguanes, portales, los bancos de la plaza, el trasegar de la gente. «Amarlo y que no sepa quién soy, qué quiero. Amarlo. Hacerme luz desde la tiniebla. Pasión desde la quietud y la indiferencia. Un secreto de dos cuerpos. Acercarme a él. No me preguntes. No me preguntes. Y amarlo».

Allá, a mi derecha, se sienta en el escalón de un portal. Tiene el cuerpo tenso. Un pelo rizoso, hacia atrás, una frente ancha. No le veo el color de los ojos. Sí le veo las manos, el filo huesudo de su cara, el torso derecho, bien asentadas las nalgas sobre el mármol.

Está cerca de las ruinas de la iglesia, del lento ascender de los escalones hacia un atrio chamuscado, las naves caídas sobre las plantas todavía sustentadas, la que fuera la iglesia a la que iba mi madre, antes de que la incendiaran.

Se incorpora lento. Anda unos metros. Flexiona una pierna y se apoya en la pared. «Ven, ven, que es mi placer lo que me importa. Desvelar mi pasión. Ampliar mi cuerpo. Sentir tu fuerza dentro de mí, el golpe intenso de tu sexo. Éntralo, éntralo, sal y entra en mí, sé un instante que dure lo que el cielo para mis ojos. Sé para mí lo que

ahora necesito. Nada y todo. Un instante que me sirva para el resto de mi vida».

Veo cómo echa a andar hacia el monumento y, de pronto, detenerse para volver su cuerpo hacia atrás y mirar fijo a un hombre que está sentado en el escalón de un portal, a poco más de cien metros. Los dos se miran de frente.

Del portal de mi propia casa, de debajo de mi balcón salen dos hombres, uno muy joven, el otro, ya canoso, seco y alto, que se dirigen a él, de frente, un poco separados uno del otro. El canoso saca una pistola. Ahora, el joven, también. Veo como él se echa hacia atrás de improviso y a toda velocidad se acerca al que está sentado, que, al verlo venir, intenta incorporarse. Él llega antes. Le patea el pecho y cuando aquel hombre cae al suelo y queda allí tumbado, alza la bota y le da en la cara. Oigo el chasquido de la boca.

Él se escapa por la callejuela, hacia el teatro. Creo oír la ansiedad de su respiración. «Sálvate. Cuando vuelvas a tu escondite, liberado de persecuciones y maldades, yo estaré despojada de mí, allí en tu cama, sólo para amarte. Yo seré tu consuelo, y tú, mi pasión».

El canoso grita:

—¡Urdiales!, levántate. ¡Corre, corre, que se escapa!

Con un pañuelo sangrante en la boca, ese hombre se incorpora, saca una pistola y dispara al aire.

—¡Alto! ¡Alto!

—¡Urdiales, tírale, tírale!

Todos, corriendo, desaparecen por la callejuela. La gente se agolpa, mirando. Nadie dice nada. Un coche negro, un Balilla, aparece de pronto y se detiene en la misma boca de la callejuela. Salen tres hombres pistola en mano.

—¡Atrás, atrás!

Algunos, pocos, se retiran de ese grupo que quieren ver lo que ya es imposible mirar. Algunos se retiran unos metros, pero siguen, alzados sobre las puntillas de sus pies, los ojos hacia el final de la callejuela.

—¡Atrás! ¡Atrás!

He oído varios disparos. Después un largo silencio. Estoy ansiosa, aquí en el balcón. Todo está rodeado de luz. Los vencejos giran en círculo, piando levemente. Allá lejos, unos pequeños grupos se han juntado en la acera. A mi izquierda, ocho o diez personas se agolpan contra la fachada de una casa. Miro debajo de mí y otro grupo se ha formado a los bajos de mi balcón. En la plaza, el betunero es el único que sigue quieto, allá, junto al monumento, las piernas flexionadas, sentado en su silletilla minúscula, la chaqueta cerrada sobre el pecho desnudo, las greñas al aire. Es el único que queda allí, solo, sonriendo. Se oye el llanto desesperado de un niño.

Lo veo salir de nuevo, de la callejuela hacia el coche, rodeado por tres hombres pistola en mano. Lleva las suyas atrás, esposado. Dos hombres lo cogen por los brazos tirando hacia arriba con fuerza, lo que le obliga a bajar la cabeza, ir mirando al suelo. Lo llevan tan deprisa que anda a trompicones. El tercer policía que lo acompaña sostiene, con una mano pegada a su garganta, una toalla empapada en sangre.

De la misma callejuela ha salido el hombre canoso, que le grita a la gente:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Tú, Nevot, no quiero ver a nadie por aquí! ¡Jover, tú, la gente, fuera de aquí!

La gente da un paso atrás. Sólo un paso. Miran, los cuerpos alzados, a aquel hombre que ahora se resiste a entrar en el coche.

—¡Dentro, dentro rápido, Urdiales!

La gente no se mueve. Los tres policías intentan meterlo a la fuerza en el coche. Él todavía se resiste.

El hombre canoso ha levantado la pistola y dispara al aire. Como si disparara al Sol.

—¡A sus casas! ¡Todo el mundo a sus casas!

IX

Yo y mi padre

Nadie mejor que mi padre para hacer estrecho lo ancho, amargo lo que podía ser dulce, desabrido lo que era acogedor. Nadie mejor educador para tener miedo a hacer balance, terror a decidir y desaliento ante lo azaroso.

Pero también es verdad que me enseñó —¿o me obligó?— a ser meticulosa, precavida, metódica, cuidadosa, avisada, prudente, cautelosa, reservada: todo ello en las formas, en las apariencias, en los modales, en las respuestas obligadas, en las conversaciones; porque el huracán interior, la pasión, el tormento que te devora el corazón, que te impulsa y te obliga ¿quién lo detiene, lo obtura, lo impide, lo frena o lo descansa?

Mi padre no llegó nunca a esos lugares escondidos de mi vida. Ni lo intentó siquiera. Tenía la fijeza de su interés en la apariencia de mí, en lo que los demás veían. En aquello que él mismo pensaba que era realmente yo: una niña superficial y vana, llevada por la vida como el huracán lleva una barquilla, como el torrente arrastra un ramaje.

Me enseñó, por tanto, o me obligó, a emplazar, a poner freno, a dar un curso más lento, menos abrupto a las cosas. A saber detenerme, a dar tono y melodía, música, en definitiva, tiempo, a los asuntos; sobre todo, a los asuntos del corazón.

Realmente, no era un freno, y sí la imposición de atemperar la obligatoriedad, la exigencia de un ritmo controlado. No me enseñó a detenerme sino a marcar pautas. Me forzó a medir intensidades. No me pidió abandonar sino a que buscara los momentos oportunos, a modular; en definitiva, a mirar con astucia y prudencia a mi alrededor, antes de hacer, antes de decidir. Durante toda su vida no me pidió otra cosa. Me exigió el semblante tranquilo, los modales adecuados, la palabra intimidada y breve, la cuidadosa presentación exterior de mi existencia.

Nada más me exigió. Y yo aprendí a cumplir con su mandato con meticulosidad y armonía no exentas de buena voluntad, porque en mi interior, ah, de mi interior, yo era la dueña, la reina, la poseedora, también la esclava, la poseída, pero de mí, dueña de mí, sólo esclava de mí.

—Mañana vamos al sastre.

Carmen y yo sabíamos qué significaban esas palabras. Al día siguiente, hacia las seis de la tarde, yo tendría que estar vestida con el mejor traje que tuviera, dispuesta a acompañarle.

Por dos veces, Carmen le había pedido que la dejara ir con él, pero mi padre la cortó en seco.

—No. Irá conmigo la niña. Ella sí tiene gusto y respeto.

—Yo también tengo gusto y te tengo respeto.

—Tú nunca has tenido ninguna de las dos cosas.

Carmen se levantó de la mesa y se fue a la cocina. Desde el comedor se le oía llorar.

Mi padre, sin mirarme, me dijo:

—Dile a Carmen que venga a la mesa. A ver si somos capaces de tener la fiesta en paz.

Cuando llegué a la cocina Carmen miraba hacia la puerta. Al abrirla me quedé quieta, sin saber qué decirle, y ella se acercó, y mientras me alisaba los cabellos, me besó en la frente.

—Ve tú, hija. Ahora voy yo. Ahora mismo.

Aprendí temblorosa: ser escogida puede significar la postergación de otra. Que escoger puede equipararse a humillar.

La sastrería estaba cerca del teatro, calle abajo, hacia el centro de la ciudad. Era una tienda pequeña con un único escaparate a la calle, una entrada estrecha y, en el interior, dos habitaciones no muy grandes. Una, con un mostrador ancho de buena madera y baldas metálicas en la pared con todo tipo de telas. Separada por un cristal esmerilado, la otra habitación tenía un espejo grande de cuerpo entero y una banqueta, sin ninguna salida al exterior.

Era todo acogedor, de un tono familiar íntimo, permeable y sencillo. El sastre se llamaba Emilio, don Emilio, un hombre bajito, de pocas carnes, con un bigote abundante y un traje inmaculado que parecía siempre recién planchado.

Era poco hablador y de gestos un tanto ostentosos. Siempre a la espalda de papá, me miraba las caderas y cuando nos cruzábamos las miradas, para ahondar en la mía, entrecerraba sus ojos. Parecía un oriental tanteador. Yo, en mi lenguaje secreto, en mi otra vida verdadera, lo llamaba «Fu Manchú» o «El Japonés».

Que me mirara con tanta insistencia y tan meticulosamente me gustaba porque me hacía pensar en sus pensamientos, me ensoñaba con sus sueños y me sentía con un cuerpo que me daba realidad y fuerzas.

Yo entraba en aquel cuarto, «el probador», cuando mi padre se había puesto el nuevo pantalón ya «enjaretado» con hilvanes de hilo grueso que lo recorrían por aquí y allá, como una casa apuntalada,

un edificio a medio hacer o el moteado de un árbol atravesado por el sol.

«Con su permiso, su permiso», decía Emilio y haciendo pinza cuidadosa tomaba el pantalón por la cintura y lo subía un poco a lo largo de las caderas. «Hay que dar ahí un toque, en las perneras», señalaba indeciso.

Mi padre no decía nada, sólo se miraba en el espejo, derecho y sobrio, erguido. Cuando Emilio señalaba por un lado y otro con una tabletilla de tiza que dejaba un rastro de tono azulado, y pinzaba con algún alfiler aquí y allá, entonces mi padre me miraba desde el espejo: «¿Qué, qué, niña?». Ese momento me ponía nerviosa pero me halagaba porque los dos se quedaban expectantes, fijos los ojos en mí. Era algo mágico, maravilloso.

—Por detrás te está muy bien. Por delante... le hace un pingo ahí...

Veía a Emilio mirando mis nalgas reflejadas en el espejo.

Me puse muy contenta. Enternecida, estaba enternecida.

No recuerdo cómo empezó. A Jorge, que tendría para entonces poco más de dos años (apenas andaba, pronunciaba unas pocas palabras y comía con las manos en su sillita alta), ya lo había acostado Carmen, y estábamos los tres solos en la mesa, con los postres de moscateles.

Algo debió decir Carmen que yo no oí, porque mi padre, de pronto, se puso encarnado, colérico. De un tirón lo vi quitarse la servilleta del pecho y tirarla sobre el plato.

—Lo provocas tú. Luego lloras, luego lloriqueas, pero siempre lo provocas tú.

—¿Qué he dicho yo? ¿Qué he dicho?

—Lo que no debías decir.

—Pero...

—¡Provocadora! ¡Provocas con lo que dices y con... con! ¡Tapa esos pechos y... y cállate! ¿Sabes lo que eres? Una deseada. Eso, ¡una deseada!

—Pero...

—¡Has empobrecido mi vida!

—¿Yo? ¿Yo te he empobrecido, yo?

—Sí, sí. ¡Trajiste al niño para empobrecerme! ¡Para hacerme pequeño a mí! ¡Para ofenderme!

Carmen se levantó. Se tapó la cara con las manos.

—Sí. Sí. ¡Lo trajiste al mundo... para... para humillarme!

Carmen se fue hacia el pasillo. Mi padre se levantó detrás de ella.

—¡Sí, sí! ¡Para hacerme pequeño!

—¡Estás loco, estás loco!

Oí cómo cerraban la puerta de su cuarto. Yo me levanté de la mesa y de puntillas me fui al mío.

Cuando llegué y me tumbé en mi cama, Carmen estaba gritando:

—¡Te estás vengando de mí cada día, cada hora del día!

—¿Vengándome de qué?

—De lo que tú y yo sabemos.

—Dime. Dímelo tú. ¡Dime de qué!

—Te vengas de lo de... José. ¡De eso te vengas!

A mi padre le temblaba la voz.

—Eso. ¡Eso! Nunca lo olvidas. ¡Siempre lo tienes presente! José, ¡tu José!

—¡Estás loco! ¡Loco!

—Tú, tú sí que estás loca. Todo el día con los secretos, ¡con ese secreto de José!

La voz de Carmen se aquietó. Se hizo suave, serena.

—¿Secretos? ¿Secretos yo? ¡Pregunta, pregunta lo que quieras!

—¿Qué quieres?, ¿que pregunte? Yo no necesito preguntar. Lo veo ahí, lo veo. A José, lo llevas pegado a tu cuerpo, ¡pegado a tu piel!

—¡Estás loco! ¡Estás loco!

Se callaron. Oía el llanto de Carmen. Y poco después a mi padre:

—Que pregunte... que pregunte...

—Sí. Pregunta. Pregúntame lo que quieras. Lo que te atormenta ahí en la cabeza, lo que te tapona la vida, ¡lo que no te deja vivir!

Mi padre repetía por lo bajo:

—Que pregunte... que pregunte...

Hubo un silencio largo. Yo creía que había terminado todo. Oí, de nuevo, a mi padre.

—¡Un rojo!

—Un chico joven, lleno de pasión.

—¡Apasionado! ¡Eso es lo que más te gustaría!

Carmen no contestó.

Al poco, volvió a hablar mi padre. Tenía la voz serena, había una brizna de condescendencia, de blandura:

—¿Qué fue de él?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Nunca lo supe. Se enroló voluntario. Tomó el tren a Madrid y ya no lo he visto más...

Mi padre y Carmen salían juntos en pocas ocasiones. A algún acto en el Ayuntamiento, a la Audiencia, «no nos queda más remedio que ir», a algunas visitas de antiguas amistades o meramente protocolarias, a los velatorios, y sin falta (siempre que hubiera un espectáculo «adecuado») al teatro. Mi padre decía: «un matrimonio tiene que mostrarse junto también en las diversiones».

En esas contadas ocasiones a Carmen se le disparaba una alegría de niña, insobornable y redentora, que sólo se desvanecía, momentáneamente, cuando llegaba la hora de vestirse.

Me llamaba a su cuarto, y delante del espejo me preguntaba ansiosa, la mano en el filo del escote:

—Se ve mucho.

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

—¿Y no se ve demasiado... no sé, demasiado bulto, demasiado pecho?

Yo me quedaba en silencio. Mirándola en el espejo.

—Se ve el que tengo, ¿verdad, hija?

—Pues sí...

Se probaba unos adornos, unos broches, otros. Unos pendientes, otros. Se volvía de espaldas al espejo:

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué?

—¿No está demasiado ajustada esa falda? ¿No está el pompis...? ¡A tu padre no le va a gustar!

Yo no sabía qué decir.

—Pues...

Ella se miraba gozosa, prendada de sí misma, feliz de su hermosura.

La sentía allí a mi lado como si fuera otra compañera de instituto, como si tuviera mi edad. Imprevisiblemente, y por sorpresa, la veía dudosa de su propio cuerpo que le parecía pesado y al momento evanescente, entre dichoso y fracasado, un poco ruin y otro poco triunfante.

Esa duda la empobrecía hasta sentirse poco más que nada, igual que un animalillo herido y asustado, aunque al igual que yo, en algún sitio inconcreto de sí misma, cuando la desesperación le desbordaba su corazón, encontraba la fuerza y el valor para sentirse (por un mecanismo que parecía escapar incluso de su propio control), de nuevo, dichosa y despreocupada, arrogante y segura.

—¿Te llevo al teatro y estás con esa cara?

—Es que...

—¿Qué te pasa?

La pobre Carmen se equivocó. Necesitaba seguramente en ese momento una forma de afecto, un cuidado afanoso, una atención solícita, y dijo en un suspiro:

—No me encuentro bien...

—Ah, ¿no te encuentras bien? ¡Pues nada, te quedas en casa!

—Pero si yo...

—¡Nada! Arregla a la niña y que se venga conmigo.

Mientras me peinaba la trenza, la miraba en el espejo. Estaba todavía llorosa y algún hipo nervioso le venía desde el fondo de su corazón hasta la boca, pero me miraba sonriente. Yo me había puesto la falda tableada azul, la camisa blanca y la rebeca de angora celeste bien abrochada hasta arriba. Los calcetines blancos hasta media pantorrilla, los mejores zapatos y mis pendientes de oro, unas puntas minúsculas que me regalaron en la primera comunión.

Yo estaba azorada, nerviosa. Nunca había ido al teatro, no sabía en realidad qué era una zarzuela, y cuando cerraba los ojos e imaginaba el espectáculo que iba a ver, no podía más que recordar un baile fastuoso visto en el cine que, en esta ocasión, iba a ser en color, de verdad, ahí, delante de mis ojos, espléndido, elegante y carnal.

Cuando Carmen, a la puerta de la casa, cepillaba el pantalón de mi padre, todo de negro, como siempre, él le preguntó desdeñoso:

—¿Estás mejor?

—No. No estoy bien todavía.

Allí a sus pies, sin mirarlo ni un instante.

Carmen me tomó por las mejillas, las palmas de sus manos en mi cara, y me miró tiernamente:

—Que te diviertas, hija.

Mi padre me ofreció su brazo y bajamos la escalera. Una música suave y enervante me rodeaba y unos colores vivos, granates, amarillos, verdes rutilantes, danzaban a mi alrededor.

Fue la primera vez que me sentí mujer. El mundo no vibraba bajo mis pies, todo lo que me rodeaba tenía una certeza nueva, una rotundidad inamovible, una disposición más comprensiva y cariñosa.

En la plaza había mucha gente agolpada ante las tres puertas acristaladas del teatro. Junto a la pared lateral del fondo vi una cola ordenada de personas, ante un portón de madera todavía cerrado.

Intentaba que no se notara mi ansiedad. Agarrada con fuerza al brazo de mi padre no dejaba de preguntarle:

—¿Y esa cola?

—Aquí no hay colas.

—No, la de allí. La que está pegada a la pared, la de...

—Ésa es la cola del paraíso.

—¿El paraíso?

—Sí, la gente que va a todo lo alto. Se sientan en bancos, no en butacas. Sin número... El primero que llega...

Los miré con detenimiento. Eran unas treinta o cuarenta personas alineadas a lo largo de la fachada de una casa de sólo tres pisos que cerraba por ese lado la plaza. En su primer piso, en el balcón de la derecha, una familia contemplaba aquella aglomeración. El padre tenía, pegada a sus piernas, una niña casi de mi edad, una melena negra hermosa y alborozada y una camisa blanca pegada a un cuerpo de poca densidad, ligero y delicado. Junto a su madre, las dos manos en los barrotes del balcón, y mirando atento al gentío, un niño pequeño, de seis o siete años, los pelos en punta y las orejas de soplillo, sonreía alegre.

No sé por qué, cuando ya habían abierto las tres puertas de entrada y, poco a poco, con cierto desorden, íbamos acercándonos a una de ellas, yo seguía mirando a aquel balcón.

Tampoco puedo explicar por qué, de repente, me preguntaba qué sería de ellos, qué sería de mí. Qué haría de nosotros la vida, el tiempo, la gente, el mundo. Y me eché a llorar emocionada.

—¿Qué haces?

—Que estoy nerviosa, papá. Intranquila.

—Nosotros tenemos butacas numeradas, hija. Tú no te preocupes.

Ese pequeño roce de cariño que me dieron las palabras de mi padre me hizo llorar más. Yo no quitaba los ojos de aquella niña, de aquel niño, de sus padres. Y pensaba: «Decidme, decidme qué será de nosotros».

X

Merenderos y otras alegrías

A la derecha, mitad de latones y mitad de tablas de madera reseca, se había armado un pequeño mostrador con la encimera de zinc lleno de abolladuras, y detrás, unas baldas disparejas que sostenían algunas botellas de vino, otras pocas de coñac y algunas de anís. Pegada a la pared cuarteada que cerraba el pequeño recinto, habían instalado una pequeña nevera, pintada en un verde chillón. El resto del merendero, que mi padre llamaba siempre un chambao: «¿Merendero? Esto es un chambao», eran ocho o diez mesas cubiertas por manteles de hule que se repartían, disparejas, desde la orilla del mar hacia las casas. Todo ello bajo el techado de hojas de palmera resecas y distribuidas por encima de un armazón entretejido de tronquetes de eucaliptos bien clavados en la arena y bien aparejados, que daban solidez a todo el entramado.

Ya sólo el viaje en tranvía hasta la playa, aunque no pudiéramos hacerlo en la jardinera, me hacía feliz. Un empuje de vida me inundaba, el corazón me latía con fuerza, una nueva vitalidad se instalaba en mi pecho, un espacio de luz me convivía. Yo no era una parte, sino un todo, completo e inaccesible.

Carmen, medio a escondidas, me dejaba sus gafas de sol, sus enormes gafas de sol, y me encantaba mirar con ellas y, al instante,

mirar sin ellas. «Antes, ahora; antes, ahora», me decía.

Cuando la luz era restallante, total e invasora allí estaba la vida visible, la que me hacía asustadiza e inconcreta, la que me igualaba a lo poco y me hacía pequeña en el todo, la mísera y torpe.

Si al instante cubría mis ojos con las gafas, el mismo mundo que antes veía era ya sólo mío. Ese color azulado y vivo donde la realidad se transparentaba y deshacía, me presentaba otra vida, única y alentadora, personal y distinta, precursora y abierta; ésa era mi vida verdaderamente real, la no compartida, acogedora e íntima.

Mi padre se quitaba la corbata nada más llegar al merendero, y se ponía una gorra de visera, toda ella de esterilla blanca. (Carmen, sonriente y en un susurro, me decía: «Papá se ha puesto el uniforme de verano: se ha quitado la corbata y se tapa las canas»).

Despacioso, indiferente a lo que le rodeaba, mi padre se sentaba cara al mar, estático, en silencio. Carmen era la encargada de pedir la comida. Siempre lo mismo, como si cambiar fuera un imposible, un desfalco a lo racional. Mi padre, los ojos fijos en la lejanía, iba asintiendo con gestos de su cabeza por cada plato pedido, pero no decía palabra.

A mi hermano le ponían un sombrero grande, de paja, con una cinta roja que lo fijaba con fuerza a su barbilla, y bajo la vigilancia cuidadosa de su madre, jugueteaba en la misma orilla. Carmen lo animaba una y otra vez a que buscara piedras blancas, trozos de cristal limados por las mareas y el rompeolas, o caracolillas jaspeadas. Pero Jorge tenía esa desabrida personalidad que le surgía de repente. Por sorpresa, abandonaba todo con displicencia, protestaba por ser acogido y vigilado por su madre, hacía lo contrario de lo que se le pedía.

Sin embargo, qué bello, luego, durante la comida, quitado el sombrero, bajo la sombra cambiante de las hojas de palmeras, qué belleza la de sus rizos rubios, tornasolados por la luz radiante, y revueltos por aquella brisa salvadora.

Al poco, le dije a Carmen:

—Me voy a bañar.

—No. No puedes.

—¿Por qué?

Carmen se angustiaba. Con un gesto de su cabeza señalaba a mi padre, vuelto de espaldas, cara a aquella mar azul y liviana.

—Porque... ¿No sabes que la Virgen no ha bendecido las aguas todavía?

—Pero...

—No insistas, hija.

—¿No están benditas del año pasado?

Mi padre se volvió de inmediato, sus ojos fijos, muy fijos, en Carmen.

—¡Ésa, ésa es la educación que le estás dando a la niña!

Yo me fui a la orilla. ¿Cuántos años tendría? Quizá doce. Tal vez, trece. ¡Qué placer, la falda alzada hasta la altura de las rodillas, sentir el frescor de la mar en los pies, tomar conciencia de la gente sentada a la orilla, de las piedras brillantes y redondeadas bailando al son del final de las olas, entre la espuma, la tierra y el mar, ¡todo el mundo, por entero! Y volver a jugar: al mar mío, apasionado y vibrante; y, enseguida, al mar real y tocante, vulgar y mundano. ¡Ese juego sutil y sencillo con las gafas de sol! ¡Ese juego secreto y sólo mío! Mar acotado. Mar infinito...

A veces, cuando no me sentía observada miraba a mi padre. Sin las gafas, era ese hombre hosco, seco, distante, hijo de la severidad y lo estricto; si me las ponía, pasaba a ser un hombre sereno, apacible, hablador, afable, donador de cuidados y alegría. Me miró cariñoso y, al poco, por un instante que duraba el tiempo todo, levantó la mano sonriente para saludarme.

Las titas Pura y Pilar venían el mes de agosto y alquilaban una casita a la orilla del mar, una casita modesta y marinera, siempre recién blanqueada, que olía a alquitrán y escamas, a refrito de aceite y a yodo del mar. Y cada verano, me invitaban a pasar «una semanita» con ellas.

Me reservaban una habitación (sólo una cama y una mesa con tapete de croché y una lamparita, y el cuadro con la imagen de una Dolorosa en la pared) que daba a la mar. La orilla estaba a poco más de cincuenta metros, y no había otra cosa que me hiciera más feliz que, ya de noche, abrir la ventana, acercar la mesa hasta allí, sentarme con cuidado sobre ella, justo los ojos contra la reja y, al principio, adivinar la mar por el sonido incesante de su orilla y el destello casi invisible de las espumas de su rompeolas, y, poco más tarde, venciendo la oscuridad de la noche, comenzar a ver su masa viva y cambiante, el rulo espumoso del rebalaje, incluso el brillar indeciso de las piedrecillas húmedas, llevadas y traídas, por las resacas y los vaivenes del mar.

¡Dormir con ese son en el oído, el balanceo perenne y mínimo; primero, la comba de la mar hacia ella misma, encorvarse, recogerse, adentrarse sobre sí, y luego, dadivosa y amplia entregarse al rebalaje y la arena en una donación generosa y altanera!

Yo allí, ahora la sabanilla ligera sobre las piernas, el camisón subido a la altura de mi vientre, silenciosa y atenta, entregada a la noche y a la música, recogida en mí también, cerrada sobre mí, y luego, donosa como el mar, volver hacia lo que es más mío, los sueños más queridos y entregarme a ellos, darme por entero sólo por darme. Como las olas. Como el mar.

Música en el mayor silencio, pulcritud en la modestia, comedimiento en una vida que me temblaba por dentro.

Las titas no me dejaban salir sola a la playa en cuanto se hacía la noche. Las dos, tan menudas y resecas eran mujeres de mucha determinación, de ideas muy firmes, de gustos muy resueltos, y de mandatos que no permitían la discusión.

Entre ellas susurraban melosa y suavemente por las pequeñas cosas de la casa, de su orden y limpieza, pero cuando alguna de ellas decidía una cuestión que me concernía (no bañarme en ese momento, no ponerme esa camisa, no peinarme de esa manera, no salir a esa hora de la casa, comer necesariamente una fruta), la otra la apoyaba de inmediato y sin fisuras. Entre ellas, todo era devaneo de posturas y discusión de decisiones, siempre en voz baja y casi sin gestos, pero de ellas afuera, las dos eran un bastión de certezas y una muralla de unidad. La decisión de una, de inmediato, se convertía en la decisión irrevocable de las dos.

Durante el día la hermosura del mar, de su brisa y de su olor, la majestad de sus movimientos, la solicitud con la que era capaz de acogerte, me había llenado de vitalidad, de alegría. Había pasado la tarde jugando a su orilla llenando hasta los topes un tarro con boca

ancha y cristal grueso, de conchas, de púas de las estrellas de mar y de algún caballito que las aguas traían y llevaban en el rompeolas.

Mis titas habían pasado la tarde en el merendero, vigilándome sin tregua (tenía que llevar mi sombrero de paja y una camisa, abrochada hasta el último botón, que debía cubrirme por entero los brazos: «¡qué horrible sería una señorita como tú, del color de la berenjena!»), pidiéndome que no tuviera tanto tiempo los pies metidos en las aguas, o que tuviera cuidado con la falda, mientras tomaban despaciosas un café con leche «muy poco café, muy poco» y hacían, meticulosas y eficientes, una tira de encaje de croché.

Yo me sentía más que querida, vigilada. Y sentirme observada con cierta ansiedad me daba un placer que me llenaba toda. Saber que cada uno de mis gestos, de mis movimientos eran seguidos con inquietud no me desazonaba en absoluto; al revés los intentaba hacer atemperados, lentos, sólo por el placer de ser contemplada.

Aquella misma noche me inundó una especie de desesperanza, una forma premiosa y nueva de estar triste, una manera radical de sentirme sola y aislada.

Salí de mi habitación al pequeño saloncito donde estaban mis dos titas. Pilarita oía la radio a un volumen increíblemente bajo y Pura leía, las gafas al borde de su nariz, el *Abc*.

Debieron ver en mi mirada mi ansiedad porque tita Pilar apagó la radio, me miró y me dijo:

—Cogemos unas sillas y nos vamos un poquito fuera.

Tita Pura pasó una hoja muy despacio. Y dijo displicente:

—Tened cuidado...

Nos sentamos muy cerca de la casa y su luz, aunque nos llegaba muy leve, nos impedía ver el mar.

—¿Más abajo?

Nos pusimos a tres, cuatro metros del rebalaje. La brisa nos inundaba. El chapoteo de la mar nos acompañaba fraterno y constante.

Ella me miraba alegre, liberada de un peso que yo no sabía descubrir. Le brillaban los ojos en aquella oscuridad. Con las manos sobre su regazo, su cuerpo derecho, apretada su rebeca contra su pecho y una sonrisa leve en los labios, parecía otra mujer. Había ganado su figura en gracia, en plenitud.

Siempre he creído que una cierta disposición del cuerpo, un movimiento determinado de las manos, el mirar, la sonrisa pausada de una persona, la incitan irremediablemente a ser generosa y condescendiente, obsequiosa.

—Tita...

—¿Qué?

—¡No me digas que no!

—¿Qué quieres?

—¡Te lo pido por favor!

—Dímelo...

—¡Déjame que me bañe!

—¡Estás loca!

—¡Déjame, déjame!

Me miró a los ojos un tiempo que parecía infinito. Borbollaban las aguas en la orilla. Al fin, me dijo:

—¡Anda, venga! Ponte el bañador, pero que no se entere la tita Pura. ¡Que no se entere!

Metí mis pies descalzos en las aguas iluminadas por la franja de luz, temblorosa y plateada, de la luna. Volví la cabeza y vi a tita Pilar, sentada en su silla, abriéndome los brazos, inclinado su cuerpo hacia

delante, pidiéndome con sus gestos que me metiera en el mar, igual que si me la ofreciera toda entera.

Sentía el frescor de la noche en mi cuerpo y el olor de yodo me inundaba.

Fui avanzando poco a poco. Sabía que aquellas aguas negras, al cubrirme, me colmarían de miedo, de una inseguridad malsana.

Sentía una sensación de totalidad, un deseo enorme de entregarme, de darme. Iba a saber de mí más de lo que sabía. Iba a añadir a mi vida una sensación diáfana y nueva.

Así que di un paso más hacia delante. Las aguas me llegaban a los muslos. Me quedé quieta. Ahora, el ruido incesante de la orilla estaba a mis espaldas. Ante mí solamente un riel de luz, todo lo demás oscuridad viva. Sólo miro a lo negro, denso y fluido, silencioso y turgente.

Y veo una sotana abrirse ante mí. Una amplia sotana devoradora, que me llama y se ofrece, que me ampara y acoge.

Siento una plenitud, y me entrego a sus brazos.

XI

Deseos y altanerías

Mi cuerpo arrecia y se hace compacto, definitivo, todo mío. Siento una plenitud intacta que palpo en las esquinas de mí, en mis caderas, las axilas, las ingles.

Estamos en la primavera de 1945. Dicen que la Guerra se acaba, y un rumor de fracaso se ha asentado en los periódicos que ojeo y en algunas reuniones familiares a las que asisto, ensimismada, metida en mí; también en algunos actos: a la puerta de la Catedral y en varias celebraciones patrióticas que rozo desdeñosa con mi falda, ahíta ya de tanto azul mahón, tanta gorra de plato y tantas banderas al aire.

He oído que mi padre le decía a Carmen:

—¡Se pierde! ¡Se pierde sin remedio!

Y a la puerta de la iglesia, en un corro de hombres, he llegado a escuchar un susurro:

—Hitler se ha suicidado.

—¿Suicidado?

Tenía diecinueve años. Ya no era Genoveva de Brabante, ni la Cenicienta, ni la Princesa que espera dormida y anhelante al Príncipe de los labios ardientes. Era una mezcla impropia de materias encontradas y difusas, contradictorias y, al mismo tiempo, precisas.

Una tormenta encallada, un barranco inacabable, la potencia de una luz huidiza.

Me sentía con tanta fuerza como con tanto miedo. Soluble como la azúcar e inabordable como el fuego; inapelable, como una piedra, y dadivosa, como la seda.

En un instante se apoderaba de mí una especie de pánico como se adueña de los cuerpos una enfermedad que me curaba soñando.

El miedo a vivir, desde el mismo instante en que se inicia, se convierte en una duda invasora y ya apegada a ti para siempre, en una intranquilidad.

Miedo insoportable a entrar en un salón, pasar una página, mirar a tu madre, volver la cara a tu espalda, ver aquella luz, rebuscar en mis ingles. Miedo a tocar la fruta, a acariciar mi pierna, a recorrer simplemente aquella calle. Pánico a iniciar un saludo, a torcer una esquina, a sonreír, a asomarme a una ventana, abrir un armario.

Cuando necesito certezas, dudo. Cuando tengo hambre, me falta boca. Si me siento insegura, tiemblo. Si he de decidir, cierro mis ojos. Me quedo inmóvil cuando he de iniciar un camino.

¿Siempre? No. Siempre no. A veces irrumpo en la vida como un huracán, busco con fuerza lo que no tengo, levanto batalla por mis deseos, grito y protesto, aúllo por lo que me falta.

Me sobra determinación, me basta la voluntad de un solo dedo, doy un paso adelante como si diera un latigazo. Me ofrezco, valiente.

Me encontraba hecha, carnal, terminada. El empuje que nacía en mi cuerpo es el de la tormenta y la marejada. Me gusta sentir mi piel, acariciarla lenta. Miro la estrella, la noche, el vacío, y tengo la certeza de que si levanto la mano los tomo, los hago míos. Me

conoce el deseo, el palpar anhelante de mi carne, la rotunda sustancia de mi ser.

Entonces, soy aquella que quiero ser.

Cuando luz, toda la luz. Cuando oscuro, todo es noche.

Estábamos las dos solas, ante el mar. Cayendo la tarde, ya en las últimas luces del día, habíamos acercado al rebalaje dos sillas de anea del merendero. Vestíamos unos trajes floreados, los brazos al aire, el yodo de la mar retumbaba en nuestra piel. Una brisa suave nos daba de frente, nos despeinaba melosa.

Sentí en mi cuerpo una fuerza ascendente, cálida.

Sin mirarla, le dije a Carmen:

—Siento, me siento...

—¿Qué? ¿Cómo?

Cerrado, entre las manos, mantenía el abanico sobre su vientre. Me repitió:

—¿Qué? ¿Cómo?... ¿Feliz?

—No, feliz, no. Plena.

Tardó en contestarme.

—Cuando se siente lo que tú sientes es cuando de verdad se puede ser madre.

Miré el mar, la imagen de mi vida.

—Ve por el mundo despacio, serena, cumplidora de saludos y bienvenidas. No te atosigues nunca, no te sientas maltratada, ni pequeña, ni abandonada. Anda despacio, con elegancia y pulcritud.

No te desesperes nunca, comprende y perdona, olvida lo miserable y penoso, cúbrete con tu inocencia...

—No soy inocente.

—Cúbrete de tu inocencia y tu bondad...

—Tampoco soy buena.

—Cúbrete con tu voluntad y tus deseos de ser buena y comprensiva. Amplía tu sonrisa a más de aquellos que te rodean a diario, y regala tu generosidad al más lejano; dale tu consideración al que no escucha y ocúpate de los que te necesitan.

—Nadie me...

—No me interrumpas. No te gusta lo que te rodea, te parece tosco, sucio, ruin, ¿verdad?

Me miró por un instante. Yo no le dije nada.

—Miserable y malvado, mezquino, ¿verdad? ¡Contéstame!

—Me parece, sobre todo, corto...

—¿Corto?

—Escaso, estrecho.

—Dime qué quieres decir con eso.

No le contesté. Tardó un instante en decirme:

—Dime. Explícame.

—Me asfixio. En este mundo que vivo, en el que me muevo, me ahogo. Me falta aire, amplitud. Todo son estorbos, estrecheces.

Levantó la palma de su mano hasta ponerla por un instante delante de mis ojos.

—Tienes que ser comprensiva con el mundo aunque lo aborrezcas. Es más: debes vivir en el mundo como si lo amaras pero detestándolo verdaderamente en tu interior.

Al desaparecer aquella mano, le vi los ojos fijos en los míos. Me dijo:

—Di. Habla, habla.

—Ni lo aborrezco ni lo detesto. Sólo siento que el mundo que tengo que vivir es pobre, lleno de agobios y pequeñeces miserables.

—Las pobrezas...

—No son pobrezas del comer y vestir. Son pobrezas del... de todo lo que vivo. Me siento en un callejón sin salida dentro de una ciudad llena de luz a la que no puedo...

—¿Acceder?

—Siento que no le pertenezco.

Yo me callé. Él también. Había agachado la cabeza y cerrado los ojos. Al poco, cuando me incorporaba para marcharme, me miró. Estaba encendido.

—Quédate, por favor.

Me arrodillé de nuevo y esperé.

—Quisiera ayudarte.

—Al oírme con esa atención, me está ayudando.

—No sólo quiero oírte. Quiero que me sientas tu amigo, tu... tu compañero.

Quedó otra vez en silencio. De pronto, me preguntó con ansiedad:

—Tú ¿qué sueñas, qué imaginas, qué deseas cuando te sientes sola, tú sola delante del mundo?

—Asco.

—Pero... ¿qué te gustaría hacer, cuál puede ser tu esperanza, la salida?

—No la hay. Realmente sé que no la hay.

Me levanté y me fui.

Cuando luz, toda la luz. Cuando oscuro, todo es noche.

Algunas tardes lo había visto apoyado en el quicio de la tienda, el delantal blanco tapándole vientre y piernas, una camisa azulina de botones grandes y mangas largas, una luz mortecina a sus espaldas.

Cuando iba a la iglesia, o al centro de la ciudad a comprarle el periódico a mi padre, o a reunirme con las amigas, cuando me inventaba cualquier pretexto para dar paseos solitarios llenos de turbación y silencios por lugares extraviados y dudosos, siempre que pasaba por la puerta de la carnicería buscaba a aquel muchacho con un ansia, al principio, indescifrable para mí misma, y, al poco fija y obsesiva, como dicen que miran las serpientes al pobre animalillo que se preparan a devorar. Dicen que se acercan, al principio, lentas, como ociosas, indiferentes y distraídas; después, ya la mirada fija en su deseo, el cuerpo untuoso, frenada la pasión pero ya evidente en la tersura de la piel, muy poco a poco se aproximan implacables a la presa hasta devorarla como una riada anega, y una explosión estalla.

Como un turbión obstinado.

Ya sabía yo de esa ansia que te punza en la cabeza y te colma el corazón: esa comida diaria, esa desazón continua, la fiebre sin consuelo.

Ya sabía yo del buscar lentamente por mi cuerpo, las palmas de las manos primero, después los dedos abiertos, lentamente, el mirarme indecisa en el espejo hasta fijar la mirada en mí. Ese frío helador en los huesos, Ir a la busca de mí, entrar por mí, el doler de buscarme.

Pero esta era la primera vez que esa pasión residía en otro cuerpo, uno concreto, preciso, sólo uno, un sitio, una luz, una imagen exacta, avasalladora y absorbente.

La carnicería estaba a ocho o diez portales de la Academia, calle abajo, hacia la iglesia.

Si estaba a la puerta, lo veía enseguida, nada más torcer la esquina, echado sobre el quicio, ya mirándome desde lejos, poniéndose derecho de pronto, o echándose a un lado y a otro del dintel muy serio, limpiándose las manos en el delantal, atusándose el cabello, siempre sus ojos fijos en mí, mis caderas, mis pasos, ahora, mi boca, mis pechos, ese bamboleo de la falda sobre mi vientre, buscando el hueco entre mis piernas, aquí, donde se unen.

Enseguida me dominaba una sensación de fuerza y de certezas, un ímpetu de trueno, una urgencia imparable e imperiosa de avanzar resuelta hacia él y abordarlo. Enseguida, en los últimos metros, aquel ímpetu se desvanecía como un escalofrío.

Lo recuerdo todo instante a instante, con sus luces y apariencias. Aquella tarde, anocheciendo, había caído una lluvia intensa y cálida. Yo había esperado en el portal de la Academia a que escampara, las libretas contra mi pecho, la rebeca abierta, mi falda azul, la camisa blanca, el cinturón ancho de color celeste. En los labios un ribete casi rosa, y en mi muñeca el reloj Cauny con la correa blanca; fijo al nacimiento de mis pechos el collar de bolitas azul oscuro; el cabello recogido en una trenza final. Y a media espalda el pequeño lazo blanco anudado por Carmen, que cae justo sobre el cierre elástico de mi sostén.

Rampeando bajo las balconadas, me acerqué a la carnicería. El cierre metálico estaba echado un poco más de la mitad y, desde el interior, una luz mortecina se extendía por la acera. Me guarecí enfrente, en un portal, aquella claridad dándome en el filo de los zapatos.

Apreté las libretas con fuerza contra mi pecho. Me mordí los labios. Seguía lloviendo. Dejé que la oscuridad de la noche lo ocupara todo, menos aquel claror mínimo.

Detrás del cierre, oía el ruido brutal del cuchillón abriendo las carnes, serrando los huesos. No había nadie por la calle. Entraron mis piernas de lleno en aquel haz de luz. Agaché mi cuerpo. Respiré hondo, y me decidí a entrar.

Me puse junto al mostrador, frente a él, callada. Se quedó paralizado, la mano alzada, aquel cuchillo enorme al aire.

Le dije:

—Aquí estoy.

—Qué... Qué...

—Aquí estoy. Para ti.

Sonrió. Dejó el cuchillo. Limpió sus manos en el delantal. Estaba nervioso. Yo, tranquila.

Le pedí:

—Apaga la luz.

—Sí, sí. Antes, cierro la tienda.

Pasó a mi lado sin rozarme. Oí a mi espalda el ruido metálico.

Volvió tras el mostrador. Buscaba mis ojos. Ahora, sonreía.

—¿Es verdad?

—Sí.

—Pero...

—Es mi verdad.

Subió una cortinilla y antes de entrar en aquel marco oscuro que estaba a su espalda, lo vi de nuevo, junto a mí, ahora alegre, brillante.

—¿Apago?

—Apaga.

Sentí el vientecillo de la cortina contra la cara. Cerré los ojos a lo oscuro. Su cuerpo se acercó al mío. Todavía no me tocaba.

—Dame tu mano.

Sentí su calor junto a mi cara. De pronto, me asusté. Comencé a temblar.

—Por favor.

Había puesto su boca en mi cuello pero no sentía su cuerpo contra el mío. Le repetí.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué? ¿Qué quieres?

—Quiéreme, pero no... Por favor, no...

Se separó de mí. Veía su silueta en la oscuridad.

—Deja los libros ahí... Sobre...

Dejé las libretas sobre el mostrador.

—Voy a encender una vela. Quiero verte.

—Yo no quiero ver. Quiero sentir.

Aquella silueta se puso a mi lado. Y noté que sus manos me tomaban por la cintura. Fuerte y firme. Delicadas también.

Pasamos junto al mostrador. La luz mortecina de los cuchillos. El ruido tenue y constante de un motor lejano. Rocé la tela espesa de la cortina. Allá al fondo, por una ventana enrejada, una luz que venía de fuera alumbraba difusamente unos bultos de carne colgados del techo.

—Aquí hay una mesa, ¿la ves?

—No.

—Hay sillas. Ven. Siéntate.

Sentí como se sentaba a mi lado y, al poco, como se acercaba a mí. Pasó su mano por mi hombro, me acarició el cabello.

—Me habías dicho que no querías... No sé...

—Yo no sé cómo decirte lo que no quiero.

Suavemente me acariciaba. Me acariciaba.

—¿No quieres... que te quiera?

—He venido a que me quieras, pero...

—¿No quieres que nos queramos... del todo?

—Tengo miedo.

—¿A quedarte embarazada?

—No. A salir de aquí y ser otra, sentirme otra.

Notaba su respiración a mi lado. Se acercó más.

—Pero... ¿sí quieres que te bese?

—Sí.

Puso sus labios sobre mi cuello. Noté su vida allí.

—¿Y que te acaricie?

—Sí.

Dudó. Tomó primero con fuerza mi brazo. Su mano ascendió hasta mis pechos.

—¿Puedo?

—Sí.

Me acariciaba. Supe, en ese momento, que era posible unir ansiedad y lentitud. Mis pechos, enteros, despejados; por primera vez, donantes.

Yo no decía nada.

—Dime. Dime que puedo.

Le contesté susurrándole a la oscuridad:

—Desabróchame. Necesito piel con piel.

Despacio subió la cinta. Sentí mi pecho apretado por el sostén. Y luego, suelto. Igual, el otro. Mis pechos en sus manos, carne con carne, nunca así. Primera vez esta dicha cerca del corazón.

Me besaba. Me lamía. Pero eran sus manos el milagro.

—Tus manos. Tus manos.

No me entendió. Bajó su mano derecha hasta mi vientre y comenzó a alzarme la falda, muslos arriba, ansioso ahora.

—Ven. Ven.

—Estoy aquí.

—Ven. Ven.

Entonces comprendí. Poco a poco abrí mis piernas y deslicé mis nalgas hacia abajo para ofrecerme más.

De pronto, me tomó una mano. Notaba su inquietud y veía, entre las sombras, la saliva de su boca y el brillo de sus ojos.

Llevó mi mano a su entrepierna. Noté entonces la hechura, la fuerza, la densidad, el fuego que siempre había deseado. Me llené de mí. Me sentí una y toda.

Después, besé su boca. Lo besaba por primera vez.

Él, tras la rejilla, se quedó en silencio. Bajó los ojos. Cruzó los dedos de sus manos con fuerza.

—¿Te dejaste llevar?

—No sé. Imagino que sí.

—¿Imaginas? ¿Te dejaste llevar por una pasión momentánea, pasajera, como una tormenta, un aguacero?...

—No sé si era una pasión.

Ordenó su hábito. Se removía en el asiento. Seguía mirando al frente. No a las vidrieras, ni al altar bajo la ojiva dorada. Sí al aire húmedo que caía sobre los bancos y a aquella luz oblicua.

Por fin me miró.

—No la venciste.

—Sí. No la vencí.

Una fatiga de desolación y desdicha se le vino a los ojos.

—¿Te arrepientes verdaderamente?

Tardé en contestar.

—No lo sé.

—¡No te arrepientes!

—No lo sé. No sé lo que siento.

—¡Cómo es que... que abusan de ti y no...!

—No abusaron de mí. ¡Fui yo la que me entregué, la que me di!

—¿Te diste?

—Sí. Me entregué. Me di... Me ofrecí...

Puso la mano sobre su frente. Parecía rezar.

—¿Y no sabes si estás arrepentida?

—Todavía no lo sé.

—Y te pones ahí de rodillas para confesarte y ¿no sabes si te arrepientes?

—No sé si me arrepiento... No sé. No sé nada.

—Pero sí sabes pecar. ¡Sí sabes pecar!

Se acercó a la rejilla. Oía el susurro de su voz.

—Te has entregado a un placer mezquino, pasajero.

Yo me callé. Él continuó:

—Te entregaste a una... a una pasión callejera, impropia de ti. Te entregaste a una pasión burda, vulgar, de una mujer sin... sin...

Yo agaché la cabeza. Notaba su ansiedad. Yo no quería mirarlo.

—No sabes cómo me entristece esto. Cómo me desconcierta. No pensaba que tú...

Yo seguía en silencio. Asenté el velo sobre mi cabeza.

—No podía pensar que tú podrías... ¡Con cualquiera, con un cualquiera sin...! ¡Pide perdón! ¡Arrepiéntete! ¡Ahora mismo! ¡Pídeme perdón!

Yo no quería hablar. Buscaba dentro de mí una palabra.

—Pídeme, pídeme perdón...

Subí los ojos y me encontré con los suyos.

—Te tengo que saber arrepentida. No puedo salir de aquí, salir a la calle y pasar, pasar por delante, por delante de donde tú... y no

saber que te has arrepentido, de que lo has olvidado por completo.

Seguí en silencio. Aumentó su ansiedad.

—¿Lo recuerdas todavía?

—No sé...

—Digo a él. ¿Lo recuerdas?

—No sé...

—Cuando pienses en él, piensa en mí.

Aquella noche sentí, en mitad de la madrugada, unos golpes secos, terribles, sobre la mesa de mi cuarto. Me desperté asustada y miré mis manos llenas de sangre.

XII

Expulsión. Mecanografía

Era su carne como la arena.

Contra mi piel sentí una materia pastosa que se movía por dentro de su carne, como una burbuja de aire. Su saliva sabía a menta y le sudaba la nariz. También la unión de su cabello ralo con la frente. Había mucha ansiedad. Hipaba la boca de don Leandro.

Me decía, su cuerpo sobre el mío:

—Juventud. ¡Juventud!

Yo había cerrado los ojos. Desde el mismo momento en que tiró con fuerza de mi mano y me tumbó sobre la mesa de aquella clase de dibujo, al final del pasillo, sobre el último patio, yo quise abandonarme y, al mismo tiempo, estar viva, despierta. Igual que ante una pesadilla en mitad de la noche.

—¡No digas! ¡No digas!

Me besaba las piernas. Me quitó los zapatos. Me lamía los dedos de los pies. Se puso de rodillas. Una lengua vieja por mi talón.

Y de pronto se abrió la puerta y se oyó un grito. La sombra de la señorita Josefina en el quicio de la puerta.

—Ay, ¡por Dios! ¡Por Dios!

Yo me tapé la cara con las manos. Estaba sola, completamente sola, en aquella penumbra que yo misma quería mantener.

—¡Sal de ahí! ¡Vete!

Yo era incapaz de andar. Me senté al filo de la tarima. Don Leandro, atrás, respiraba ansioso.

Oí otra vez aquella voz.

—¡Asquerosa! ¡Péinate, que estás desgreñada!

La señorita Josefina, insegura, fatigosa, desapareció del aula.

Me puse el zapato que todavía llevaba en la mano.

Me senté en la tarima. Ensimismada mirando al suelo. Oía tras de mí el murmullo constante de don Leandro, «Ay, ay, ay, no diga, no digas» y cuando escuché el ruido en la puerta sentí que se agrandaba la bruma del mundo. Entró el director con unos papeles en la mano. Venía con la Señorita Josefina. Buscó entre ellos y tomó uno. Levantado en el aire, temblaba y vino hacia nosotros, pálido, la boca abierta, anhelante.

Me miró a los ojos. Y dijo mi nombre. Violento, altisonante. La Señorita Josefina me hacía gestos con su mano derecha para que me levantara. El director se había situado a mi espalda, ya subido en la tarima. Don Leandro se había metido en un rincón, entre asustado y displicente, con una mueca ridícula en la boca, su silla cogida por la espaldera.

El director gritó de nuevo mi nombre. Sentí frío, una punzada fría, en mi vientre. Unas ganas insoportables de escupir. Tenía un lápiz de color rojo entre los dedos. Lo apreté con todas mis fuerzas. Nada podía hacer. Sólo no aceptar ninguna verdad, ninguna evidencia. Aprender a mirar con ojos de duda al que te dice lo cierto.

—Venga con nosotros. ¡Vergüenza! ¡Qué vergüenza!

El director, delante. La señorita Josefina, detrás. Y cada vez más lejos el silencio en el que quedó aquella aula. Miré la punta de mis zapatos: eran los de Carmen, de tiras verdes y blancas, y de poco

tacón. Un obsequio de aquella mañana. La madera del lápiz se quebró. Cerré los ojos. Los abrí. Una neblina oscura ocupaba por completo aquel pasillo.

Mi padre está sentado en un sillón de tela, de un azul pajizo ya deshilvanado, junto a la puerta del despacho del director. Viste de negro, como siempre, su corbata, también negra, sobre el blanco restallante de su camisa. Hasta mí llega el aroma agudo y fresco de su loción. Mira al suelo, tan quieto que parece no respirar. Me pongo ante él, de pie, y allí estoy sin decir una palabra.

Oigo la voz del director:

—Pase usted, pase.

Mi padre no se mueve.

—Papá... ¡papá!

Levanta la cara. Está pálido. Me mira a los ojos.

—¡No eres mi hija, no lo eres!

Se incorpora tembloroso.

—¿Dónde? ¿En qué despacho?

—Ahí, en ése.

Me parece más pequeño. Un niño.

—Entre, entre.

Lentamente me siento en el mismo sillón donde acababa de estar él, buscando en mi cuerpo su calor. Y el olor entre ácido y dulce de su cara.

Cuando mi padre sale del despacho, yo me levanto. No quería mirarme.

—Detrás. Detrás de mí.

Atravesamos el patio vacío. Abrimos la cancela de hierro. El zaguán de azulejos amarillos y azules del instituto.

—Detrás de mí. ¡Detrás!

Cuando avanzábamos hacia el trasiego de la calle ancha, añadió, sin mirarme.

—No me hables. No me dirijas la palabra. ¡No me mires!

Le veo la espalda, la chaqueta ancha caída por los hombros, un andar premioso, apretados con fuerza unos papeles debajo del brazo. Oigo un susurro amagado en su boca.

Una señora lo saluda afectuosa. Él se para ceremonioso. Una inclinación leve de su cabeza. Le besa la mano. La señora me mira. Él, no.

Lo veo hablar sonriente, dadivoso. Sus manos de movimientos mínimos alrededor del pecho. Le brilla el aro de oro.

Yo estoy de pie, quieta. A poco más de unos metros. La señora vuelve a mirarme. Va a preguntar por mí. Casi le oigo decir: «¿Es su hija?». Él la interrumpe obsequioso. Le habla rápido mirándola con fijeza a los ojos.

¿Quién soy yo para él? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué sitio ocupo en su vida? ¿Ni siquiera ultrajada, humillada, no tengo yo un corazón?

He estado mirando a Jorge dormir. Es un niño pálido, alargado, de cara fina. Tiene poco más de dos años; yo era capaz de mirarlo, a esas pobrezas de mi edad, casi como una madre debe mirar la inclemencia de un niño.

No tengo la sensación del escalofrío ni de la humedad. Debe ser una de esas noches plácidas y amplias, casi luminosas, de la primavera.

Él durmiendo. Yo, perpleja, dividida en mi corazón, mirándolo. Veía su presencia como un fluido, algo que va, agranda y disminuye, vive y, al mismo tiempo, no existe. Yo soy sólo una presencia. Un hecho. Un objeto. Sólo una realidad, una cosa.

Sí. Era el mes de mayo de 1942. Era una niña dolida, con una bocana de incertidumbre y desdicha abierta en mi corazón, me sentía alejada de donde estuviera, sin gustos, llevada por la voluntad de los otros: los egoístas, los miserables, las ratas de la vida, la gusanera. Yo no tenía sitio, ni ocupaba un lugar, ni tenía fijeza ni asiento.

Me pidieron la libreta y, cuando la daba, me tiraron de la mano hasta tumbarme en la mesa. Yo me reía porque no sabía cómo llorar. Yo me ofrecía porque no sabía negarme. Yo me entregaba porque no sabía ni pedir ni escaparme, ni abandonar tampoco.

Ay, niña blanda, insegura, donosa y de pocas artes. Ay, cuerpo pleno y deseado, sin artimañas ni defensas, sin centinelas. Niña dada a la vida, a los asuntos insanos del vivir, sin saber prever lo simple ni lo inmediato, sin saber preservarse.

Con la misma mirada de asombro con la que miro a mi hermano dormir, me postré de rodillas y le dije a mi salvador de aquellos años, al limpiador de mi cuerpo de entonces, aquel cura viejo y desabrido, cordero de mi corazón (al más lejano ser que tenía en la vida), que había «pecado contra la carne» y él me dijo su penitencia, entre olvidadizo y aburrido. ¿Cuál mi penitencia para mi corazón?

Me acerqué a la cuna. Lo tapé con cuidado. Y puse mi oído al lado de su boca. Un rato allí oyendo una paz que iba y venía, pequeña pero resuelta, entre la liviandad de aquel aire mínimo.

Había entrado en la sala de puntillas, sin hacer ruido, y antes de sentarme en el sillón de la abuela, Carmen había dicho al verme:

—¿La niña va a oír?

Mi padre, sin mirarme, dijo:

—¡Déjala! ¡Como si no existiera! ¡Esa niña ha dejado de existir en esta casa! ¡Está, pero no existe!

Ellos estaban sentados a un lado y otro de la mesita de la radio. Mi padre con su bata azulina y sus zapatillas de cuero, Carmen las piernas apretadas, la falda estrecha cubriéndole las rodillas. Ella, obsequiosa y sumisa, él chillón y destemplado.

—Y no vuelve al instituto más.

—¿Y sus estudios? ¿No iba a ser maestra?

—¿Ahora? ¿Ahora, con lo que ha hecho, crees tú que puede ser maestra? ¿En qué escuela la aceptarían?

—¿Entonces?

—A una academia. A aprender mecanografía, taquigrafía. Y después, le buscaré un trabajo por ahí.

—¿Cómo por ahí?

—¿Qué quieres? ¿Quién le va a dar un trabajo aquí? ¿A qué puerta decente voy a llamar?

—Pero ella quiere ser maestra.

—¡Otra vez! ¿Maestra? ¡Qué ejemplo para los niños!

Carmen me miraba a hurtadillas. Él alzaba la voz galleando. Yo miraba fijo al vacío. Cerré los ojos, abrí la boca, respiré hondo, y me inundó un acogimiento suave y cálido.

Aquella mañana soleada de principios de junio se habían ido con Jorge. Yo le había dado un beso a mi hermano cuando Carmen lo

estaba bañando y ella me había alisado los cabellos y besado la frente. Dijo despacio, los ojos cerrados:

—Te quiero.

Una luz radiante entraba por el balcón y lo que nos rodeaba tenía la sumisión, la limpieza y la pequeñez de aquellos domingos largos y cremosos.

Me había vestido muy despacio, ya sola, y, lánguida y febril, recorría la casa tocando los filos artesanales de los muebles, mirando con cuidado extremoso los floreros, rozando los helechos, las esparragueras, intentando palpar sus fluidos. Me acerqué a los marcos plateados y miré las fotografías de aquellos seres perdidos fijamente a sus ojos para adivinarles júbilos y sueños.

Todo, lentamente: con esa fruición del desamparado. Sintiéndome viva delante de las cosas, pero por desaparecer, cuando afloraban imparables, entre los sentimientos. Mirar no bastaba. Era necesario tocar, palpar, preguntarse, indagar. Hacer de desaparecida y retornar, desde fuera, desde el aire, al mundo a través de aquella luz redentora.

En mi habitación, tomé la silla de anea, y me puse al sol de pleno. Aquella intensidad dándome en la cara, bajando por mi pecho, entrando por mi vientre, resplandeciente en mis piernas. La fuerza de un rayo, el crujir de una tormenta, en el centro del corazón.

Sí, salir a pasear por las calles más solitarias, las que van a los sitios perdidos, olvidados, sentirme única, como si en ello me fuera mi redención. Mirar despaciosamente: encalados, rejas, zaguanes, azoteas, vivir la ciudad, sus espacios, los vanos, como si fuera la primera o última vez. Sí. Limpiar mi corazón en los objetos,

abandonarme a lo real, resistir con todas mis fuerzas al vacío. No pedir más de aquello que toco.

Saldré a la calle si soy capaz de no sentirme sumisa, abandonada o culpable. Si estoy dispuesta a gustar el júbilo de existir, de ser, tan sólo de ser, de sorprenderme con todo lo que existe. Si verdaderamente puedo vivir con quietud. No digo paz: quietud.

No podía salir con las manos vacías. Para acompasar mis brazos con mis piernas, mi pecho con mis nalgas, mi cuello con mis pies, necesitaba ocupar mis manos, bascular mi espacio con un objeto: libros, libretas, un pequeño bolso. Cualquier cosa. Me decidí por el libro más bonito de la biblioteca de mi padre, encuadernado en piel, justo para que la mano se sintiera útil.

Salir por mi propia decisión y sin saber adónde me producía, por un lado, una desazón de niña pudorosa e indecisa que me gustaba, y, por otro, una especie de madurez y de solvencia que me alegraba el corazón.

Fui hacia el mar. Quería tener delante de mí su amplitud. Sentirme pequeña ante su asombro, espectadora de sus delicadezas, única ante lo disperso, segura ante sus misterios y secretos. Desdoblarme entonces, para saberme al mismo tiempo: áspera y solitaria; también, donadora y versátil. Ansiosa, pero también plena. Dueña de mí y condescendiente a cualquier viento que me llevara a su voluntad.

Enseguida entré en el paseo marítimo: una avenida ancha que se extendía entre las lomas y el mar, y por donde pasaban parsimoniosos carros de carga, algunos coches, muy pocos, y de vez en vez borriquillos con los capachos llenos de arena marina, todavía goteantes, siguiendo los rieles del tranvía. A su lado derecho,

mirando hacia la barriada de los pescadores, una acera amplia que remataba, a todo lo largo, un poyete de piedra y, entre él y las olas, un amontonamiento de rocas que hacían frontera con el mar, valla protectora contra los vientos fuertes de poniente, los vendavales.

Había poca gente. Algunos matrimonios con sus hijos pequeños. Alguna pareja, los pasos lentos, mirándose a los ojos.

Frente a mí, al inicio de las lomas, algunas casas matas, y poco más arriba, unos almendrillos sobre la tierra, ya reseca, subían hasta el final, hasta la raya azul donde empezaba el cielo, casi blanco de luz.

Me senté, para enseguida voltear mi cuerpo y ponerme por entero frente al mar, los zapatos sobre aquellas rocas. Un buque entraba en la mar abierta, alejándose, poco a poco, de la costa. Pensé que su hermosura estaba en su camino y que poco importaba cuál fuera su final.

Los vi venir de lejos, paseo marítimo adelante. Cuando pasaron a mi espalda, los dos callados, un libro cada uno en sus manos, delgados, premiosos, de camisas anchas, pantalones azulinos hasta las rodillas esquilmadas y alpargatas de esparto, sentí una brisa nueva, un temblor por mi piel, y un silencio lleno de paz diamantina me ocupó toda entera.

Sin mirarme, a pocos metros de donde yo estaba, saltaron el poyete y se sentaron sobre las rocas, casi rozando a la mar. Uno de ellos, la cabeza casi rapada y aire extranjero, se arrellanó lo mejor que pudo, abrió su libro y enseguida quedó abstraído, como fuera del mundo. El otro, más inquieto, miraba a la mar, a su espalda, al campo, a la mar de nuevo. Las orejas abocinadas. De vez en cuando leía.

Poco más tarde los vi levantarse, ir de roca en roca, abandonar los libros en una de ellas, ponerse al borde del mar, y, desde allí, señalar a las lomas, los almendrillos resecos. Comentaban entre ellos. Me gustaba la elasticidad de sus cuerpos, la alegría de sus movimientos, la modestia de sus ropas, el verlos rodeados de un especial aire de vitalidad, de dispersión, de parquedad y ensimismamiento.

De pronto se sentaron los dos en la misma roca y comenzaron a hablar. Señalaban allá y acá, a la bahía, los montes, al mismo mar. Se reían, se daban golpes cariñosos uno a otro, hablaban mirando al vacío. Niñez y adolescencia, todo al parejo.

Volvieron a ponerse de pie. Escondieron sus libros en una grieta, y el de las orejas abocinadas no dejaba de señalar a la bahía, allá y acá, mientras hablaba ansioso.

Y de repente, se puso de cuclillas, metió la cabeza por un hueco entre las rocas y desapareció. Su amigo, riéndose, divertido, lo siguió. Ambos desaparecieron.

Más tarde, por otro hueco, metros más allá, veía surgir sus piernas, al poco, algún brazo, unas sombras, hasta que, casi al filo del mar, aparecieron de nuevo.

Levantaron los brazos al Sol, victoriosos, y alegres se abrazaron.

Así debiera ser. Estar en la vida y, sin renunciar a ella, poder escapar del todo, que sea posible encontrar otro ámbito, otro claustro, otro espacio. Desaparecer del mundo sin abandonarlo. Descubrir otras sombras, otras nervaduras, otros tornasoles, otras músicas: pasar de las de la tierra a las del mar. Pasar de la orfandad al misterio.

Que me fuera posible hacer lo que ellos hicieron: cuando el mundo te escupe o te expulsa, perderte por sus entrañas.

XIII

Baño diocesano

Mi padre me dijo, con los ojos ambiguos y esa mirada turbia del que quiere poner autoridad en la voz y el aliento le huele a flaquezas, que me llevaría él, que no iría sola.

Yo no dije nada. El comedor tenía ese caldeo jovial y de juventud que da el sol de primavera cuando invade las salas y los dormitorios.

Antes de la misa, Él me dijo que debía asistir a un retiro espiritual que se daba en la Casa Diocesana, con otras chicas de la ciudad y la provincia, hasta un número total de diez.

Todas ellas eran de «una vida espiritual intensa» y todas, más o menos, de mi edad. Dirigirían los ejercicios Él y otro sacerdote, «moderno y arrobado» y «que sabe de la juventud, de sus problemas e inquietudes»...

Yo le había preguntado:

—¿Para qué?

—¿Para qué? Para reflexionar, para ordenar la vida, para preguntarte, para indagar, para entender. ¿Te parece poco?

—No. Eso no es poco.

—Y... Y estaría yo... y el otro sacerdote, a tiempo completo con vosotras, contigo, intentando daros, darte, luz y paz a vuestros corazones... a tu corazón.

Yo pensé: en lo oscuro es cuando mi corazón se siente en paz.

Él volvió a hablarme, nervioso.

—Yo no quiero ser sino el camino que te lleve al Cristo. Esta es vida que... esta es vida de muerte. Y su amor ni durmiendo se duerme: es vivo, inmutable, infinito. Ni tiene posada, ni tiene descanso. Nos espera. Te espera, paciente y callado, deseoso. Él te abandonó en tierra enemiga para probarte, impaciente de que superes la prueba. A Él debes abandonarte tú ahora. Tu paz está entre sus brazos, y el descanso, el sosiego, entre los lazos de su amor. La perfección está a la espera, y la culminación del amor está ya preparada, anhelante. Este minuto es nada y, al mismo tiempo, es todo. Entre la nada y el todo se mueve nuestra vida, y si aprendes a entregarte aprendes a vivir cada instante. Incluso para los que son indiferentes, aquellos que son indecisos, incluso para los que blasfeman y abandonaron la fe, incluso para ellos, unos brazos de amor están abiertos, son oferentes, y quieren ser acogedores, cálidos. En el Kempis se dice: «¿quién se acerca a un gran fuego que no se caliente un poco?». Sólo es necesario dar un paso de amor hacia el amor más grande. Sólo un paso. Un paso de entrega y ofrecimiento. Yo te ofrezco que demos ese paso... juntos, hacia el fuego mayor del amor más grande. Ofrécete a este retiro espiritual como si te fuera en ello la vida. Ofrécete. Entrégate. Date por entero.

Tenía un libro en la mano tomado con fuerza. Su sotana negra, así, de pie, lo convertía en una sombra, en un cuerpo sin partes, sin fragmentos. Todo Él por entero. Parecía alzado sobre las puntas de sus pies.

Le dije:

—Quiero irme.

—Todavía... no he terminado.

—Quiero irme.

—¡Espera!

Me puse de espaldas. Y con los ojos cerrados me detuve. Me ofrecí. Estaba ofreciéndome. Entregándome. Así estuve quieta, esperándole.

Sentía su ansiedad a mi espalda.

Y al poco, me fui.

Carmen dijo aquella misma mañana:

—Quiero ir con vosotros.

Mi padre la miró y estuvo perdido en el aire unos momentos:

—Bueno, ven.

Y luego:

—¿Y el niño?

—Se lo dejo a Cloti.

—Bueno, sí, arréglate.

La oí cantar y fui a su cuarto. Me senté en aquella cama inmensa, la colcha de croché, blanca y áspera.

Me sonrió:

—¡Qué bien! ¡Qué bien!

Se ponía las medias, parsimoniosa, sentada, frente a su coqueta. Ya se había puesto una faja de ballenetas que le llegaba a la amplitud de sus muslos y le alzaba sus pechos. Se puso una braga negra, no sé, de tisú, como de seda, muy ajustada y de poco cuerpo, que le apretaba sus formas y las señalaba muy a las claras.

Yo le miraba los muslos, su entrepierna cuando se ajustaba las medias, muy arriba. No podía imaginarme a mi padre acariciando aquellas carnes, apasionado por esas plenitudes.

Ella seguía cantando y, de pronto, me miró. Fijo a los ojos. Y me pareció que adivinaba mis pensamientos. Yo esperé sus palabras.

Dijo:

—Es mejor no pensar en algunas cosas.

Yo le contesté enseguida:

—Es imposible no pensar.

—Yo no te he dicho que no pienses. Te he dicho que es mejor no pensar en ciertas cosas. Sólo eso.

De pronto se enterneció.

Me alargó sus manos y yo las tomé. Y me hizo incorporarme. Me acercó a su cuerpo y me abrazó. Y junto a mi oído, palabra a palabra, me dijo:

—Mi niña ya es una mujer.

Lo hice como quien mete la mano en el barro, en una charca de cieno y allí insiste una y otra vez y se llena de asco hasta los codos. Como aquella que abre la boca y traga el aire que hiede a podrido y abandono y lo hace con determinación, como si le fuera la vida en ello. Igual que la que ahínca la uña en la herida llena de pus y ronronea allí, dolor y repugnancia en una mezcla apasionada.

Aquel soldado estaba frente a mí, al final del vagón, quemado por el sol, el cabello rapado, las manos tomando con fuerza su gorrillo (la borla roja a un lado y otro), las piernas abiertas, las botas lustrosas, el brillo del cierre del cinturón sobre su vientre, ajustado, casi echado en su asiento, su trasero al filo, los ojos entrecerrados mirando fijamente mis piernas, hurgando para ver mis muslos, la luz blanca de algodón de mi entrepierna, deseoso de la sorpresa, de un descuido, de un abandono, también de la fortuna del movimiento impreciso, iluminador.

Pasábamos al filo de la costa. Mi padre miraba a la mar, con un gesto de desamparo y desgana que le nublaba la cara. Carmen parecía ausente, un bolso negro de cerrajes dorados apoyado en su vientre, las piernas unidas con determinación, los ojos fijos en un punto del vacío.

Y yo miré a aquel soldado, resbalé despacio mis nalgas hacia el filo del asiento y abrí mis piernas poco a poco.

En ese momento, no le invitaba sólo a llenarse de su deseo, a que descubriera y visitara mi intimidad, en una oferta imprevista; le quise ofrecer sobre todo algo nuevo que había decidido mi corazón, una fineza distinta de mi alma, un hallazgo de mi vida: la determinación de hacer de mí una voluntad sin mediaciones, una fuerza sin mesuras, una audacia sin lindes, una patria sin himnos ni banderas, un arrojo, secreto, sí, pero tan vivo y resuelto como la fiereza de una víbora que se siente acorralada.

El edificio estaba rodeado de pitas y pencas por un lado, y por cañas de azúcar por el otro, metido en el talud de una loma, cerca de las vías del tren, frente a la mar, a menos de 200 metros del rebalaje.

Antes de que llamáramos, la puerta se abrió, y apareció una mujer de grandes gafas, extremadamente delgada, con falda muy ancha, y zapatones negros sin tacón. Una gran cruz le bamboleaba por la sequedad de su pecho.

—Los he visto venir y me he dicho: la primera chica. ¿Por qué ella viene al retiro, no?

Miraba a Carmen, pero le contestó mi padre.

—Sí.

—¿Y quieren ustedes ver la casa?

—Sí.

Nos enseñó el comedor, una capilla pequeña y acogedora, una cocina y dos habitaciones.

—¿Para las chicas?

—No. Son las habitaciones de los dos sacerdotes que dirigen los ejercicios. Ellas están arriba, cada una, su cuarto. Hay diez, arriba, por estas escaleras.

La habitación que nos enseñó, luminosa y amplia, tenía la elegancia de lo simple y la pulcritud de lo poco. Una cama arrinconada, un armarito mínimo, un espejillo sobre un lavabo, una pequeña mesa con una silla de anea. Sobre la cama, un crucifijo. Sobre la mesa, una Virgen dolorosa.

Me acerqué a la ventana. Daba al mar.

—¿Cuál es la mía...?

—¿Quieres ésta?

Miré a mi padre. Miró a mis pies.

Yo dije:

—Sí.

—¡Muy bien, pues ésta para ti!

Mi padre salió al pasillo y esperó para preguntarle tímidamente.

—¿Y usted también estará aquí?

—Sí. Nosotras somos dos. Venimos del convento, hacemos la comida, nos ocupamos de los dos sacerdotes, y a la tarde volvemos a nuestro convento.

Intentaba mostrarnos la vitalidad y la alegría que tienen las jóvenes felices y resueltas, seguras de sí. Pero ese tiempo ya había pasado sobre ella arañándole sus fuerzas.

Llegamos a la puerta. Ella, sonrojada, se despidió sin rozarnos siquiera.

Yo me quedé en el umbral. Mi padre y Carmen ya estaban fuera, contra la luz temblorosa del mar. Y él se acercó a mí, sin mirarme, y

me dijo por lo bajo:

—A ver. A ver si todo esto te sirve de algo.

Yo le dije, mirando a Carmen:

—Adiós.

Y luego:

—Adiós, Carmen.

Y ella, enternecida, se despidió.

—Adiós, hija mía.

Pero no se atrevió a besarme.

En mitad de la noche me desveló el ruido incesante de la mar y el viento que golpeaba el postigo suelto de una ventana. Mantuve los ojos cerrados y me vi espoleando por los montes bañados por el sol una recua de caballos salvajes. Mi vestido blanco se abría a la luz y yo, descalza, pisaba radiante, casi sin tocar la tierra, el valle y las cañadas del río. El trotar de los animales era avasallador pero cuando conseguían alejarse de mí, un ímpetu interior, una fuerza extraordinaria, me alzaban en el aire y me llevaba a ellos, a la vera, de nuevo, de su trote salvaje y abrumador. Nada más hermoso que atravesar todos juntos el vado del río prodigando juventud y fuerza, plenitud y belleza, las espumas iluminadas por el sol. Y fuimos subiendo, ascendiendo, montes arriba, hacia la montaña crespa y brumosa, hacia la cumbre tormentosa y oscura, y ya sin fuerzas, vencida, agotada, veo las crenchas de los caballos alzadas por el viento allá lejos, entre las nieblas, ya no puedo más, me rindo, me quedo anhelante clavada en la tierra y los veo ir, continuar ardorosos, allí el primero de ellos perdiéndose ya en la tormenta, la niña, esa niña agarrada a la crin verde y amarilla, ella, pálida, mientras aquel animal salvaje y hermoso, ya en el filo de lo más alto,

se vuelve a mí y se alza sobre sus patas traseras, y la niña levanta sus brazos y abre la palma de sus manos manchadas de sangre.

Cuando me desperté ya había amanecido.

Me pareció oír un roce fugaz en la puerta. Un rastro de pasos en el aire alejándose, casi temblorosos, y de nuevo el presagio de un cuerpo pegado a la madera.

Me asomé a la ventana y lo vi, andando por la arena, un albornoz blanco, unas alpargatas negras de cáñamo, y un gorro de baño de goma, también negro, en la mano. Parece buscar, de un lado a otro de la playa, un sitio en donde acomodarse.

Ha amanecido un cielo nuboso, el sol gris lo motea todo y lo convierte en húmedo y sombrío. La bruma del rebalaje se va despejando lentamente y se alza sobre el rompeolas desmadejándose. Allá lejos, en la linde del mar, abiertas ya las nubes, el azul brillante.

Él se acerca a una barca varada, se quita el albornoz, lo extiende sobre la arena y se echa lentamente, la nuca contra la arena, los brazos en cruz, las piernas alargadas, un poco abiertas. En su mano derecha todavía el gorro de goma negro bien apretado.

De pronto se abre el cielo, se despejan las nubes con una ligera brisa que viene del mar, se disipa cualquier temblor de la luz y todo toma su dimensión exacta y viva, llena de color.

Y Él se levanta despacio, se acerca a la orilla, se mete en la mar hasta su vientre, se ajusta el gorro y majestuoso se echa a las aguas.

Lo veo bracear fuerte. Se va alejando hasta convertirse en un punto en medio de la inmensidad. Lo veo quieto allí.

Imagino su cuerpo bajo la mar, moviéndose para mantenerse erguido, a flote. Así lo imagino. Y luego cierro los ojos y lo veo

inmóvil, ya cerca de mí, bajo aquel azul los dos.

Abandoné la cama. Era noche cerrada. Un viento fuerte movía los postigos. Miré el cielo limpio de nubes, la luna clara tumbada sobre las aguas en medio de un negro azul que lo invadía todo.

Me puse la bata encima del camisón y eché a andar por el pasillo adelante, de puntillas, hacia la escalera. La bajé, recibiendo a cada paso el frío del mármol blanco, la mano en el calor de la madera.

La puerta de la capilla estaba entreabierta. Entré. En el altar, un velón, única luz que allí había, daba a todo, al artesonado de madera, a las modestas vidrieras, a los brazos abiertos de la única imagen, a aquellos bancos alineados hasta el fondo oscuro, un tono irreal, entre el sueño, la desgana, el desvío y la quietud.

En aquel recinto, recóndito y cerrado, me gustó imaginar la inmensidad sosegada del mar, el cielo pausado por las estrellas, el cerco de luz donde la luna crecía. La contemplación de lo pequeño, y el sueño de lo infinito. Lo que nos pertenece y lo que nos excede. Lo poco de lo que somos dueños, lo mucho que nos deja en la orfandad.

Sentí un ruido a mi espalda. Y oí su voz mientras una sombra oscura se acercaba a mí, a la luz temblorosa del velón que me iluminaba.

—Soy yo.

Se quedó a dos o tres metros de distancia. Las palmas de las manos juntas a la altura de su pecho.

—Soy yo.

Sus ojos brillaban en aquella neblina.

Dio un paso adelante.

—Déjame que me siente detrás de ti. Aquí. Déjame. Y sigue, sigue rezando que quiero verte... aquí, de cerca, a tu lado.

—No estaba rezando. Pensaba. Estaba pensando.

—¿En qué?

Lo sentía tras de mí. Su inquietud.

Volvió a preguntar:

—¿En qué piensas?

—En todo.

—Pensarás en el amor. Eres muy joven. Es natural.

—Sí, algunas veces pienso en el amor.

—¿Ahora también?

—También.

Se puso de rodillas.

—¿Ahora mismo también?

Oía su voz, en un susurro, al lado de mi oído. Sentí el roce de su cara contra mis cabellos. No moví la cabeza.

—También.

—El amor es la más sublime forma de entregarse, de darse, de ser generosa. Donarse con pasión al mundo: ¿qué generosidad mayor?...

—No quiero darme al mundo...

—Tú... Tú...

Sentí su mano sobre mi hombro. Sus labios en el cuello. Y me levanté. No volví la cabeza. Sentí dentro de mi corazón un huracán de fuego. No miedo, fuerza.

Su mano estaba en mi cintura. Bajó a la cadera. Yo di un paso hacia la puerta. Y despacio otro. Y le oí decir con ansiedad.

—Son las dos. Mañana... mañana, aquí.

Cuando subía la escalera, allí, a mi derecha, por aquella ventana, la luna limpia, llena de majestad.

Es la hora. Me peiné. Un roce de colonia en el cuello. La bata sobre el camisón blanco, recién planchado. Bajé sin hacer ruido. Entré en la capilla. Al fondo vi su sombra dentro de la oscuridad, en el último banco. Y fui hacia Él sin titubeo. Me puse de pie a su lado. Se levantó.

—Dame. Dame.

Era una voz serena. Mi corazón nadaba en mi sangre. Me llevó al último rincón de la nave. Y allí me repetía, sin moverse, sin tocarme todavía:

—Dame. Dame.

El lazo de la bata. La claridad momentánea del camisón, después alzado, arriba, en lo alto de mis brazos.

Y le dije:

—Ten.

XIV

Jardín y Coro

Su olor, que se mantenía levemente en el aire, era una mezcla suave de vino dulce de la eucaristía y la loción de menta de su afeitado. Estaba, tras la rejilla del confesionario, tan cerca de mí (sus cabellos casi rozaban los míos) que el susurro de su voz no quitaba claridad a sus palabras. El sonido me llegaba nítido.

Me había dicho:

—Ahora más, más todavía, tienes que ir a la iglesia. Y tenemos que hablar más. Y vernos...

A la puerta misma de la Casa Diocesana, ya con mi cuerpo al sol y él en la sombra del vestíbulo, nervioso y pálido, la bolsa con mi ropa pegada a mis piernas, no hacía más que repetir:

—¿Lo prometes? Prométemelo antes de marcharte. Tenemos que hablar. Y vernos, tenemos que vernos, porque necesitamos hablar.

Yo le dije:

—Sí.

Pero no quería decirle: «lo prometo». Él estaba asustado, difuso, y se sentía indefenso, aterido. Yo, por el contrario, me sentía libre, jubilosa, iluminada. Cuando Él se cubría, yo era capaz de desnudarme. Si Él necesitaba abrigo y recogimiento, yo podía salir a la brisa y al Sol, sola, y sentirme atendida, crecida y suficiente. No

aceptaría renuncias. No consentiría abandonos impuestos. Que me mirara el que quisiera verme.

Una realidad más amplia, más intensa, se entremezclaba con mi vida. Mi mundo era más mundo. Mis recursos eran pocos, sí, pero yo daría esa batalla. Aceptaba el reto. Mi puñal sería mi determinación. Mi espada, mi voluntad y mis osadías. Mi lanza, las insolencias, y la daga, mi atrevimiento.

¿Y mi escudo? Serían mis silencios, la quietud, la pausa, los sigilos. No sentía ninguna escasez, ninguna pobreza.

¿Pobres armas? Sí. Para esta batalla incesante y desigual, todavía eran frágiles y pocas. Pero este ímpetu que siento en mí, que nació estos días, y va creciendo por instantes, nunca saldrá de mi sangre. Regará mi vientre, llegará a mis pechos, y dará fuerzas a mi corazón y a mis manos, los motores incesantes de nuestra alma.

Ah, no. Todavía no. Todo ha de quedar dentro de mí. Si hablara, perdería. Que mi libertad quede en mis adentros.

Silencio. Si no puedo callar, seguiré diciendo: «Sí... No sé... No comprendo... No sé qué decir... Lo ignoro... Puede ser...». Y al otro lado de la boca, estaré guardando mi tesoro. Mis palabras no dichas, las palabras sin sonidos. Las cuidaré, como nadie cuida a nadie ni a nada, las sopesaré, las limaré, miraré sus roces y estudiaré sus lindes, sus profundidades y sus bellezas, y serán mi baluarte, mi señorío, para cuando mis palabras puedan ser verdaderamente mi victoria.

Lo peor no es callar. Lo peor es concederse. Es entregarse.

Quería mirarme pero decidió mantener ese roce de su cabello con el mío, la rejilla por medio.

—El amor del matrimonio es obsceno. Es pequeño, obcecado, de límites estrechos, repetitivo, desapasionado, pobre, cercenador, sin

riesgo y sin bellezas. El amor es pasión, es desborde, vehemencia, entusiasmo. Es la luz que se enciende ardorosa y con ardor se mantiene, y en su misma pasión perdura y crece generoso, sin indecisión ni incertidumbre. Es el amor que nos mostró el Hijo del Hombre, el que nos otorgó y del que nos dio ejemplo. Es un amor sin territorio, que llena el mundo, que ocupa el universo, que colma lo vivo, más fuerte que la muerte. Nada que ver con el amor del hombre, ese que llaman eterno, inagotable, inmortal los poetas mirando a la luna y poniendo los ojos en blanco, falsos de toda falsedad. Hablan de lo que saben perecedero con palabras y giros, fórmulas y versos, que no quieren desaparecer, ni ser pasto del tiempo y del vaivén continuo, arbitrario y gratuito, imprevisible en todo, de los gustos terrenales. Ahondan en lo terreno pero parecen querer la gloria, hurgan en lo breve y fugaz pero quieren el laurel que no se marchita, que no tiene término, final. Engañan a las adolescentes inadvertidas, perturban los corazones débiles, quebrantan los ánimos, tergiversan lo deseable, animan a lo mundano y terrenal y no a lo que está por encima del mundo y es su paraíso, el intangible, el verdadero don de la verdadera vida.

Apartó la cabeza de la celosía y buscó mis ojos. Yo miré a mis manos entrelazadas sobre el pecho y no dije nada.

—¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Me sigues, me comprendes?

—Sí.

—Mírame.

Enseguida alcé los ojos y lo miré. Y al instante volví a bajarlos.

—Sí entiendo. Sí comprendo.

—No. No es verdad que estemos abandonados en tierras enemigas, en terrenos escabrosos y hostiles, rodeados de

acechanzas y peligros... Abandonados, no. No es verdad. Se nos dio la guía, el camino, la salida, la estela a seguir para salvarnos... Se nos ofrecieron asistencias, consejos, medicinas, cuidados, manos amorosas que nos acogieran, que nos condujeran. Se nos otorgó la redención... El que murió nos dio la vida...

De pronto se calló. Se apartó de la celosía. Respiraba hondo, los ojos en el vacío. Dentro de sí parecía buscar una fuerza que de repente había perdido, se había hecho humo. Me habló sin mirarme, muy despacio, la cabeza echada atrás, contra la madera del confesionario.

—¿Tienes dudas?

—No.

—¿Estás angustiada?

—No.

—Dime la verdad. Estás en confesión.

—Digo la verdad.

—¿No tienes nada que decirme?

—No.

Cerró los ojos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿No eran diecinueve?

—Bueno, voy a cumplir veinte.

—¿Y te sientes mujer? Quiero decir: ¿sabes que ya no eres una niña, una adolescente?

—Sí.

—¿Que eres ya una mujer?

—Me siento mujer desde hace mucho tiempo.

Abrió los ojos. Giró su cuerpo y puso su cara frente a la mía. Acercó la boca a la celosía. Estaba lleno de fuerza, un ímpetu nuevo

lo colmaba.

—Mírame. No dejes de mirarme. Ahora, mientras te hable, mírame.

—Sí.

Habló apasionado, de seguido, con un impulso que no le conocía, en un murmullo incesante.

—¡No hay pasión prohibida teniendo la gracia santificante en el corazón! La gracia interior, la mano de Dios en nuestra alma otorgándonos su amor nos limpia de todo, nos salva de todo, nos exime de todo. ¿Cómo ofenderle si estamos llenos de Él? Cuando Él nos colma, nos llena, nos ocupa, sigámoslo, no dudemos, no lo frenemos, no lo detengamos. Y yo, yo soy el camino que te lleva a Él. ¡Entrégate toda, entonces! ¡Sé valiente, decidida! ¡Él te guía, Él te conduce! Yo soy... ¡Nosotros nos amamos con pureza! ¡Nuestras almas están dejadas por entero en manos de la gracia! ¡Ése es nuestro secreto! Esta entrega de los dos, este querer darnos por entero: ¡debe ser nuestro secreto!

—Sí.

—¡Espera! No te vayas todavía.

Me volví a arrodillar.

—No te confieses con otro... ¡Sólo conmigo!

—Sí.

—¿Estás en paz? ¿Te vas tranquila?

—Sí.

Entré sigilosa, tímida, en aquella casamata pintada de blanco con un mínimo jardín delantero de parterres y pequeños frutales, y María Auxiliadora de nombre.

Entré furtiva, con el corazón palpitante, entregada a un temblor de fiebre, entre decidida y temerosa.

La puerta entreabierta.

Él estaba en la sala, sentado en una butaca pegada a la ventana, en un rincón, junto a una cómoda antigua de tonos negros, con encajes y fotografías en marcos de plata. Parecía un hombre aterido por el frío, demacrado por el cansancio y el sueño, serio, pero ansioso de amor. Repetía esa actitud de abandono y desgana, de aflicción. Tendría que ser yo la que hiciera, la que actuara. Otra vez la dueña.

Me llegó nítido su olor a menta cuando me acerqué a una de las habitaciones, la puerta entornada, y le señalé una cama inmensa que ocupaba el cuarto casi por entero:

—Ven.

—¡No! Ahí no. ¡No podría!

Me hablaba sin mirarme. Seguía hosco, sentado en aquella butaca, las piernas juntas por las rodillas, las manos sobre los muslos, indeciso, sobrecogido, arrepentido ya de lo que iba a hacer.

—¿Por qué no?

—No podría. Es la cama de mi madre.

—¿Y la otra habitación es la tuya?

Le señalaba la otra puerta. Nunca estuve más serena.

—Sí. Pero tampoco podría. No podría después dormir en paz.

Me acerqué a Él.

—Dame una mano. ¿Entonces dónde?

—No sé.

—¿Aquí, en esta sala? ¿En el sofá?

Miró a la ventana.

—Demasiada luz.

—No tiene postigos. Sólo tiene visillos. No se puede oscurecer...

—No podría con la luz.

Me puso sus manos en las caderas y me acercó a su cuerpo.

Y yo le dije:

—Cierra. Cierra los ojos. Ciérralos.

Se levantó. Sin sotana se veía de verdad, en carne viva, su abandono y su soledad.

Esperó a la cena para decirnos, solemne, que este año, al venir a la Semana Santa doña Carmen y Carmencita, y por gracia especial del Caudillo, no se liberaría, por el Cristo Jesús el Rico, un preso sino dieciséis. Mi padre estaría presente junto a las autoridades y nosotras dos debíamos ir, sin falta, al menos a la cárcel de mujeres, junto al río, de la que se liberarían diez reclusas.

Me dijo Carmen:

—Qué bien, ¿verdad, hija?

—Sí.

Fue exactamente el 7 de abril de 1947. Ya había anochecido cuando llegamos los tres (venía con nosotras Jorge, y padre había salido antes, poco después de la comida) a los alrededores de la cárcel. Es un edificio no muy grande, de dos pisos, que ocupa el centro de una línea de casas desiguales hiladas frente al murallón de media altura que delimita el río. Su cauce, sin una gota de agua, servía, a pocos metros de allí, de parada y asiento a carros de carga, mientras mulos y borricos menudeaban las yerbas. Al lado, algunas familias, arrinconadas contra el tapiaje, acampaban junto a un fuego, los niños todavía correteando alrededor, mantas, canastos y lías de ropa por el suelo.

Frente al portón inmenso de la cárcel, abierto a un patio empedrado que permanecía casi a oscuras, ya se agolpaban muchas personas. Al Cristo, que soportaba una cruz remachada en plata y llevaba una túnica de color morado oscuro, lo iluminaba un sin fin de velones agolpados a sus pies. Una banda de tambores y trompetas, unos cuantos nazarenos con sus capirotes y un grupo de autoridades uniformadas o vestidas de negro ocupaban el espacio, no demasiado ancho, entre la cárcel y el comienzo del río. A un lado y otro del trono, se hacinaban cientos de personas. Muchas de ellas mujeres y niños.

Yo me subí al murete y desde allí busqué a mi padre. Lo vi junto a un militar, mirando al suelo, una guía de plata en la mano.

Sobre el portón, unas letras recién pintadas, «Prisión de mujeres». Encima de ellas, un balcón voladizo con una bandera nacional que lo cubría por completo, donde se agrupaban muchas personas, igual que en las ventanas que se extendían a uno y otro lado de ese primer piso. En la planta baja, en sus ventanales grandes, de gruesas rejas, no había nadie.

De la oscuridad del patio surgieron diez mujeres vestidas con túnicas moradas. Unas capuchas, sin capirotes, les velaban sus caras. Las agruparon contra la pared, frente al Cristo. Las trompetas y tambores atronaron la noche y el Cristo empezó a mover, muy lentamente, su mano. La apartó de la madera, la alzó en el vacío y la movió hasta dibujar en el aire la señal de otra cruz.

Muchos se pusieron de rodillas. Cuando la mano del Cristo se aposentó de nuevo en su lugar, la gente empezó a levantarse, otros a aplaudir y algunos a rezar, y entonces pude verlo. Él estaba, con un roquete blanco sobre sus hombros, de aquí para allá, saludando, sonriente, ofreciendo su mano para que se la besaran, y al poco,

quieto, como suspendido en el aire, silencioso, recogido sobre sí, ausente. Siempre hermoso.

En algún momento, se cruzó con mi padre, un brillo de la guía de plata en su mano.

Oí a Carmen que decía:

—¡Pobres mujeres!

—¿Por qué pobres, si salen de la cárcel?

Y ella me contestó:

—Pensaba en las que se quedan.

Calló unos momentos y, de pronto se volvió, con lágrimas en los ojos:

—¡Incluso las que salen! La libertad de no estar en la cárcel no es todo.

Yo me quedé en silencio, mirando aquel edificio, aquellos enrejados. Y luego me volví hacia el río, seco y sucio, devorado por la oscuridad.

No se había subido al púlpito. Dirigía el rezo del rosario desde el último escalón de la escalera amplia y circular por la que se accedía al altar mayor. Detrás de Él, el Santísimo que iluminaba una luz mínima y temblorosa.

Llegaba hasta mí, que estaba sentada en el último banco de la nave central, ese olor pastoso a humedad brumosa que tienen las iglesias y sus sacristías, mezclado con el acre de los altares, el untoso y dulzón de los inciensos, y el apacible de los velones.

Cuando empezó a recitar las letanías, me levanté. Y fui muy poco a poco retrocediendo hacia la subida al coro que estaba a mi espalda. Me arrinconaba lentamente hacia la derecha, dando la espalda a la escalera, y con mucho cuidado, con los ojos puestos en el altar mayor, comencé a ascender, tanteando con cuidado, escalón

a escalón. Cuando se oyó el último *Ora pro nobis* ya estaba yo, escondida tras la balaustrada, en cuclillas.

Era lo convenido. Una vez que la gente se marchara y se hubieran cerrado los portones de la iglesia yo debía entrar en el inmenso armario de madera negra que había contra la pared de cierre del coro. Allí, debía esperar, sin hacer un ruido, hasta que Él llegara.

Yo llevaba guardado en mi cinturón, muy doblado, un pañuelo que extendí en el suelo del armario y allí me senté. Con la puerta entreabierta se aligeraba el olor a resina reseca y agria, y a barniz requemado que casi me asfixiaba.

Oí sus pasos. La madera vieja y quebradiza de cada escalón.

Se puso delante de mí, ansioso.

Yo le pregunté:

—¿Estamos solos?

—Sí.

Abrió la puerta del todo y se metió allí, a mi lado. Yo me levanté. No nos tocábamos. Una luz muy tenue venía de fuera, a través de un ventanón. Él quería cerrar, necesitaba la oscuridad absoluta. Oscuridad y resina.

Me acerqué a Él y le dije al oído:

—Vámonos fuera.

—¡No, no, aquí! Aquí es donde estamos solos. ¡Fuera de aquí, no!

—Donde tú me digas, donde tú quieras, pero entre estas maderas negras, no.

—Sí. Sí. Aquí, solos.

Cerró la puerta por completo.

Notando su aliento en la cara, su cuerpo sobre el mío, sus manos en mis muslos, oí su voz como venida de muy lejos.

—Dime, dime ten, otra vez.

Yo quería saber qué pasaba en mi cuerpo cuando amaba. No quería hablar.

Él repitió:

—Dime, dime de nuevo, ten. Ofrécete con tu boca. ¡Ofrécete! Dame.

Le dije:

—Ven aquí. Calla, y dame tú. Calla, ¡y aléjate del mundo! ¡Dame tú!

XV

Desnudos en la tierra

Nos faltaba el aire. Me besaba, me mordía. Entre el olor a resina notaba el acre de su sudor. Yo jadeaba. Él murmuraba no sé qué palabras. Me gustaba sentir su cabello mojado contra mi pecho.

Le dije:

—¿Y la ternura?

—La gracia no es ternura, es pasión.

—Yo necesito paz y ternura.

—Yo sólo siento la pasión de la gracia que colma mi corazón.

—Yo hablo de ternura. ¿No quieres o no puedes dármela?

Y Él me contestó:

—No sé, Dios mío, ¡no sé!

Yo estaba todavía junto al armario. Y Él estaba casi pegado al ventanal que daba luz al coro. Los dos todavía desnudos, comenzábamos a ponernos nuestras ropas, de espaldas uno del otro. Y lo oímos perfectamente. El crujido del primer escalón y de inmediato el del segundo. Nos quedamos paralizados. Él se puso los pantalones con el cuerpo trastabillado, con un balbuceo en la boca temblorosa, y se quedó inmóvil en la mitad del coro, el torso desnudo, y descalzo.

Yo volví dentro, a aquel olor a resina y ahogo de sudor estanco. Podía verlo por la rendija de la puerta.

De pronto, hundió la barbilla contra su pecho, se arrodilló y puso sus brazos en cruz.

—Padre... Padre... Perdón, ¡perdón!

Llegó hasta Él el resplandor tembloroso de una vela. Oí una voz joven:

—Lo ve, Padre. Lo que le decía...

Y enseguida una voz vieja llena de autoridad, seca y chillona.

—Vístase. Vístase inmediatamente. Y venga. Venga con nosotros.

Él, todavía de rodillas, balbuceaba:

—Perdón, Padre... ¡Perdón!

—Y la señorita que espere aquí, en la iglesia. Alguien vendrá a buscarla.

Lo vi un momento más. Incorporarse. Me miró un instante. Nunca olvidaré esos ojos.

—Perdón, perdón...

Y dio su primer paso. Y ya nunca más lo vi.

Bajé aquella escalera y me metí en la penumbra espesa y fría de la nave solitaria. Allá, al fondo, me guiaba la pequeña luz que acompaña al Santísimo. Topé con el último banco. Busqué, a tientas, el pasillo que llevaba derecho hasta el Altar Mayor.

Me fui acercando a aquella mariposilla que alumbraba indecisa sobre el aceite, alzada por una cadena dorada por encima del Santísimo. A pocos metros de ella y rodeada por la oscuridad, el frío y mi ansiedad, me senté en el filo del primer banco. Y esperé, los muslos juntos, la cabeza erguida. Intenté no llorar. Y al momento, lloré. Y me sentí extraña, vencida.

Llevaba el velo prendido entre las manos. Lo extendí delante de mi cara y lo ascendí despacio hasta cubrirme la cabeza con él. Y al poco, con la mano temblorosa lo eché hacia abajo hasta taparme los ojos, hasta que me tapó los labios. Por la trama del tul, todavía, aquella lucecilla indecisa.

Pensé: puede darte descanso y compañía aquello mismo que te traiciona y denuncia. Puede darte pan la misma mano que te niega el agua. Ofrecerte un dulce aquel que te agria la boca. Aquello que te crece te puede hacer pequeña y frágil. La alegría se enhebra con la desgracia.

Sentada en aquel banco, oí cómo abrían el portón, el roce de la madera contra el enlosado y el tintineo de unas llaves. Ahora, el rastreo de unos pies inseguros. Se encendieron las luces de la sacristía, allí, a la derecha, al fondo, y enseguida las del altar mayor. La oscuridad quedó entre los últimos bancos y arriba, en el aire frío del coro.

Yo me quité el velo, abroché hasta el último botón de mi rebeca, alisé la falda sobre los muslos y compuse mi cuerpo, derecha la espalda contra el respaldar del banco.

Miraba aquel fulgor difuso que me llegaba desde la sacristía. Respiré hondo para acompasar mi corazón.

Enseguida lo vi. Salió de la sacristía con unos papeles en la mano. Primero, indeciso, después cuando me vio, vino derecho a mí, a pasos cortos, casi de puntillas. Era muy joven, escaso pelo rubio, muy delgado, unas gafas redondas de filo negro, y unos ojos azules.

Cuando intentó leer los papeles, la voz no le salía del cuerpo y le temblaba la mano. Estaba frente a mí, casi rozando el primer

escalón de la escalera que llevaba al altar mayor, la sotana ancha y grande rozaba el suelo.

Puso aquellos papeles sobre el pecho y abandonó su lectura.

—Señorita...

—Sí.

—Vengo a rogarle que no vuelva a esta parroquia. Hay otras que...

—No volveré a pisar esta iglesia.

—Y que no intente entrar... ponerse en contacto...

—No lo intentaré.

Decidí levantarme. Él puso los ojos en el suelo. Todavía aquellos papeles contra su pecho.

—Por último decirle que está en pecado muy grave y que debería...

—Eso es asunto mío. ¿Algo más?

Me contestó dudoso:

—No...

—Me voy, entonces...

—Señorita. Yo no salgo con usted. Usted sale y... luego, ya saldré yo.

Me volví, por unos instantes, a la oscuridad que se agolpaba sobre los bancos y de la que emergía, allá arriba, el volumen sombrío del coro. Y luego, eché a andar hacia el portón. Cuando pasé a su lado, le dije, buscándole los ojos:

—Adiós.

Y oí, ya lejos:

—Adiós.

Pasé por la sacristía. Sobre una inmensa cómoda, también negra, como aquel armario del amor y la asfixia, había un espejo que

ocupaba todo el testero de la pared con marco dorado ya turbio de abandonos y humedades. Allí me miré.

Me detuve en el centro de la sala, junté mis muslos, recompuse bien mi falda, ordené mis cabellos, ajusté a mi pecho la rebeca, y me miré. Mejor diría, me busqué.

¿Qué sé yo de mí? ¿Esa cara de incertidumbre, esos ojos ateridos, esos labios gustosos, ese mentón alzado, esas caderas rotundas, ese cuello, esos pechos ahítos, esa altivez tímida, todo ello soy yo en verdad?

¿Esa que se acerca más a sí misma, que se mira a los ojos, que desabrocha su rebeca, que sonríe y se mira los labios, los toca, los toca otra vez, se vuelve de espaldas, mira el descenso de sus caderas hacia sus nalgas, soy yo, ahora afligida, ahora indecisa, más tarde entera y viva, después animosa, ahora llena de orgullo, arriba, arriba esa cara, que brillen esos ojos, soy yo, realmente yo?

Doblé aquel velo muy lentamente. Y lo dejé allí, sobre la cómoda, como la que da una limosna, o un consejo, o comprende una tristeza. Como la que entrega algo de sí, de su propio corazón, en la piedra que arroja al río.

Oí la voz que venía de lejos:

—¿Se marcha ya? Tengo que cerrar...

Dije:

—Espere. No se mueva. Ya me voy.

Entré en aquel pasillo estrecho hasta dar con el portón. La manija grande, de hierro frío. Tiré de ella. Atravesé el pequeño zaguán y puse el pie en el escalón que daba a la calle. Tenía frío y miedo.

Había diez o doce personas apoyadas en la pared de enfrente. Cuando me vieron, se pusieron derechas, las espaldas erguidas contra la cal, y algunas, la mayoría mujeres, se tomaron por los brazos entre sí, mirándome, todavía en silencio.

Eché a andar hacia mi casa.

—Ésa es.

—Ésa es.

Di unos pasos más, despacio, el cuerpo derecho.

—Ésa es.

Sentí que me seguían, que venían, apiñados, tras de mí.

—¡Guarra!

Oí también:

—¡Puta! ¡Puta!

Miré a los árboles de la plaza, a la luz de la tarde que iba desapareciendo de las calles. Seguí andando despacio. El frío de mi cuerpo debe ser el frío de mi corazón. El temor que siento debe ser el miedo que siente mi cuerpo. No, mi corazón, no. Miedo no. Miedo, nunca. Derecha, erguida, llena de miedo y frío el cuerpo y el corazón.

Me acercaba a la carnicería. El cierre de la puerta no estaba echado del todo. Una luz mortecina salía por el hueco de la puerta y alumbraba la humedad de la acera.

Al llegar, me detuve. Detrás de mí, ya, nadie. Allí quedé, dudosa. Y al poco aquellos golpes secos.

Puse mis pies sobre el rastro de luz. Allí, quieta. Nadie en las calles.

Miré mis manos. Sí. Llenas de sangre.

Estaba echada en mi cama, el balcón abierto sobre la plaza. Un murmullo lejano de gente. De pronto oí unas llaves rastreando en la cerradura de la puerta de la casa. Luego un portazo airado que se acompañaba de unos gritos que no articulaban palabras, que eran

sólo un gemido colérico, un dolor convertido en un lamento. Los pasos de mi padre se dirigieron pasillo arriba hacia el comedor.

—¡Carmen! ¡Carmen!

Al otro lado del tabique la oí decir:

—¡Aquí, aquí! ¡Estoy aquí, con el niño!

Tembló de nuevo el pasillo con las zancadas de mi padre, y cuando pasó junto a la puerta de mi cuarto pude oír su respiración angustiada, llena de cólera.

Al otro lado del tabique, la voz de Carmen:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—La niña. ¡La niña otra vez!

—Habla bajo, por lo que más quieras. Está en su cuarto. Ahí al lado, y te puede oír.

—¡Que me oiga!

—¡Por favor te lo pido! ¡Y el niño, que no te vea así!

No había otra cosa que rencor en la mirada de mi padre. Yo, nada más entrar en el comedor, me senté, acerqué la silla al filo de la mesa y puse sobre ella mis manos para que vieran que no me temblaban. Al otro lado, Carmen y mi padre, los dos muy juntos, pálidos, me esperaban. Mi padre tenía las manos sobre la mesa, unidas fuertemente. Me miraba, buscaba mis ojos. Yo sólo lo miré en el momento de sentarme. Después puse mis ojos en la radio, en aquella mesita que estaba a su espalda.

Únicamente estaba encendida la lámpara de encima de la mesa. Todo el resto de la casa a oscuras. Un frío helador me llegaba del pasillo. Una punzada que había nacido en mi vientre se había instalado en mi pecho, y de allí ascendía a la boca calentando el aire que expulsaba. De inmediato renacía en los bajos de mi vientre y los

abría hasta el estremecimiento antes de subir por mi sangre hasta los pulmones de nuevo.

Empezó a hablar sereno.

—Eres la vergüenza de mi vida.

—Sí.

—Eres mi desgracia, mi ruina, mi...

—Sí.

—Tienes que irte de la ciudad. Salir de esta casa.

No dije nada. Seguí mirando la radio.

—¿No vas a contestar?

—Sí.

Carmen se echó a llorar.

La miré. Sus ojos suplicantes.

Mi padre se levantó para volver a sentarse enseguida.

—¡Estás loca! ¡Loca!

—No.

—¿Qué dices?

—No estoy loca.

—¿Cómo pudiste?... ¿Por qué?... ¡Explícame!

—Si lo explicara te morirías.

—¡Desvergonzada! ¡Cínica!

Entonces me levanté. Lo miré a los ojos y le dije:

—Cobarde. ¡Tú eres un cobarde!

Y me fui hacia la oscuridad del pasillo.

A través del tabique oí decir a Carmen con toda claridad:

—¡A Galicia! Pero...

—Porque no he podido encontrarle un trabajo algo más lejos.

Hubo un silencio, y enseguida Carmen otra vez, la voz llorosa:

—Pero esta niña...

—¿Niña?

—... ¿va a ir sola?

—¿Se va a perder?

—Pero... ¿Sola?

—No creo que se asuste. Si ha hecho lo que ha hecho, ¿asustarse ella?

Oí aquellas palabras con miedo, con mucho miedo, pero, al mismo tiempo, no dejé de sonreírme.

—Tu padre me ha dado este sobre para ti. Llevas dinero y la dirección y el nombre del que tienes que visitar cuando llegues.

—¿Esta es su despedida?

—Sí.

Carmen tenía el filo del delantal cogido por las dos manos, alzado hasta el pecho, cerca de la boca. No quería llorar. Yo, tampoco.

—¿Y el niño?

—Duerme todavía.

—Le das un beso.

—Sí.

Nos abrazamos. Al oído, me dijo:

—Déjame que te dé dinero.

—Sí.

Me dio otro sobre. Sentí frío entre los dedos.

—También, una pulsera de tu madre. De oro...

Y añadió:

—No sé qué decirte.

Yo le dije:

—Adiós.

Y ella se volvió de espaldas, ya la puerta abierta, y me dijo:

—Adiós.

XVI

Verde y bruma

Vivo en la rúa de San Roque. En una casa de piedra, de dos pisos, que da, entera y de frente, a una placita de aire íntimo y frágil. Tengo una habitación en el último piso con una ventana amplia, junto a un cierro magnífico, cristal y blancura, que se alza y se extiende luminoso sobre la rúa y que rozan, cuando la brisa o el viento vienen del norte, los árboles; plátanos longevos pero fértiles, vivos, que se reparten por los alcorques del jardincillo que ocupa casi por entero la plazuela.

Mi habitación es grande. Tengo cama, estrecha y alta, una cómoda de tres cajones amplios y patas altas bien aparejadas, un pequeño armario, y un lavabo con mi zafa, mi jarrete de agua y mi cubo de desagüe. Tengo lo necesario, si añado un espejo en el que sigo buscándome ansias y gustos, flatos y recuerdos, heridas y hermosuras.

Sobre la cómoda, una foto que me ha mandado Carmen, hecha en el parque, ella y mi hermano. Ella, más delgada, sonriente. Mi hermano, mirando arriba, a los altos de una palmera, en la mano algo que quiere mostrarme y que yo no puedo distinguir. Le compré un marco de filete de madera negra, y lo tengo, mirando a la almohada de mi cama, sobre el tapete de tela y encaje que cubre la cómoda.

Me conforta y me acompaña, me da también melancolía y desfallecimientos. Hay veces que no puedo mirarla. Que me es muy difícil mirarla.

A la dueña de la casa, mis pensamientos la nombran doña Negrita, pero se llama, en realidad, doña Herminia. Una mujer anciana, escueta, poco habladora pero de amplios gestos de acogida y atención, y un riguroso cuidado con mi intimidad. Hace ambas cosas, que parecen contradictorias, con la sencillez con la que hacen esas cosas los ancianos refinados y sensibles, que llevan los años con dignidad y sin aparatosidades.

Me alquila la habitación prácticamente a cambio de mi compañía, *doume por pagada sabendo que estás*, y así he podido comprarme, en el poco tiempo que llevo aquí, la ropa que necesitaba y algunas cosas que nunca tuve y siempre deseé tener: un bolso grande de cuero para llevar colgado del hombro, una radio, un relój pequeño de esfera dorada que hace juego con la pulsera de mi madre, y una raqueta de tenis con la que siempre soñé.

Al tenis no sé jugar ni podré aprender nunca, pero la empuñadura, la forma, su entramado siempre me gustaron, tanto como su roce y su contundencia, su elegancia y distinción.

Es el único adorno que tienen las paredes de mi cuarto. La puse frente a mi cama, un poco más alta que mis ojos, en diagonal. Muchas noches, cuando la miro, veo coches y aventuras, bahías extranjeras, salones de mármoles y estucos, hombres bellos que me acompañan elegantes y respetuosos.

Escribo en el saloncito de doña Herminia, en la mesita del rincón, junto al cierro, con una lámpara de nervaduras de colores, redonda y mínima. Ella llega a veces, de su dormitorio, se sienta al otro lado, y sé que me mira con una ternura que siento a veces rastrear por mis

cabellos, templar mi espalda, y acomodarse sobre mis hombros. *Gustame ollarte alumeando ese recuncho*, me dice.

Trabajo junto a una ventana que da a un patio ciego, comido por la humedad. Estoy sentada delante de una mesa enorme, en una silla antigua y muy baja que uso con un cojín doble donde me bamboleo a cada movimiento. Tecleo en la Olivetti desde las ocho de la mañana hasta las tres, legajos, citaciones, toda clase de documentos. Cuando me canso o me embebo en algún pensamiento, el silencio me delata y el secretario, mi jefe más directo, cuatro o cinco mesas más allá, desde la pared que cierra la habitación, me mira enseguida por encima de sus gafas

Siento este trabajo como una prueba más de mi orfandad.

El primer día que visité al amigo de mi padre que me proporcionó el trabajo, hizo una mañana fría y ventosa pero llena de luz. Iba con miedo, inquieta. Pregunté por él, entregué la tarjeta firmada por mi padre y me hicieron sentar en un butacón esquinado, en un pasillo helador.

Tuve que esperar mucho tiempo.

Cuando me llamaron me tiritaba el cuerpo de frío y desconsuelo. Llamaron a la puerta.

—Sí.

La abrieron y me hicieron un gesto para que pasara.

Un hombre mayor, grueso, de piel muy blanca y ojos azules saltones, vestido de negro, miraba unos papeles. No alzó los ojos. Continuó leyendo.

De pronto me miró. Delante de su mesa había dos sillones de madera, amplios, pero no me dijo que me sentara. Yo estaba de pie,

erguida. Los zapatos unidos por sus puntas, las manos agarrando con fuerza el bolso por debajo de mi vientre.

—¿Mañana puede comenzar?

—Sí.

Miró un reló de bolsillo.

—Vaya ahora, dos puertas más arriba, a la derecha, y pregunte por don Damián. ¿Sí?

—Sí.

—Sabe taquigrafía, ¿no?

—Sí.

—¿Y está bien en mecanografía?

—Sí.

Volvió a mirarme. Ahora, con fijeza. Supe que sabía todo y que me despreciaba.

—¿Dónde... pernocta?

No contesté.

—¿Dónde duerme?

—En una pensión.

No dejaba de mirarme.

—¿Hay señoras que alquilan...?

—Sí, pienso alquilar una habitación.

Seguía mirándome. De mis ojos bajó la vista a mis caderas. Enseguida, de nuevo arriba.

—Bien. Muy bien.

Volvió a sus papeles. Y de nuevo a mis ojos.

—Tiene que ir a firmar y esas cosas, a Personal.

Volvió a mirar el reloj. Yo le dije:

—Sí. Ahora voy.

—Bueno... Bien...

Su mirada era una mezcla de deseo y de asco. Un corazón dividido.

Agachó la cabeza y por fin me dijo:

—Bueno. Ya puede marcharse.

Yo me volví. Sabía que me estaba mirando las nalgas. Cerré la puerta con suavidad.

Llega con una cartera vieja, de cuero, trinchada de arañazos y manchones, habla un momento con mi jefe, revuelve unos papeles, se sienta en una silla lejana entre displicente y respetuoso pero con cierta ansiedad, se levanta, se acerca unos metros, hace un comentario a media voz.

Me rodea. Vuelve a mirarme, y al final se acerca, entre tímido y burlón, inseguro y resuelto, jactancioso y temblón.

No me habla todavía. Finge leer unos papeles. Por fin, se sienta a pocos metros de mí.

—¿No tiene frío?

—Un poco.

—Hay que calentarse...

Lo miro de frente. Dejo de teclear.

Me dice en voz baja:

—Estar calentita...

Sigo tecleando. Junto las rodillas bajo la mesa. Me pongo derecha.

No se atreve a más. Al poco tiempo, se marcha.

Pero esta mañana, salgo y lo veo cerca de la puerta, disimulando, un periódico entre las manos. Se ha puesto en la esquina del edificio, por donde sabe que paso forzosamente de vuelta a mi casa.

Le doy la espalda y echo a andar, deprisa, en sentido contrario.

Al poco, oigo una voz detrás de mí.

—Hola...

Yo no me vuelvo.

—¡Hola!... Señorita, soy yo...

Y lo veo ya a mi lado, al filo de la acera, con una sonrisa todavía temblorosa entre los labios. Mueve su cartera arriba y abajo.

Yo no le contesto. Acelero mis pasos.

—¿No me saluda usted?

Todavía sin mirarle, le digo:

—Hola.

—¿A dónde va usted?

No le contesté. Abrí mi bolso hice como si buscara una cosa y lo cerré.

—¿No me quiere hablar?

Lo dijo con un tono insolente, pero echó el cuerpo atrás. Yo aceleré, aunque volví la cara y le dije:

—Le he contestado. Es que llevo prisa.

—Y yo también.

—¿Y usted a dónde va?

—A ningún sitio. La acompaño.

—Yo preferiría ir sola.

Dio un paso adelante. Casi me detuvo, pero todavía sin rozarme siquiera.

—¿Prefiere ir sola?

—Sí.

—¿Le molesto? ¿Le da vergüenza que yo le acompañe? ¿Le da vergüenza?

No le contesté.

Cambié de acera. Un sol radiante la iluminaba. Me seguía nervioso. Me adelantaba. Se quedaba atrás.

—¿Es que se avergüenza de ir conmigo?

Se puso casi delante de mí.

—¡Contéstame!

Calle abajo un jardincillo ocupaba casi por entero una placita.

No me dejaba pasar. Yo no quería mirarlo. Ya sabía lo que iba a decir. Puso una mano delante de mi pecho. Primero, miré su mano: la apartó. Después lo miré a los ojos.

—¿Le da vergüenza? Es que... es que... ¿Qué tenía el cura que no tenga yo?

En voz baja le dije:

—Vamos a aquel jardín.

Lo aparté de mi camino con un gesto y eché a andar. Él me seguía.

Le dije:

—Siéntate ahí.

Le señalé un banco de piedra. Estaba sorprendido. No sabía qué hacer. Puso allí su cartera y se quedó de pie. Después de un momento, se sentó.

Yo me puse a dos pasos. De pie. Frente a él. Y le dije:

—Aquel cura era un hombre. Y a mí me gustan los hombres, no un hombrecillo ruin, un chisgarabís, un pobre abogaducho asqueroso y miserable, como tú.

Me di la vuelta y me fui, el corazón anhelante.

No miro de frente. No me quedo allí, extasiada. No quiero lo inmenso, lo grandioso que me excede y me domina. Busco no la plaza desmedida ante la portada majestuosa porque me aturde, me silencia, me ocupa, me empequeñece hasta desaparecer. Todavía no.

Ahora busco la plazuela pequeña, abarcable, hecha a las medidas de mis fuerzas, que puede meterse en mí, dócil y acallada, compañera silenciosa de mi silencio.

Los primeros días estuve en las plazas de Quintana, de las Platerías, de la Berenguela. Allí me entretuve como una niña subiendo y bajando aquellas escalinatas: me decía: abajo, Quintana de los muertos, arriba la de los vivos, los muertos, los vivos, yo muerta, yo viva, mi pobre madre muerta, mi madre viva, subir y llegar a la vida, bajar y entregarse a la muerte.

Pero enseguida aquellas piedras enormes, aquel convento de silencio y clausura, aquella torre sin final ni campanas, aquella otra entrada gloriosa de bellezas y amplitudes que me rodeaban, asustaban mi corazón, me vencían.

Mi deseo era entonces buscar los soportales (paz y descanso, acogimiento, benevolencia para el corazón) y pasaba por ellos a la busca de cualquier lugar escondido, austero, amistoso y solitario, donde las cosas volvieran a mis medidas.

En ellos, cayendo la tarde, se agolpaba una bruma que me transportaba a mis sueños sin dañarme, suavemente. Si cerraba los ojos, sentía sobre mi cuerpo abierto, tan desnudo y donador como los de los niños, un vientecillo dócil y amparador que apaciguaba la soledad y me ofrecía fantasías y sutilezas.

Me vuelvo de pronto y la miro. La luz de la primera tarde entraba entre los visillos. Apoyo mi brazo en el respaldar de la silla y le digo con la vehemencia de un descubrimiento imprevisto:

—Doña Herminia, aquí la tierra no se ve, no se sabe ni su color ni su entereza. Y sin embargo, la mayor belleza se muestra siempre sobre ella: el verde fresco y siempre nuevo, rutilante, majestuoso y avasallador; los valles húmedos y callados, íntimos; el boscaje de helechos. Todos ellos están a ras de mundo, siempre a nuestros pies. Y en ello radica su belleza. ¿Me entiende mi castellano?

Doña Herminia asintió, despacio, con un ligerísimo movimiento de su cabeza, los ojos enternecidos, las manos trenzadas, la toquilla blanca sobre los hombros, el camafeo rutilante.

—Donde yo nací, la belleza está a la altura de los ojos: las vides, los chaparros, los majanos, la mar, los almendros en flor, los membrillos, la oliva. ¿Me entiende?

—*Si. O hermoso non ten que ser verdade*.

A la caída de aquella tarde, la oí levantarse, salir de la sala y volver, al poco, a su asiento.

Me dijo:

—*Non. Non te volvas*.

Me quedo mirando a la blancura de la pared esperando su voz pequeña y pautada. La oigo decir, casi cantar.

Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista dos mis ollos;
non sei cándo nos veremos.

Miña terra, miña terra,
terra donde me eu criéi,
hortiña que quero tento,
figueiriñas que prantéi,

prados, ríos, arboledas,
pinares que move o vento,
paxariños piadores,

Yo había cerrado los ojos. La placidez de todas las cosas bellas del mundo la sentí de repente, juntas, en mi corazón.

casiña do mío contento,
muíño dos castañares,
noites craras de luar,
campaniñas trimbadores
da igrexiña do lugar,

amoriñas das silveiras
que eu lle daba a meu amor,
camiñinos antre o millo,
¡adiós, para sempre adiós!

Me vuelvo entonces. Tiene el libro todavía ante los ojos, alzados entre sus manos trémulas. Y despacio las baja para mirarme.

—No entiendo lo que dicen esos versos.

Y ella me contesta:

—Mais son hermosos ¿non si?

—Sí.

—A beleza non existe para entendela.

—¿Para sentirla, entonces?

—Tampouco. Existe para algo máis, e ese algo máis e sempre a millor de nousotros. A beleza ten sido siempre a miña compañeira e a miña fortaleza.

La luz se desvanece poco a poco. Una bruma verde que nace del suelo, asciende hasta cubrir mi cuerpo. Y, despacio, me incorporo entre las sábanas blancas.

Sentí nacer dentro de mí una nueva yo que se abría paso aún opaca, frágil, incierta, asustada pero también constante, atrevida, esforzada, terca. No sabía cuándo ni cómo se desvelaría, de qué manera y en qué momento habría de ocuparme, en qué parte de mí se alojaría, pero ¡qué hermoso!, sentir su lucha por formarse y

emerger en un tanteo continuo, a veces, lleno de vehemencias, y otras, de pausas y dudas, de intentos y fracasos.

Las cosas se desdoblaban, cambiaban de color y forma, de consistencia y entidad. Y yo iba a ellas desde la duda y la sorpresa, atrevida y pesarosa. Las que me parecieron inabordables, gigantescas, de pronto se presentaban minúsculas; de inaccesibles se convertían en manuales, y de insignificantes y desapercibidas pasaban a hermosuras al filo de las manos.

El paisaje temblaba a mis pies, los valles se ahondaban o eran alzados por los vientos, las alturas se desprendían y volaban hacia los mares a ras de mis ojos, las piedras no tenían volúmenes sino intensidades verdes, azules, de otros tonos. El mundo podía ser otro, ya era otro. Y mi vida, también.

Debajo de esta ropa donde habito no tengo otra cosa que inquietud.

Cuando pienso en mí, cuando intento ordenar mi vida, cuando me pregunto por ella, no quiero sentirme separada de todo lo que he vivido. No quiero estar vacía, ni apartada de aquello que fue mío. Ni tampoco desnuda, ni intacta, sino dispuesta a apropiarme de mí tal como soy, a admitirme entera, a adjudicarme mi vida sin engañarme.

Yo soy yo porque mi vida ha sido la que ha sido y también soy yo por lo que quiero que sea. No reniego de nada. A nada renuncio.

¿Quién construye su vida sobre su abandono? No tengo miedo a lo que no sé. Dispongo de todas mis fuerzas. Siento que tengo poco pero que todo me pertenece. Si me entrego, muero. Si pido que me perdonen me haría traición. Si desfallezco, seré una sombra, una voluntad sin sitio. Sólo quiero continuar. ¿Quién estrena sus ojos cuando mira el mar o el temblor de un valle?

Sé qué momento vivo. Sé que una vida no se levanta sobre una música. Sé que el hambre necesita pan. Sé que la belleza no se alza para aquella que duda, tiene miedo, o se achica y humilla. Quiero ser valiente y esforzada.

Si tiro una moneda al aire, dará cara o cruz, pero caerá en la tierra.

Yo sólo seré esclava de mí.

Esclava de mí
Rafael Ballesteros

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: © Ana Ballesteros

© Rafael Ballesteros, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-670-7835-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
I. Paseo en barca
II. Mamá
III. Tardes de sábado
IV. Aquella boda
V. Maru
VI. La oscuridad
VII. Ganglios
VIII. Tiros al sol
IX. Yo y mi padre
X. Merenderos y otras alegrías
XI. Deseos y altanerías
XII. Expulsión. Mecanografía
XIII. Baño diocesano
XIV. Jardín y Coro
XV. Desnudos en la tierra
XVI. Verde y bruma
Créditos